

Richard Matheson

SHOCK II

© 1964, Richard Matheson
Trad. Hortensia Corona de Contín
Colección Nova Dell, nº 10
Editorial Novaro, Marzo 1969

13 HISTORIAS IMPRESIONANTES

Con gran habilidad e imaginación, Richard Matheson atraviesa los confines de la realidad y la extiende a límites que nunca antes habían sido soñados.

Tanto si el tema es la telepatía, la inmortalidad, el día final o la reencarnación, por no citar más que unos cuantos de los temas, añade siempre una nueva y excitante dimensión a ello. El resultado es una experiencia impresionante e inolvidable.

EL FLORECIMIENTO DE LAS CORTESANAS

UNA TARDE, en 1959, sonó el timbre de la puerta.

Frank y Sylvia Gussett acababan de acomodarse para ver los programas de la televisión. Frank colocó en la mesa su vaso de *gin and tonic* y se puso en pie. Luego, se dirigió al recibidor y abrió la puerta.

Era una mujer.

-Buenas tardes -dijo-. Represento al Intercambio.

-¿Al Intercambio? -preguntó Frank, sonriendo cortésmente.

-Sí -dijo la mujer-. Estamos poniendo en práctica un programa experimental en el vecindario. En cuanto a nuestros servicios...

Sus servicios eran bastante venerables. Frank tragó saliva.

-¿Está usted hablando en *serio*? -inquirió.

-Absolutamente -replicó la mujer.

-Pero, ¡santo cielo!, no pueden ustedes venir a nuestras propias casas y..., y..., eso es contrario a las leyes! ¡Podría hacer que la arrestaran!

-¡Oh, no es posible que *desee* usted eso! -dijo la mujer, al tiempo que aspiraba profundamente el aire para que su blusa tomara un aspecto provocativo.

-¿Usted lo cree? -le dijo Frank, cerrándole la puerta en las narices.

Permaneció a continuación inmóvil, tratando de recuperar la respiración. En el exterior, oyó el repiqueteo de los altos tacones de la mujer que descendían por los escalones del porche y luego se desvanecían.

Frank se dirigió con paso vacilante hasta el salón.

-Es increíble -dijo.

Sylvia levantó la mirada de sobre el aparato de televisión.

-¿Qué quieres decir?

Frank se lo explicó.

-¿Qué?

Se incorporó en su asiento, estupefacta.

Los dos esposos permanecieron un momento mirándose el uno a la otra. Luego, Sylvia se dirigió hacia el teléfono y lo descolgó. Marcó un número en el disco y le dijo a la telefonista:

-*Deseo que me comuniqué con la policía.*

-Extraño asunto -dijo el policía, que llegó unos minutos más tarde.

-Realmente extraño -aprobó Frank.

-Bueno, ¿qué piensan ustedes hacer? -quiso saber Sylvia.

-No podemos hacer gran cosa, señora -explicó el policía-. No tenemos nada en qué basarnos.

-Pero, mi descripción... -comenzó a protestar Frank.

-No podemos ir por la ciudad, arrestando a todas las mujeres que veamos con tacones altos y una blusa blanca -le indicó el agente-. Si vuelve, comuníquenoslo. Sin embargo, es probable que se trate de alguna chiflada.

-Es posible que tenga razón -dijo Frank, cuando se alejó el automóvil de la patrulla.

-Me sucedió algo muy extraño anoche -le dijo Frank a Maxwell, cuando se dirigían al trabajo, a la mañana siguiente.

Maxwell rió despectivamente.

-Sí, vino también a nuestra casa -dijo.

-¿De veras?

Frank miró asombrado a su vecino, que estaba sonriendo.

-Sí -replicó Maxwell-. Tuve suerte de que la anciana abriera la puerta.

Frank se envaró.

-Nosotros llamamos a la policía -dijo.

-¿Para qué? -preguntó Maxwell-. ¿Para qué combatirlo?

Frank frunció el entrecejo.

-¿Quieres decir que no crees que se trataba de una chiflada?

-¡Diablos, no! -dijo Maxwell-. Es algo real.

Comenzó a canturrear:

Soy solamente una pobre
ramera de puerta en puerta;
deseo ser buena; pero no me
comprenden...

-¿Qué quieres decir? -preguntó Frank.

-Lo oí en una tertulia de hombres solos -explicó Maxwell-. Creo que no es la primera ciudad en que actúan.

-¡*Santo Dios!* -murmuró Frank, palideciendo.

-¿Por qué no? -preguntó Maxwell-. Era solamente una cuestión de tiempo.
¿Por qué iban a dejar que se perdiera todo ese comercio en los hogares?

-¡Es *execrable!* -declaró Frank.

-Así es -opinó su vecino-. ¡Es el progreso!

La segunda mujer llegó aquella noche; una rubia con el cabello negro cerca de las raíces, de falda corta y suéter que dejaba al descubierto más de dos centímetros de su pecho.

-¡Hola, cariño! -dijo, cuando Frank le abrió la puerta-. Me llamo Janie. ¿Te gusta?

Frank permaneció rígido sobre sus talones.

-Yo... -comenzó a decir.

-Veintitrés y toda la libertad -dijo Janie.

Frank cerró la puerta, haciendo una mueca.

-¿Otra vez? -preguntó Sylvia, cuando regresó a su lado.

-Sí -murmuró.

-¿Conseguiste su dirección y su número de teléfono, para que podamos llamar a la policía?

-Se me olvidó -confesó el hombre.

-¡Oh! -Sylvia tiró con fuerza al suelo una de sus zapatillas-. Dijiste que lo ibas a hacer.

-Ya lo sé -dijo Frank, tragando saliva-. Se llama Janie.

-¡Vaya una ayuda! -dijo Sylvia-. *Ahora*, ¿qué vamos a hacer?

Se estremeció.

Frank sacudió la cabeza.

-¡Es algo *monstruoso!* -dijo la señora-. ¡Que tengamos que estar expuestos a esas...

Tembló de rabia.
Frank la abrazó.
-¡Sé valiente! -le dijo.
-Voy a comprar un perro que sea muy malo -dijo ella.
-No, no -replicó su esposo-, vamos a llamar otra vez a la policía. Solamente tendrán que hacer que alguien vigile nuestra casa.
Sylvia comenzó a llorar.
-¡Es monstruoso! -repitió, entre sollozos.
-¡Ya lo creo! -opinó su esposo.

-¿Qué estás tarareando? -preguntó Sylvia a la hora del desayuno.
-Nada -dijo Frank, casi dejando caer la tostada que tenía en la mano-. Es una tonada que he oído.
Su esposa le dio una palmadita en la espalda.
Se fue de la casa, un poco desorientado. "Es monstruoso", pensó.
Aquella mañana, Sylvia compró una placa en una ferretería y la clavó sobre el césped, delante de la puerta principal.
NO ACEPTAMOS OFERTAS, decía. Y subrayó la palabra OFERTAS. Más tarde, volvió a salir, y volvió a subrayar otra vez la misma palabra.

-¿Dice usted que van directamente a su puerta? -dijo el agente del FBI al que Frank llamó desde su oficina.
-A la puerta misma de la casa -repitió Frank-. Son verdaderamente descaradas.
-Es cierto -dijo el agente del FBI.
Produjo un ruido extraño.
-Es intolerable -insistió Frank, con energía-; la policía se ha negado a apostar a un vigilante en nuestro vecindario.
-¡Ah! -dijo el del FBI.
-Es preciso que hagan algo -declaró Frank-. Se trata de una gran invasión de nuestra intimidad.
-Es cierto -replicó el agente- y vamos a ocuparnos de ello; despreocúpese.
Después de que Frank colgó el teléfono, el agente del FBI volvió a ocuparse de su bocadillo de jamón y de su botella termos de leche agria.
-Soy solamente una pobre... -comenzó a canturrear, antes de controlarse.
Asombrado, estuvo haciendo dibujos durante todo el resto de su tiempo de almuerzo.

La noche siguiente fue una morena muy atractiva, con el escote de la blusa abierto hasta un punto inimaginable.
-¡No! -le dijo Frank, con voz seca.
La mujer se contoneó voluptuosamente.
-¿Por qué? -preguntó.
-No tengo por qué darle explicaciones -le dijo él, cerrando la puerta y sintiendo que su corazón latía con fuerza.
Luego, hizo chasquear los dedos y volvió a abrir la puerta. La morena se volvió, sonriendo.

-¿Has cambiado de opinión, cariño? -preguntó.
-No, quiero decir, sí -le dijo Frank, entornando los ojos-. ¿Quiere usted darme su dirección?

La morena lo miró de manera acusadora.

-Diga, cariño, ¿no estará usted pensando en crearme problemas?

-No quiso decirme nada -dijo Frank, con desconsuelo, cuando regresó a la sala.

Sylvia parecía estar desesperada.

-He vuelto a telefonar a la policía -dijo.

-¿Y...?

-Y nada. Me parece que en esto debe de haber algo de corrupción.

Frank asintió gravemente.

-Será mejor que compres el perro -dijo.

Pensó en la morena, y le dijo a su esposa:

-Era una mujer alta.

-¿Qué te parece la tal Janie? -preguntó Maxwell.

Frank hizo virar su automóvil vigorosamente en una esquina, haciendo que el vehículo reposara casi sobre dos ruedas. Su rostro tenía una expresión inflexible.

Maxwell le dio una palmadita en el hombro.

-¡Oh, vamos, Frankie! -le dijo-. No creas que me engañas. No eres diferente del resto de nosotros.

-No tengo nada que ver en eso -declaró Frank-, y eso es todo.

-Sigue diciéndoselo a tu esposa -indicó Maxwell-. Pero debes pasar buenos ratos, como el resto de nosotros, ¿no es cierto?

-Te equivocas -le dijo Frank-. Estás absolutamente equivocado. No me asombra que la policía no pueda hacer nada. Yo soy probablemente el único testigo voluntario de toda la ciudad.

Maxwell soltó una carcajada.

Aquella noche, fue una vampiresa de cabello negro y brillante, con un sombrero lacio. En su vestido, las lentejuelas se movían y brillaban en lugares estratégicos.

-¡Hola, corderito! -lo saludó-. Me llamo...

-¿Qué ha hecho usted con nuestro perro? -inquirió Frank.

-Nada, cariño, nada -replicó la mujer-. Está haciendo migas con mi gozque Winifred. Ahora, hablemos de nosotros...0

Frank cerró la puerta y esperó a que el repiqueteo de los tacones se desvaneciera antes de regresar junto a la televisión, donde estaba Sylvia.

Semper, ¡oh, Dios!, *fidelis*, pensó, mientras se ponía el pijama, más tarde.

Las dos noches siguientes, estuvieron sentados en la sala, con la luz apagada, y en cuanto las mujeres llamaban a la puerta, Sylvia llamaba a la policía.

-Sí -dijo con furia-. Están ahora mismo en nuestra casa. ¿Quieren hacer el favor de enviar una patrulla *inmediatamente*?

Las dos noches, el automóvil de patrulla llegó después de que las mujeres se habían ido.

-Complicidad -murmuró Sylvia, mientras se embadurnaba de crema-. Todos son cómplices.

Frank dejó que el agua fría corriera sobre sus muñecas.

Aquel día, Frank telefoneó a funcionarios de la ciudad y del estado, que prometieron ocuparse del asunto.

Aquella noche se presentó una pelirroja enfundada en un vestido verde, que realizaba todos los lugares abultados, que eran bastantes.

-Escuche usted... -comenzó a decir Frank.

-Las muchachas que estuvieron aquí antes que yo -dijo la pelirroja- me dijeron que usted no estaba interesado. Yo siempre digo que cuando un marido no está interesado es debido a que su esposa está escuchando.

-Escuche usted... -dijo Frank.

Se detuvo cuando la pelirroja le entregó una tarjeta. La miró automáticamente.

39-26-36

MARGIE

(*especialidades*)

Solamente previa cita.

-Si no desea usted llamarme aquí, cariño -le dijo Margie-, puede encontrarme usted en la habitación *Cyprian* del hotel *Filmore*.

-Le ruego que me excuse -le dijo Frank, tirando la tarjeta a lo lejos.

-Una tarde, entre las seis y las siete -le dijo Margie, riendo.

Frank se apoyó contra la puerta cerrada y sintió como si hubiera pájaros con las alas calientes que le golpearan la cara.

-Es monstruoso -dijo, tragando saliva-. ¡Oh, es *monstruoso*!

-¿Otra vez? -preguntó Sylvia.

-Pero con una diferencia -dijo Frank vengativamente-. Ya conozco su domicilio, y mañana llevaré allá a la policía.

-¡Oh, Frank! -dijo su esposa, abrazándolo-. ¡Eres maravilloso!

-Gracias.

Cuando salió de su casa a la mañana siguiente, encontró la tarjeta sobre uno de los escalones del porche. La recogió y la metió en su cartera.

Sylvia no debía verla, pensó.

Le dolería.

Además, tenía que mantener el porche limpio.

Además, era una prueba importante.

Aquella noche se sentó en la habitación *Cyprian*, en la penumbra, haciendo girar un vaso de jerez entre los dedos. Se oía una música suave y se oían numerosas conversaciones después del trabajo.

"Ahora", pensó Frank, "cuando llegue Margie, me precipitaré al teléfono y llamaré a la policía; luego, la mantendré ocupada, en conversación, hasta que lleguen los agentes. Eso es lo que voy a hacer. Cuando Margie..."

Margie llegó.

Frank permaneció sentado como una víctima de Medusa. Solamente su boca se movió. Se le abrió lentamente. Su mirada se posó sobre la opulencia del cuerpo de Margie cuando la vio avanzar por el pasillo, contoneándose, antes de detenerse en un taburete forrado de cuero, frente al mostrador.

Cinco minutos más tarde, escapó por una puerta lateral.

-¿No fue? -preguntó Sylvia por tercera vez.

-Ya te lo dije -exclamó Frank, concentrando su mirada sobre su chuleta empanada.

Sylvia guardó silencio durante un momento. Luego, dejó el tenedor a un lado, y dijo:

-Entonces tendremos que mudarnos de casa. Es evidente que las autoridades no tienen intenciones de hacer nada.

-¿Qué importa dónde vivamos? -murmuró él.

Sylvia no replicó.

-Quiero decir -explicó, tratando de romper el terrible silencio-, bueno, ¿quién sabe?, quizá es un fenómeno cultural inevitable. Quizá.

-¡Frank! -gritó su esposa-. ¿Estás defendiendo a ese horrible Intercambio?

-No, no; por supuesto que no -respondió Frank abruptamente-. Es execrable. ¡Realmente execrable! Pero... Bueno, quizá sea otra vez como en la antigua Grecia. Quizá como en Roma. Quizá...

-¡No me importa qué pueda ser! -gritó Sylvia-. ¡Es horrible!

Frank tomó una de las manos de su esposa entre las de él.

-Cálmate -dijo.

"39-26-36", pensó.

Aquella noche, en la obscuridad, se produjo una reafirmación desesperada de su amor.

-Fue maravilloso, ¿verdad? -preguntó Sylvia, gimiendo.

-Por supuesto que sí -replicó él.

"39-26-36."

-¡Tienes razón! -le dijo Maxwell, cuando se dirigían juntos a su trabajo, a la mañana siguiente-, es un fenómeno cultural. Has dado en el clavo, Frankie. Es un fenómeno cultural inevitable. Primeramente las casas. Luego, las conductoras de taxis, las muchachas en las esquinas de las calles, los clubes, los automóviles de los adolescentes que iban a los autocinemas. Tarde o temprano tenía que avanzar, haciéndolo sobre la base de puerta en puerta. Y naturalmente, los sindicatos van a dirigirlo todo, a pagar a los que se quejen, etcétera. Es inevitable. Tienes tanta razón, Frankie, cuando dices que es un fenómeno cultural.

Frankie continuó adelante, asintiendo sombríamente.

A la hora del almuerzo, se sorprendió a sí mismo tarareando:

-Margie, siempre estoy pensando en ti...

Se detuvo, estremeciéndose. No pudo concluir la comida. Se paseó por las calles hasta la una, con ojos cansados. Era la mentalidad de las masas, pensó, la vieja y maligna mentalidad de las masas.

Antes de entrar en su oficina, rompió en pedacitos la pequeña tarjeta de visita y arrojó los restos a un cubo de basura.

En las cifras que escribió durante toda aquella tarde, el número 39 volvió una y otra vez, con una desalentadora regularidad.

Una vez lo escribió con un signo de admiración.

-Casi estoy creyendo que estás defendiendo esa..., esa cosa -lo acusó Sylvia-. ¡Tú y tu fenómeno cultural!

Frank permaneció sentado en la sala, oyendo cómo su esposa rompía platos en el fregadero. "Es una locura", pensó.

MARGIE
(*especialidades*)

-¡Basta! -le ordenó furioso a su mente.

Aquella noche, cuando se estaba lavando los dientes, comenzó a canturrear:

-Soy *solamente una pobre...*

-¡Maldita sea! -murmuró en dirección a la imagen de sí mismo que se reflejaba en el espejo.

Aquella noche tuvo sueños... desacostumbrados.

Al día siguiente, Sylvia y él riñeron.

Al día siguiente, Maxwell le contó cuál era su sistema.

Al día siguiente, Frank murmuró más de una vez para sus adentros:

-¡Estoy tan cansado ya de todo esto...!

A la noche siguiente, las mujeres dejaron de ir a su casa.

-¿Es posible? -dijo Sylvia-. ¿Van a dejarnos en paz al fin?

Frank la mantuvo abrazada.

-Así parece -dijo con voz suave. "¡Oh!, soy despreciable", pensó.

Pasó una semana. Ninguna mujer volvió. Frank se levantó todas las mañanas a las seis y limpió un poco el polvo de la casa, pasando la aspiradora por el suelo, antes de ir a su trabajo.

-Me agrada ayudarte -dijo, cuando Sylvia se lo preguntó.

La mujer lo miró de manera rara. Cuando le llevó ramos de flores durante tres noches seguidas, las puso en un vaso, con una expresión interrogadora.

Llegó la noche del miércoles siguiente.

Sonó el timbre de la puerta. Frank se puso rígido. "¡Prometieron no volver a la casa!"

-¡Voy a ver quién es! -anunció.

-Esta bien -dijo ella.

Se precipitó a la puerta y la abrió.

-Buenas noches, señor.

Frank se quedó mirando al joven atractivo y de bigote, vestido con un vistoso traje deportivo.

-Soy del Intercambio -dijo el hombre-. ¿Está su esposa en casa?

EL HERMANO DE LAS MÁQUINAS

SALIÓ A LA CALLE soleada y se mezcló con la multitud. Sus pasos lo fueron alejando de las profundidades del negro tubo. El rugido distante de las máquinas que trabajaban bajo la superficie de la tierra salió de su mente para ser reemplazado por los millones de susurros de la ciudad.

Estaba caminando ya por la calle principal. Hombres de carne y hombres de acero iban y venían. Sus piernas siguieron moviéndose y sus pasos se perdieron entre varios otros miles de pasos.

Pasó junto a un edificio que había sido abatido durante la última de las guerras. Hombres y robots se apresuraban a retirar los escombros para volver a edificarlo. Sobre sus cabezas se encontraba la nave de control, y vio a los hombres que vigilaban que el trabajo estuviera bien hecho.

Se mezcló una y otra vez con la muchedumbre. No había peligro de que lo vieran. Sólo existía una diferencia en su interior. Los ojos no la apreciarían nunca. Los postes de visión que habían colocado en todas las esquinas no podrían percibir el cambio. Tanto su rostro como su forma eran absolutamente idénticos a las de todos los demás.

Miró al cielo. Era el único que lo hacía. Los demás no se daban cuenta de la existencia del firmamento. Solamente cuando uno está destrozado mira al cielo. Vio una nave cohete que pasaba velozmente y varias naves de control que flotaban en un cielo de un azul intenso, con algunas nubes algodonosas.

Las personas, de ojos estúpidos, lo miraron con desconfianza y prosiguieron su camino. Los autómatas de rostro claro no hicieron ningún signo. Producían un ruido sordo al pasar a su lado, manteniendo sus envoltorios y sus paquetes en largos brazos de metal.

Bajó los ojos y siguió andando "Los hombres no pueden mirar al cielo", pensó. "Es sospechoso mirar al cielo."

-¿Quiere usted ayudar a un pobre inválido?

Hizo una pausa y sus ojos se posaron sobre la carta que se encontraba en el pecho del hombre.

Ex piloto del espacio. Ciego. Mendigo legalizado.

Con la firma y el sello del Comisario de Control. Le colocó la mano en el hombro al ciego. El hombre no dijo nada, pero continuó su camino, haciendo que su bastón resonara contra el bordillo de la acera, hasta perderse de vista. No estaba permitido pedir en aquel sector. No tardarían en descubrirlo.

Dejó de mirar al mendigo, y siguió su camino. Los postes de visión lo habían visto detenerse y colocar una mano sobre el hombro del ciego. No estaba permitido detenerse en las calles comerciales ni tocar a otra persona.

Pasó junto a un distribuidor mecánico de noticias y, moviendo la palanca, sacó una hoja. Continuó su camino, manteniendo la hoja de papel ante sus ojos.

Suben los impuestos. El presupuesto militar aumenta. Los precios suben.

Esas eran las cabezas de los artículos. Dio vuelta al periódico. En la parte posterior había un editorial que explicaba por qué las fuerzas de la Tierra se habían visto forzadas a destruir a todos los marcianos.

Algo pasó en su interior y cerró los puños con fuerza. Siguió pasando junto a sus compatriotas, tanto hombres como autómatas.

"¿Qué distinción hay ya entre unos y otros?", se preguntó. Las clases bajas hacían los mismos trabajos que los autómatas. Caminaban o conducían juntos por las calles, transportando o entregando encargos.

"Ser un hombre", pensó, "ya no es una bendición, un motivo de orgullo o una suerte." Solamente eran hermanos de las máquinas, utilizados y destruidos por hombres invisibles que mantenían los ojos fijos en sus pantallas de vigilancia y los puños cerrados en naves que colgaban sobre las cabezas de todos, esperando para atacar a la oposición.

Cuando se le ocurría a uno pensar, algún día, lo que sucedía en realidad, comprendía que no había razón para continuar adelante.

Se detuvo a la sombra y parpadeó varias veces. Miró al escaparate de una tienda. Había pequeñas criaturitas en una caja.

Cómprele a su hijo criaturas de Venus, decía la inscripción.

Miró a los ojos a los pequeños seres llenos de tentáculos y vio en ellos inteligencia y miseria. Y continuó su camino, avergonzado de lo que un pueblo podía hacerle a otro.

Algo ocurrió en el interior de su cuerpo. Se tambaleó un poco y se apretó la cabeza con las manos. Sus hombros se inclinaron hacia adelante. "Cuando un hombre está enfermo", pensó, "no puede trabajar. Y cuando no puede trabajar, no lo quieren."

Se salió de la acera dando un paso sobre la calzada, y un enorme camión de Control se detuvo a unos centímetros de él.

Se alejó apresuradamente y se lanzó hacia la acera. Alguien gritó y él echó a correr. Ahora, las células fotoeléctricas lo perseguirían. Trató de perderse entre la multitud que se movía incesantemente. Las personas continuaban su camino, y sus rostros y sus cuerpos eran como una mancha interminable.

Ahora estarían buscándolo. Cuando un hombre saltaba a la calle frente a un vehículo, se hacía sospechoso. No se permitía desear la muerte. Tenía que huir antes de que lo atraparan y lo mandaran al Centro de Ajuste. La idea le parecía intolerable.

Personas y autómatas pasaban a su lado, eran mensajeros y repartidores: la clase más baja de una Era. Todos iban a alguna parte. Entre todos aquellos miles de seres que se desplazaban, solamente él no tenía lugar adonde ir; no tenía ningún paquete que entregar, ni ningún cometido de esclavo que llevar a cabo. Caminaba a la deriva.

Calle tras calle, manzana de casas tras manzana de casas. Sintió que su cuerpo temblaba. Iba a desplomarse muy pronto, sintió. Se sentía débil. Deseaba detenerse, pero no podía hacerlo. No en ese momento. Si se detenía y se sentaba a descansar, lo detendrían y lo llevarían al Centro de Ajuste. No deseaba ser ajustado. No deseaba que volvieran a convertirlo en una máquina estúpida. Era mejor sentir la angustia y comprender.

Se tambaleó. En su cerebro se produjo algo como un redoble de tambores. Los ojos de neón le hacían guiños cuando pasaba cerca de ellos.

Trató de caminar en línea recta, pero las fuerzas lo abandonaban. ¿Lo estaban siguiendo? Era preciso que tuviera cuidado. Mantuvo su rostro sin expresión y continuó caminando tan rápidamente como le era posible hacerlo.

La articulación de una rodilla se le puso rígida, y cuando iba a frotársela con la mano una nube de obscuridad se elevó del suelo y lo envolvió. Tropezó contra una ventana cuadrada de cristal.

Sacudió la cabeza y vio a un hombre que lo miraba desde el interior. Se alejó. El hombre salió a la acera y lo miró con temor. Las células fotoeléctricas se fijaron en él y lo siguieron. Tenía que apresurarse. No podían hacerlo regresar para que todo recomenzara otra vez. Prefería la muerte.

Tuvo una idea repentina. Agua fría. ¿Sólo para beber?

"Voy a morir", pensó. "Pero sabré por qué voy a morir, y eso será diferente. He dejado el laboratorio donde, diariamente, me dedicaba a hacer cálculos sobre bombas, gases y líquidos bacterianos.

"Durante todos esos largos días y noches interminables en que estuve trabajando para la destrucción, la verdad se estaba haciendo en mi cerebro. Las conexiones se estaban debilitando. las doctrinas fallando conforme luchaba el esfuerzo contra la apatía.

"Y finalmente, algo cedió, y todo lo que quedó fue cansancio, conocimiento de la verdad y un inmenso deseo de estar en paz."

Ahora había escapado y no regresaría nunca. Su cerebro se había rebelado de una vez por todas, y no volverían a ajustárselo.

Llegó al parque de los ciudadanos, último lugar para los ancianos, los lisiados y los inútiles. Allí podían esconderse, reposar y esperar la muerte.

Entró por la enorme puerta y miró los altos muros que se elevaban por todos lados, hasta perderse de vista. Eran los muros que ocultaban la fealdad a los ojos de los que vivían en el exterior. Allí se encontraba seguro. No les importaba que un hombre muriera dentro del parque de ciudadanos.

"Esta es mi isla", pensó "He encontrado un lugar silencioso. No hay aquí células fotoeléctricas de prueba ni oídos que escuchen. Las personas pueden sentirse libres en este lugar."

Las piernas le flaquearon repentinamente a causa de la debilidad, y se apovó en un árbol muerto y ennegrecido. Luego, se desplomó sobre las hojas que había en el suelo y quedó tendido.

Un anciano se acercó y lo miró con suspicacia. Luego continuó su camino. No podía detenerse a hablar, puesto que las mentes eran siempre las mismas, aun cuando fallaba algo.

Dos damas ancianas pasaron a su lado. Lo miraron y se susurraron algo una a la otra. No era un anciano. No le permitían estar en el parque de los ciudadanos. Era posible que la Policía de Control lo siguiera. Había peligro, y las ancianas se apresuraron a alejarse, mirando por encima de sus hombros delgados. Cuando se acercó a ellas, se dieron prisa en trepar a la colina.

Echó a andar. A lo lejos oyó una sirena. Era la sirena potente y aguda de los automóviles de la Policía de Control. ¿Lo estaban siguiendo a él? ¿Sabían que se encontraba allí? Apresuró el paso, haciendo que su cuerpo se contorsionara, mientras ascendía por la ladera de una colina y descendía al otro lado. "El lago", pensó, "estoy buscando el lago."

Vio una fuente, descendió la ladera y se detuvo frente a ella. Había un anciano inclinado sobre la fuente. Era el hombre que había pasado antes a su lado. Los labios del anciano captaban el chorrito de agua que manaba de la fuente.

Permaneció inmóvil, temblando. El anciano no se había dado cuenta de que se encontraba allí. Bebía interminablemente. El agua se dispersaba y brillaba bajo la luz del sol. Sus manos se extendieron para asir al anciano; éste sintió que lo tocaba y se apartó prestamente; el agua le corría sobre la barba blanca.

Retrocedió, mirándolo con los ojos muy abiertos. Se volvió rápidamente y se alejó.

Vio que el anciano corría y luego se inclinó sobre la fuente. Se llenó la boca de agua, la paseó de un carrillo al otro y finalmente la expulsó, debido a que carecía de gusto.

Repentinamente se enderezó, sintiendo como una quemadura en el pecho. El sol se oscureció ante sus ojos y el cielo se puso negro. Comenzó a tambalearse, mientras su boca se abría y se cerraba. Se acercó al borde del camino y cayó de rodillas sobre el suelo seco y duro.

Se arrastró un poco, a cuatro patas, sobre la hierba muerta, y cayó de espaldas con el vientre triturado, mientras el agua le corría por el mentón.

Permaneció inmóvil, mientras el sol hacía brillar su rostro y él lo miraba parpadeando. Entonces, levantó las manos y se cubrió los ojos con ellas.

Una hormiga corrió sobre una de sus muñecas. La miró de minera estúpida, la colocó entre dos de sus dedos y la aplastó hasta formar una pulpa.

Se sentó. No podía quedarse allí. Era posible que estuvieran ya buscándolo en el parque, registrando las colinas con sus ojos fríos, moviéndose como una oleada terrible sobre aquel último reducto en donde se les permitía pensar a los hombres, si eran capaces de hacerlo.

Se puso en pie y se tambaleó un poco, torpemente, antes de seguir el camino, buscando el lago.

Dio vuelta en un recodo y siguió una línea serpenteante. Oyó silbatos y un disparo a lo lejos. Lo estaban buscando a él. Incluso en el parque de los ciudadanos, donde pensaba poder escapar y encontrar el lago en paz.

Pasó cerca de un tióvivo silencioso. Vio los pequeños caballos de madera en posturas alegres, galopando sin moverse, atrapados en el tiempo. Eran verdes y anaranjados, con pesadas campanillas, y estaban cubiertos de polvo.

Llegó a un camino que descendía y lo siguió. Había paredes grises de piedra a ambos lados. Se oían sirenas por todas partes. Sabían que estaba perdido y se estaban acercando para detenerlo. Los hombres no podían escapar. Nadie lo había logrado.

Atravesó corriendo la carretera y siguió por un sendero. Se volvió y vio a lo lejos hombres que corrían. Llevaban uniformes negros y le hacían señas con los brazos levantados. Apresuró el paso, haciendo que sus pies se posaran sin descanso sobre el camino de concreto.

Abandonó el sendero, subió por la ladera de una colina y se desplomó sobre la hierba. Se arrastró hasta unos matorrales de hojas rojizas y observó, presa del vértigo, cómo los hombres de la policía pasaban a su lado.

Luego se puso de pie y siguió adelante, cojeando, con la vista fija al frente.

Por fin, vio reverberar las aguas transparentes del lago. Apresuró el paso, tropezando y tambaleándose. Ya no le quedaba mucho camino por recorrer. Cortó por un campo. El aire estaba impregnado del fuerte olor de la hierba que se pudría. Aplastó las ramas de los arbustos a su paso, se oyeron gritos y alguien disparó un arma de fuego. Se volvió a mirar y vio a los hombres que corrían tras él.

Se metió en el agua, cayendo sobre el pecho y haciendo un ruido seco. Se abrió camino hacia adentro, caminando sobre el fondo hasta que el agua le cubrió el pecho, los hombros y la cabeza. Continuó caminando hasta que el

agua le entró por la boca, llenó su garganta, hizo que su cuerpo se hiciera pesado y se desplomó en el fondo.

Sus ojos estaban muy abiertos cuando se desplomó lentamente hacia adelante, hasta que su rostro quedó enterrado en el lúgamo del fondo. Sus dedos se cerraron sobre el sedimento y no se movió más.

Más tarde, la Policía de Control lo sacó del agua, lo metió en el camión negro y se alejó.

Dentro, el técnico abrió la compuerta y sacudió la cabeza al ver las bobinas entrelazadas y la maquinaria llena de agua.

-Se estropean -murmuró, mientras hacía pruebas con pinzas y ganzúas-. Se rompen, se creen hombres y se dedican a vagar sin rumbo fijo. ¡Qué lástima que no trabajen tan bien como las personas!

LOS VAMPIROS NO EXISTEN

A PRINCIPIOS del otoño del año 18..., la señora Alexis Gheria despertó una mañana con una extraña sensación de torpeza. Durante más de un minuto permaneció inerte, tendida de espaldas, con sus ojos negros fijos en el techo. Se sentía muy cansada. Parecía que sus labios eran de plomo. Quizá estuviera enferma. Petre debería auscultarla.

Con un ligero suspiro se levantó sobre un codo. Al hacerlo, su camisón resbaló hasta su cintura. ¿Cómo se le había soltado?, se preguntó, mirando hacia abajo.

Repentinamente, la señora Gheria comenzó a gritar.

En el desayuno, el doctor Petre Gheria levantó la mirada de su periódico, asombrado. En un momento echó hacia atrás su silla, dejó su servilleta sobre la mesa y se apresuró a correr por el pasillo. Avanzó silenciosamente sobre la alfombra y subió las escaleras de dos en dos.

Encontró a su esposa sentada en el borde de la cama, casi histérica, mirándose los senos, con expresión aterrorizada. En medio de su blancura, un reguero de sangre se estaba secando.

El doctor Gheria despidió a la doncella que estaba en el umbral de la puerta, como petrificada, mirando a su patrona con los ojos desmesuradamente abiertos. El médico cerró la puerta y se apresuró a acercarse a su esposa.

-¡Petre! -tartamudeó ella.

-Tranquilízate -dijo.

Y la ayudó a tenderse de espaldas, a través de la almohada manchada de sangre.

-Petre, ¿qué es esto? -inquirió la mujer ansiosamente.

-Permanece quieta, querida.

Sus ágiles dedos se movieron, buscando sobre los senos de su esposa. Repentinamente, se quedó sin aliento. Echando a un lado su cabeza, miró atolondrado las marcas rosadas que Alexis tenía en el cuello y el reguero de sangre seca que había corrido serpenteando desde ellas.

-¡Mi garganta! -dijo la señora Gheria.

-No, es solamente una... -el doctor Gheria no terminó la frase.

Sabía perfectamente de qué se trataba.

Alexis comenzó a temblar.

-¡Oh, Dios mío, Dios mío! -exclamó la atribulada mujer.

El doctor Gheria se levantó y se dirigió hacia el lavabo, vertió un puco de agua en una jofaina y, volviendo al lado de su esposa, le limpió la sangre. La herida quedó claramente al descubierto: dos piquetitos, cerca de la yugular. El doctor Gheria, haciendo una mueca, tocó los bultitos de tejido inflamado. Al hacerlo, su esposa gimió con fuerza y volvió el rostro hacia otro lado.

-Ahora, escúchame -le dijo Petre, con voz aparentemente tranquila-. No vamos a dejarnos llevar por las supersticiones, ¿entiendes? Hay numerosos...

-Voy a morir -dijo.

-Alexis, ¿me oyes? -la tomó con fuerza por los hombros.

La mujer volvió la cabeza y lo miró con ojos desprovistos de expresión.

-Ya sabes de qué se trata -dijo Alexis.

El doctor Gheria tragó saliva. Todavía tenía el gusto del café en la boca.

-Ya sé qué parece ser -dijo- y no debemos pasar por alto esa posibilidad. Sin embargo...

-Voy a morir -insistió ella.

-¡Alexis! -el doctor Gheria la tomó de la mano y se la apretó con fuerza-. No podrás retirarte de mi lado -dijo.

Solta era una aldea de unos mil habitantes, situada al pie de las Montañas Bihor de Rumania. Era un lugar de tradiciones oscuras. La gente, al oír los aullidos de los lobos en la lejanía, se persignaba sin decir una palabra. Los niños reunían cabezas de ajo como otros niños reúnen flores, y los llevaban a la casa para las ventanas. En todas las puertas había cruces pintadas y en todos los cuellos había colgadas otras de metal. El miedo a los vampiros era tan grande como el temor a las enfermedades contagiosas. Era algo que flotaba siempre en el ambiente.

El doctor Gheria pensaba en ello, mientras echaba el pestillo en las ventanas de la habitación de Alexis. A lo lejos, sobre las montañas, había una especie de penumbra grisácea. Pronto volvería a caer otra vez la noche. Pronto, los habitantes de Solta se encerrarían en sus casas olorosas a ajo. No tenía la menor duda de que todos ellos estaban perfectamente al corriente de lo ocurrido a su esposa. La cocinera y la doncella estaban ya presentando sus renunciaciones. Sólo la disciplina inflexible de Karel, el mavordomo, las mantenía en sus trabajos. Pronto, ni siquiera eso sería suficiente. Ante el miedo al vampiro, la razón huía.

Había visto pruebas de ello aquella misma mañana, al ordenar que registraran cuidadosamente las paredes de la habitación de su esposa, para buscar roedores o insectos venenosos. Las sirvientas se habían desplazado por la habitación como si estuvieran pisando huevos, con los ojos en blanco y con las manos nerviosas que acudían a cada instante a tocar las cruces que llevaban en el cuello. Supo perfectamente que no encontraría roedores ni insectos. Y Gheria lo sabía muy bien. Sin embargo, se enfureció con ellas a causa de su timidez, con lo que sólo pudo lograr asustarlas todavía más.

Se volvió de la ventana con una sonrisa.

-Ahora te aseguro que ningún ser vivo entrará en esta habitación esta noche -dijo.

Ratificó inmediatamente, viendo el tenor que se reflejaba en los ojos de su esposa.

-No podrá entrar nada en absoluto -dijo.

Alexis permanecía inmóvil en su cama, con una mano pálida sobre el pecho, apretando la pequeña crucecita de plata que había tomado de su joyero. No la había usado, desde que su esposo le había regalado la cruz engastada en diamantes, el día de su boda. Era muy típico de su aldea que, en aquel momento de terror, buscara protección en la cruz no adornada de su iglesia. Era realmente infantil, se dijo Gheria, sonriéndole con dulzura.

-No necesitarás eso, querida -le dijo-. Esta noche vas a estar a salvo.

Los dedos de Alexis se cerraron sobre el crucifijo.

-No, no; puedes llevarlo puesto si quieres -le dijo Petre-. Solamente quiero decir que voy a estar a tu lado durante esta noche.

-¿Vas a quedarte conmigo?

El doctor se sentó sobre el borde de la cama y le tomó la mano con dulzura.

-¿Crees que voy a poder dejarte sola un momento?

Treinta minutos más tarde, Alexis estaba profundamente dormida. El doctor Gheria acercó una silla al lecho y se instaló en ella. Se quitó los lentes y se frotó el puente de la nariz con el pulgar y el índice de su mano izquierda. Luego, suspirando, comenzó a observar a su esposa. Era extraordinariamente bella. La respiración del doctor Gheria se hizo sofocada.

-No existen los vampiros -susurró, para sus adentros.

Se oyó un golpe en la distancia. El doctor Gheria murmuró en sueños, retorciéndose los dedos. El golpeteo se hizo cada vez más fuerte y una voz agitada rugió en la obscuridad.

-¡Doctor! -llamó.

Gheria despertó. Durante un momento, miró confusamente la puerta cerrada.

-¡Doctor Gheria! -insistió Karel.

-¿Qué?

-¿Está todo bien?

-Sí, todo.

El doctor Gheria gritó sofocadamente, saltando hacia la cama. El camión de Alexis había sido retirado otra vez. Una horrible mancha de sangre cubría su pecho y su cuello.

Karel sacudió la cabeza.

-Las ventanas cerradas con pestillo no pueden mantener alejada a la criatura, señor -dijo.

Permaneció en pie, alto y esbelto, cerca de la mesa de la cocina sobre la que se encontraba la bandeja de plata que había estado limpiando cuando Gheria entró.

-La criatura tiene el poder de convertirse en vapor y puede pasar por cualquier abertura, por pequeña que sea.

-¡Pero, la cruz! -bramó Gheria-. ¡Estaba todavía en su garganta, sin que la tocaran! Sólo que estaba manchada de sangre -agregó, con voz débil.

-Eso no lo puedo comprender -dijo Karel, sombríamente-. La cruz debía haberla protegido.

-Pero, ¿por qué no vi nada?

-Fue usted narcotizado por su satánica presencia -explicó Karel-. Puede considerarse afortunado de que no lo haya atacado también a usted.

-¡No me considero afortunado en absoluto! -el doctor Gheria golpeó la mesa con la palma de la mano, con una expresión de cólera en el rostro-. ¿Qué puedo hacer, Karel? -inquirió.

-Cuelgue cabezas de ajo en las puertas y las ventanas -le dijo el anciano-. No deje que haya una sola abertura que no esté cubierta por los ajos.

Gheria asintió distraídamente.

-No había visto nunca nada se... semejante -dijo, tartamudeando un poco-. Ahora, mi propia esposa...

-Ya lo he visto -le dijo Karel-. Yo mismo he hecho que reposara para siempre uno de esos monstruos de las tumbas.

-¿Con la estaca...? -Gheria parecía asqueado.

El anciano sonrió lentamente.

El doctor tragó saliva con dificultad.

-Quiera Dios que pueda usted hacer reposar también a éste -dijo.

-¿Petre?

Esta vez se sentía más débil; su voz era un murmullo sin entonación. Gheria se inclinó sobre ella.

-Sí, ¿qué deseas, querida?

-Va a volver esta noche -dijo Alexis.

-No -sacudió la cabeza con determinación-. No puede; los ajos lo ahuyentarán.

-Mi cruz no lo hizo -observó ella-, ni tú tampoco pudiste hacerlo.

-Los ajos lo lograrán -le dijo él-. Además, ¿ves?, he hecho que me trajeran café negro. Esta noche no voy a dormir.

Alexis cerró los ojos y su pálido rostro adquirió una expresión de dolor.

-No quiero morir -dijo-. ¡Por favor, Petre, no me dejes morir!

-No morirás -le dijo el doctor-. Te lo prometo; el monstruo será destruido.

Alexis se estremeció ligeramente.

-Pero, si no hay modo de hacerlo, Petre... -murmuró.

-Siempre hay posibilidad -respondió.

En el exterior, la obscuridad, fría y pesada, se cernía en torno a la casa. El doctor Gheria se instaló al lado de la cama y comenzó a esperar. Al cabo de una hora, Alexis se durmió pesadamente. Con toda suavidad, el doctor Gheria soltó la mano de la de su esposa y se sirvió una taza de café humeante. Conforme lo tomaba a sorbos, muy caliente, miraba en torno suyo, examinando toda la habitación. La puerta estaba cerrada, las ventanas atrancadas, todas las aberturas bahían sido cerradas con ajo y Alexis llevaba la cruz al cuello. Asintió lentamente, para sí mismo. Daría resultado, pensó. El monstruo tendría que permanecer afuera.

Se sentó, esperando, escuchando el ruido de su propia respiración.

El doctor Gheria estaba junto a la puerta antes de que llamaran por segunda vez.

-¡Michael! -exclamó, al tiempo que abrazaba al hombre joven-. ¡Mi buen Michael! ¡Estaba seguro de que vendrías!

Ansiosamente, condujo al doctor Vares hasta su estudio. Afuera, la obscuridad se hacía más intensa por momentos.

-¿Dónde diablos se ha metido toda la gente del pueblo? -preguntó Vares-. Te aseguro que no he visto ni un alma viviente al pasar por ahí.

-Están todos encerrados, aterrorizados, en sus casas -replicó Gheria-, y todos nuestros sirvientes, excepto uno, han ido a refugiarse con el resto de los habitantes.

-¿Quién se ha quedado?

-Mi mayordomo: Karel -indicó Gheria-. No abrió la puerta, porque estaba durmiendo. ¡Pobre tipo! Es muy anciano, y ha estado haciendo el trabajo de cinco.

Tomó a Vares por el brazo.

-Mi buen Michael -dijo-, no puedes tener una idea de lo que me alegra verte. Vares lo miró, asombrado.

-Vine tan pronto como recibí su mensaje -dijo.

-Y agradezco que lo hayas hecho así -dijo Gheria-. Ya sé lo pesado y largo que es un viaje desde Cluj.

-¿Qué sucede? -preguntó Vares-. En su carta sólo decía que...

Rápidamente, Gheria le contó qué había sucedido durante la última semana.

-Ya te lo he dicho, Michael: estoy a punto de volverme loco -dijo-. ¡Nada nos da buen resultado! Ajos, acónito, cruces, espejos, agua corriente... Lo hemos empleado todo y es inútil. ¡No, no lo digas! ¡No es la imaginación ni la superstición! ¡Está sucediendo! ¡Un vampiro la está destruyendo! Cada día que pasa se hunde más en ese sopor mortal del que... -Gheria apretó los puños...y todavía no logro comprenderlo -murmuró con emoción-. No me es posible comprenderlo.

-Venga, siéntese -el doctor Vares condujo al anciano hasta un sillón, haciendo una mueca, al ver su palidez.

Nerviosamente, sus dedos buscaron el pulso de Gheria.

-Yo no importo -protestó Petre-. Es a Alexis a la que tenemos que ayudar -al decir esto, se pasó una mano temblorosa por los ojos-. Pero, ¿cómo?

No opuso ninguna resistencia cuando el joven le soltó el cuello de la camisa y le examinó el cuello.

-Usted también -dijo Vares con repugnancia.

-¿Qué importa eso? -Gheria se aferró a la mano del joven-. Michael, amigo mío -suplicó-, ¡dime que no soy yo! ¿Soy yo el que le hace eso tan horrible a ella?

Vares pareció confundido.

-¿Usted? -dijo-. Pero...

-Ya lo sé; ya lo sé -dijo Petre-. Yo mismo he sido atacado. Sin embargo, eso no significa nada, Michael. ¿Qué clase de horror es este como para que no pueda impedirse? ¿De qué lugar infernal sale? He hecho que registren todo el campo, que escudriñen en todas las tumbas e inspeccionen todas las criptas. No hay ninguna casa en el pueblo que no haya sido objeto de investigación por mi parte. ¡Te lo aseguro, Michael, no hay nada! Sin embargo, hay algo... Algo que nos ataca todas las noches, arrancándonos la vida poco a poco. ¡El pueblo está dominado por el terror..., y yo también! ¡Nunca vi a esa criatura, ni la oí! Sin embargo, todas las mañanas encuentro a mi adorada esposa...

El rostro de Vares estaba un poco pálido y con expresión preocupada. Miró atentamente al anciano.

-¿Qué puedo hacer, amigo mío? -preguntó Gheria en tono suplicante-. ¿Cómo puedo salvarla?

Vares no pudo dar una respuesta.

-¿Cuánto tiempo hace que está así? -preguntó Vares.

No podía apartar los ojos de la palidez del rostro de Alexis.

-Varios días -dijo Gheria-. La decadencia ha sido constante.

El doctor Vares soltó la mano flácida de Alexis.

-¿Por qué no me lo dijo antes?

-Creí que podríamos resolver el problema -respondió Gheria débilmente-. Ahora estoy convencido de que es imposible.

Vares se estremeció.

-Pero, seguramente...

-Lo hemos intentado todo -dijo Gheria-. Ya no queda nada por intentar. ¡Nada! -fue hacia la ventana, con paso vacilante y miró hacia el exterior, donde la noche se iba haciendo cada vez más profunda-. Y ahora volverá nuevamente -dijo-. Estamos indefensos.

-No estamos indefensos, Petre -Vares se esforzó en sonreír amablemente y colocó la mano sobre el hombro del anciano-. Yo voy a vigilar esta noche.

-Es inútil.

-No lo crea usted, amigo mío -dijo Vares, con nerviosismo-. Ahora, debe usted tratar de dormir.

-No me separaré de ella -dijo Gheria.

-Pero... Necesita descansar.

-No puedo irme -dijo Petre-. No deseo separarme de ella.

Vares asintió.

-Por supuesto -dijo-. Entonces, compartiremos las horas de vigilancia.

Gheria suspiró.

-Podemos intentarlo -dijo; pero su voz no parecía expresar ninguna esperanza.

Unos veinte minutos después, regresó con un jarrón de café humeante, que era apenas posible de oler, en medio del olor penetrante a ajo, que flotaba en el aire. Acercándose al lecho, Gheria depositó la bandeja. Sostuvo una taza debajo del espiche del jarrón, y el líquido salió como si se tratara de ébano humeante.

El doctor Vares había acercado una silla a la cama.

-Yo vigilaré primero -dijo-. Duerma usted, Petre.

-No vale la pena que lo intente -dijo Gheria.

-Gracias -murmuró Vares, cuando el otro le tendió la taza.

Gheria asintió y se sirvió una taza llena, antes de tomar asiento.

-No sé qué le sucederá a Solta si esa criatura no es destruida -dijo-. Los habitantes están paralizados de terror.

-¿Ha estado la criatura en algún otro lugar del pueblo? -le preguntó Vares.

Gheria suspiró cansadamente.

-¿Para qué quiere ir a otro sitio? -dijo-. Está encontrando todo lo que necesita entre estas cuatro paredes -miró a Alexis, con impotencia-. Cuando nosotros muramos -añadió-, irá a otro sitio. Los habitantes del pueblo lo saben, y están esperando que suceda.

Vares depositó su taza en el plato y se restregó los ojos.

-Parece imposible -observó- que nosotros, practicantes de una ciencia, parezcamos ser incapaces de...

-¿Qué puede hacer la ciencia contra esto? -dijo Gheria-. ¡La ciencia, que ni siquiera admite su existencia! Podríamos traer a los mejores científicos del mundo a esta habitación, y nos dirían: "Amigos míos, han sido engañados. No hay vampiros. Todo esto es un truco."

Gheria hizo una pausa y miró atentamente al joven.

-¡Michael! -llamó.

La respiración de Vares era lenta y pesada. Dejando sobre la mesita su taza de café, que no había probado, Gheria se puso en pie y se acercó a Vares, que estaba desplomado en su silla. Le levantó uno de los párpados, miró la pupila que no tenía vista y retiró la mano. La droga era de efectos rápidos, pensó, y muy efectiva. Vares podría estar insensible durante más tiempo del que sería necesario.

Acercándose al armario, Gheria sacó su maletín y se acercó con él a la cama. Le quitó a Alexis la parte superior del camisón y, en unos segundos, le sacó toda una jeringa llena de sangre; aquella iba a ser la última vez que le extrajera sangre, afortunadamente. Restañando la herida, llevó la jeringa hasta

donde se encontraba Vares y la vació en la boca del joven, manchando con ella sus dientes y sus labios.

Una vez hecho esto, fue hacia la puerta y la abrió. Regresó junto a Vares, lo levantó y lo llevó hasta el vestíbulo. Karel no iba a despertar: un poco de opio en sus alimentos aseguraba al doctor que no lo haría. Gheria descendió trabajosamente las escaleras, bajo el peso del cuerpo de Vares. En el rincón más oscuro de la bodega, un féretro de madera estaba esperando al joven. Allí reposaría, hasta la mañana siguiente, cuando el aturdido doctor Gheria ordenaría a Karel que registrara el ático y la bodega, por la remota y quizá fantástica posibilidad de que...

Diez minutos después, Gheria estaba nuevamente en la habitación de Alexis, tomándole el pulso. Era lo bastante fuerte y sobreviviría. El dolor y la tortura del horror que había soportado, serían un castigo suficiente para ella. En cuanto a Vares...

El doctor Gheria sonrió, complacido, por primera vez desde que Alexis y él habían regresado de Cluj, a fines del verano. ¡Espíritus infernales! ¡Qué cosa más agradable sería ver cómo Karel atravesaba con una estaca el maldito corazón del seductor Michael Vares!

DESCENSO

FUE UN IMPULSO. Les condujo su automóvil hasta el bordillo de la acera, y lo detuvo. Hizo girar la llave del encendido, y el motor se detuvo. Se volvió a mirar al otro lado de *Sunset Bulevar*, hacia las verdes colinas, que descendía en pendiente muy pronunciada hacia la orilla del océano.

-Mira, Ruth -dijo.

Estaba ya muy avanzada la tarde. A lo lejos, más allá de los farallones, podían ver el Pacífico, que brillaba, reflejando el rojizo sol. El cielo era una especie de tapiz en el que se confundían los tonos de amarillo y púrpura. Nubes algodonosas, de bordes rosados, colgaban de él.

-¡Es tan bonito! -dijo Ruth.

La mano de Les se levantó del respaldo del asiento del automóvil, para cubrir la de ella. Ruth le sonrió un momento y su sonrisa se borró de sus labios, cuando ambos volvieron a mirar la puesta del sol.

-Es difícil de creer -dijo Ruth.

-¿Qué? -preguntó Les.

-Que no volveremos a ver otra puesta de sol.

Les miró seriamente el cielo de colores vivos. Luego, sonrió: pero no complacido.

-¿No hemos leído que tendremos puestas artificiales de sol? -dijo-. Podrás mirar por las ventanas de tu habitación y ver la puesta del sol. ¿No hemos leído eso en alguna parte?

-No será lo mismo -dijo Ruth-. ¿Verdad, Les?

-¿Cómo podría ser?

-No lo sé -murmuró-. ¿Cómo será?

-Mucha gente desearía saberlo -dijo Les.

Permanecieron sentados, en silencio, viendo cómo el sol iba descendiendo en el horizonte. "Es curioso", pensó Les; "uno trata de llegar hasta el verdadero significado de un momento como este, pero no es posible. Pasa y, cuando todo ha terminado, uno no sabe ni siente nada más que lo que sabía o sentía antes. Es solamente un momento más, añadido al pasado. No apreciamos lo que tenemos hasta que nos lo quitan."

Volvió la mirada hacia Ruth y la vio mirar solemne y extrañamente el océano.

-¡Cariño! -le dijo suavemente, dándole todo su amor en aquella sola palabra.

Ella lo miró y trató de sonreír.

-Seguiremos juntos -le prometió.

-Ya lo sé -replicó ella-. No me hagas caso.

-Por supuesto que voy a hacerte caso -protestó él-. Voy a cuidar de ti, sobre la tierra.

-...o debajo de ella -completó Ruth.

Bill salió de la casa para reunirse con ellos. Les miró a su amigo, mientras conducía el automóvil al espacio abierto de concreto que se encontraba cerca del garaje. Se preguntaba qué efecto le haría a Bill tener que abandonar la casa que acababa de pagar. Era toda suya, al cabo de dieciocho años de

pagos; y al día siguiente sería un montón de escombros. La vida es terrible, pensó, al tiempo que apagaba el motor.

Bill salió a su encuentro y lo saludó:

-Hola, Les. ¿Qué tal, preciosa? -dijo, dirigiéndose a Ruth.

-Hola, guapo -replicó ella.

Se apearon del automóvil y Ruth tomó el paquete del asiento delantero. La hija de Bill, Jeannie, salió corriendo de la casa.

-¡Hola, Les! ¡Hola, Ruth!

-Dime, Bill. ¿Qué automóvil vamos a llevar mañana?

-No lo sé, amigo mío -replicó el otro-. Ya lo discutiremos cuando lleguen Fred y Grace.

-Llévame de caballito, Les -dijo la niña.

Les hizo lo que la niña quería. *Me alegra no tener hijos, me hubiera disgustado bajar mañana con un niño allá abajo.*

Mary levantó la mirada de sobre la estufa de su cocina, cuando entraron todos. Se saludaron todos y Ruth puso el pastel sobre la mesa.

-¿Qué es eso? -preguntó Mary.

-He hecho un pastel -le explicó Ruth.

-¡Oh! No tenías necesidad de hacerlo.

-¿Por qué no? Es posible que sea el último que pueda cocinar.

-No es tan grave como eso -intervino Bill-. Tendrán estufas allá abajo.

-Todo estará tan racionado, que no valdrá la pena esforzarse -dijo Ruth.

-Eso sería una fortuna, a juzgar por como cocina mi adorada esposa -opinó Bill.

-¡Oh!, ¿eso crees?

Mary miró a su esposo, que tenía el cabello grisáceo y que le dio una palmadita cariñosa en la espalda, antes de irse al salón, con Les. Ruth se quedó en la cocina, para ayudar a su amiga.

Les bajó a la hijita de Bill.

Jeannie se fue corriendo.

-¡Mamá, voy a ayudarte a preparar la cena!

-¡Muy amable! -oyeron que respondía Mary.

Les se dejó caer sobre el gran diván de color cereza y Bill llevó una silla junto a la ventana.

-¿Han venido ustedes de Santa Mónica? -preguntó.

-No; hemos venido por la carretera costera -le indicó Les-. ¿Por qué?

-¡Oh! ¡Debiste pasar por Santa Mónica! -le dijo Bill-. Parece que todo el mundo se ha vuelto loco. Han estado rompiendo los escaparates de las tiendas, volcando los automóviles, incendiándolo todo. Estuve allí esta mañana. Me considero afortunado de haber podido regresar con el automóvil. Unos cuantos graciosos deseaban bajarlo dando vueltas por *Wilshire Bulevar*.

-¿Qué pasa? ¿Se han vuelto locos? -comentó Les-. Debiste creer que era el fin del mundo.

-Para algunos, lo es -indicó Bill-. ¿Que crees que M.G.M. va a hacer ahí abajo? ¿Películas cómicas de dibujos animados?

-¡Claro! -exclamó Les-. *Tom y Jerry en el centro de la Tierra*.

Bill meneó la cabeza.

-Los negocios van a perder todo sentido -dijo-. No hay lugar para establecer algo allá abajo. Todos se están volviendo locos. Mira este periódico.

Les se inclinó hacia adelante y tomó el periódico de la mesita de la sala. Era de tres días antes. Los principales artículos, por supuesto, se ocupaban del descenso -los programas de entrada en los diversos accesos: uno en Hollywood, otro en Reseda y otro en el centro de Los Angeles-. En grandes titulares, a ocho columnas, los titulares de la primera página decían: *¡Recuerden! ¡La bomba caerá a la puesta del sol!* Los periódicos habían estado haciendo la advertencia durante una semana. Y el día siguiente, era el señalado.

El resto de los artículos eran relativos a robos, violaciones, incendios y crímenes.

-La gente no puede tolerarlo -dijo Bill-. Se están volviendo todos locos.

-A veces creo que yo también estoy loco -dijo Les.

-¿Por qué? -dijo Bill, encogiéndose de hombros-. Sólo tendremos que vivir bajo la superficie de la tierra, en lugar de vivir sobre ella. ¿Qué es lo que van a cambiar? La televisión continuará siendo una calamidad.

-¡No me digas que no vamos ni siquiera a dejar la televisión en la superficie!

-No. ¿No lo has leído? -preguntó Bill.

Se dirigió hacia la mesita y recogió el periódico que Les acababa de dejar, buscando afanosamente entre las páginas.

-¿Dónde diablos está? -murmuró, mientras buscaba un encabezado.

-Mira -dijo finalmente, señalando el periódico.

LOS CIENTIFICOS PROMETEN QUE LA TELEVISIÓN SEGUIRA FUNCIONANDO

-¿Es un consuelo? -dijo Les.

-Por supuesto -comentó Les, volviendo a dejar el periódico-. Ahora podremos ver cómo la bomba nos destruye.

Regresó a su sillón.

Les movió la cabeza.

-¿Quién va a construir aparatos de televisión allá abajo?

-Amigo mío, va a haber de todo allá abajo... ¿Qué ocurre, preciosidad?

Ruth estaba parada debajo del arco que había a la entrada de la sala.

-¿Quieren ustedes vino, o cerveza? -preguntó.

Bill escogió una cerveza y Les prefirió vino; luego, Bill siguió hablando:

-Quizá esta promesa de la televisión es un poco exagerada -dijo-; pero, aparte eso, todo seguirá igual. ¡Oh! Es posible que los negocios funcionen a un nivel diferente; pero funcionarán. ¡Cielos! ¡Todos queremos algo por la cantidad de dinero que han invertido en Los Túneles!

-¿No es bastante su vida?

Bill continuó hablando sobre lo que había leído referente a la vida en Los Túneles; el método de intercambio, el sistema de transportes, las fábricas para reemplazar la producción de alimentos y todo el cuadro interminable de detalles, que formaban parte de la creación de una nueva sociedad en un mundo nuevo.

Les no le prestó atención. Permaneció sentado, mirando más allá de donde se encontraba su amigo, hacia el cielo rojizo que se reflejaba en el azul del océano. Oyó que las palabras de Bill salían de su boca, pero no prestaba atención a su significado; oyó a las mujeres que se afanaban en la cocina. ¿Cómo sería todo?, se preguntaba. Nada semejante a aquello. No habría

alfombras de color "acuamarina", de pared a pared, ni colores vivos, ni chimeneas, ni utensilios de cobre. Sobre todo, no habría ventanas desde las que se pudiera contemplar el hermoso mundo exterior. Sintió que lentamente se le hacía un nudo en la garganta. Mañana, y pasado mañana, y un día después...

Ruth llegó con una bandeja en las manos y tendió a Bill su cerveza y a Les su vaso de vino. Sus ojos se encontraron durante un instante con los de su esposo y sonrió. Les deseaba abrazarla furiosamente y enterrar su rostro en su cabello. Deseaba el olvido. Pero Ruth regresó a la cocina y Les preguntó:

-¿Qué? -para que Bill repitiera su pregunta.

-Decía que podríamos ir a la entrada de Reseda.

-Creo que será tan buena como cualquier otra -opinó Les.

-Bueno, supongo que las entradas de Hollywood y del centro de la ciudad estarán congestionadas de gente -dijo Bill-. ¡Cielos! ¿Verdaderamente has bebido ese vino?

Les sintió que el ligero calorillo descendía hasta su estómago, al tiempo que dejaba el vaso sobre la mesita.

-¿Te está afectando todo esto, amigo mío? -preguntó Bill.

-¿A ti no?

-¡Oh...! -Bill se encogió de hombros-. ¿Quién sabe? Quizá estoy haciendo ruido solamente para ocultar lo que sucede en mi interior. Lo siento por Jeannie, más que por ninguna otra persona. Sólo tiene cinco años.

Al exterior, oyeron un automóvil que se detenía frente a la casa, y Mary les gritó que habían llegado Fred y Grace. Bill apoyó las palmas de las manos sobre sus rodillas y se irguió.

-No permitas que eso te afecte -dijo, con una sonrisa-. Eres de Nueva York. No será diferente que el subterráneo de la ciudad.

-Cuarenta años en los corredores del subterráneo -dijo.

-No es tan malo -dijo Bill, dirigiéndose hacia la salida de la habitación-. Los científicos pretenden que van a descubrir algún modo de eliminar la radiación del suelo y conseguir que las cosas vuelvan a florecer en la superficie.

-¿Cuándo?

-Quizá dentro de veinte años -dijo Bill.

Y salió a recibir a sus invitados.

-Pero, ¿cómo podemos saber a qué se parecen? -dijo Grace-. Todas las imágenes que presentan son solamente ideas de artistas sobre cómo pueden ser las habitaciones allí abajo. Pueden muy bien ser agujeros en las paredes.

-No seas tan pesimista, nena -le dijo Bill.

-¡Oh! -gruñó Grace-. Creo que se están olvidando del... horror de descender a las profundidades de la tierra.

Estaban todos en el salón, llenos de costillas, ensalada, bizcochos, pastel y café. Les estaba sentado en el gran diván color jerez, con el brazo en torno al talle esbelto de Ruth. Grace y Bill estaban sentados en el sofá amarillo y Mary y Bill en sillones separados. Jeannie estaba acostada. De la chimenea se desprendía un calor muy agradable, de un fuego de troncos. Fred y Bill bebían cerveza de sendos botes, y todos los demás vino.

-No lo olvidamos, nena -dijo Bill-. Nos acostumbramos a la idea. Es preciso que lo hagamos y, puesto que no hay otro remedio, tratamos de que sea lo menos desagradable posible.

-Es muy fácil decirlo -repitió Grace-; es muy fácil decirlo. Desde luego, yo no me siento animada a vivir en esos túneles. Me sentiría demasiado triste. No sé qué es lo que piensa Fred, pero esos son mis sentimientos. A Fred me parece que no le importa gran cosa.

-Fred se ajusta a todas las situaciones -opinó Bill-. No se deja abatir tan fácilmente.

Fred sonrió ligeramente y no dijo nada. Era un hombre de pequeña estatura, que estaba sentado junto a su esposa como un niño en el sillón del dentista, al lado de su madre.

-¡Oh! -volvió a intervenir Grace-. No puedo comprender cómo pueden ustedes conformarse con todo esto. ¿Cómo puede resultar agradable? No habrá teatros ni restaurantes ni viajes.

-Tampoco salones de belleza -dijo Bill con una corta carcajada.

-Sí, ni siquiera salones de belleza -dijo Grace-. Si creen ustedes que eso no es importante para una mujer..., bueno.

-Tendremos junto a nosotros a los seres queridos -dijo Mary-. Creo que eso es lo más importante. Además, estaremos vivos.

Grace se encogió de hombros.

-Es cierto que estaremos vivos y juntos -dijo-. Pero me temo que, en cuanto a mí, no podré llamar a eso vida. No es posible vivir siempre encerrados en un sótano.

-No vayas -le indicó Bill-. Muéstrales lo testaruda que eres.

-Muy divertido -dijo Grace.

-Estoy seguro de que algunas personas decidirán no descender -opinó Les.

-Hace falta que estén locos -dijo Grace- ¡Oh! ¡Qué modo más horrendo de morir!

-Quizá sería mejor que bajar al subterráneo -dijo Bill-. ¿Quién sabe? Es posible que muchas personas pasen el día de mañana tranquilas en sus casas.

-¿Tranquilas? -dijo Grace-. No se preocupen, Fred y yo descenderemos a esos túneles mañana temprano.

Guardaron silencio durante un momento; luego, Bill inquirió:

-¿Están todos de acuerdo en que vayamos a la entrada de Reseda? Será mejor que decidamos ahora adónde ir.

Fred hizo un pequeño gesto, poniendo las palmas de las manos hacia arriba.

-Por mí, de acuerdo -dijo-. Me conformaré a lo que decida la mayoría.

-Enfrentémonos a la realidad, amigo -dijo Bill-. Tú eres el más importante de todos los que nos encontramos aquí. Los electricistas van a ser muy importantes allá abajo.

Fred sonrió.

-Está bien -se limitó a decir-. Me conformaré a lo que todos ustedes decidan.

-¿Saben? -dijo Bill-, me pregunto qué diablos vamos a hacer en el subterráneo los carteros.

-¿Y nosotros, los contadores? -inquirió Les.

-¡Oh!, habrá dinero allá abajo -opinó Bill-. Donde van los Estados Unidos va también el dinero. Ahora, ¿qué me dicen del automóvil? Solamente podemos llevar uno para seis personas. ¿Quieren que nos llevemos el mío? Es el mayor de todos.

-¿Por qué no el nuestro? -intervino Grace.

-A mí no me importa en absoluto -dijo Bill-. De todos modos no podemos llevárnoslo abajo.

Grace miró amargamente al fuego de la chimenea, mientras sus manos delicadas se abrían y se cerraban sobre su regazo.

-¡Oh! ¿Por qué no detenemos la bomba? ¿Por qué no atacamos nosotros antes?

-Ya no es posible hacerlo -dijo Les.

-Me gustaría saber si ellos también tendrán túneles -dijo Mary.

-No lo creo -dijo amargamente Grace-. ¿Qué más da?

Bill sonrió secamente.

-Les importa, desde luego.

-Parece que eso carece de interés -dijo Ruth.

Guardaron silencio todos, observando su último fuego, en un atardecer invernal, en California. Ruth hizo que su cabeza descansara sobre el hombro de Les, mientras él acariciaba lentamente su rubia cabellera. Bill y Mary se miraron a los ojos y sonrieron ligeramente. Fred permanecía sentado, mirando con mirada suave y melancólica a los troncos que estaban ardiendo en la chimenea, mientras Grace cerraba y abría las manos sin descanso, y parecía muy vieja.

Afuera, las estrellas aparecieron en el cielo, por millonésima vez en el millonésimo año.

Ruth y Les estaban sentados en el suelo de su sala, escuchando discos cuando Bill hizo sonar la bocina del auto. Durante un momento se miraron sin pronunciar una sola palabra, un poco asustados. El sol se filtraba entre las persianas y caía como escalones dorados sobre sus piernas.

"¿Qué puedo decir?", se preguntó Les repentinamente. "¿Hay palabras en el mundo que puedan hacer que este momento sea más llevadero para ella?"

Ruth se acercó a él rápidamente, y se abrazaron con toda la fuerza que pudieron. Afuera, la bocina volvió a sonar.

-Será mejor que vayamos -dijo Les calmadamente.

-Muy bien.

Se pusieron en pie, y Les se acercó a la puerta principal.

-¡Salimos en seguida! -gritó.

Ruth entró en el dormitorio y tomó sus abrigos y las dos pequeñas maletas que les permitían llevarse. Todos sus muebles, sus ropas, sus libros y sus discos... Todo tendrían que dejarlo atrás.

Cuando regresó a la sala, Les estaba apagando el tocadiscos.

-Me gustaría poder llevar más libros -dijo Les.

-Habrá bibliotecas allá abajo, cariño -le dijo su esposa.

-Ya lo sé; pero... no es lo mismo.

Ayudó a su esposa a ponerse el abrigo y ella lo ayudó a él a hacer lo propio. El apartamento estaba muy tranquilo y cálido.

-¡Es tan agradable! -dijo Ruth.

Les la miró un momento, como interrogándola; luego, rápidamente, tomó las maletas y abrió la puerta de la casa.

-Vamos, querida -dijo.

En la puerta, la mujer se volvió y miró hacia atrás. Repentinamente, Ruth fue hasta el tocadiscos y lo puso en marcha. Permaneció inmóvil allá hasta que

comenzó a sonar la música; luego, regresó a la puerta y la cerró firmemente a sus espaldas.

-¿Por qué has hecho eso? -le preguntó Les.

-No lo sé -respondió ella-. Quizá deseaba dejar nuestra casa como si tuviera vida.

Tomó del brazo a su esposo y descendieron por las escaleras dirigiéndose hacia el automóvil.

Una suave brisa los acarició mientras caminaban y, por encima de sus cabezas, las palmeras sacudían sus ramas enormes.

-Es un día agradable -dijo Ruth.

-Sí, es cierto -dijo Les, mientras sus dedos se cerraban sobre el brazo de su esposa.

Bill les abrió la puerta.

-Suban, amigos -dijo-, y vámonos.

Jeannie se puso de rodillas en el asiento delantero y habló a Les y a Ruth. Ésta observó cómo desaparecía su casa.

-Yo he sentido lo mismo con respecto a nuestra casa -dijo Mary.

-No temas, querida -dijo Bill-. Ya volveremos a hacerla allá abajo.

-Dime, Bill, ¿crees que podremos vivir unos cerca de otros en Los Túneles? -preguntó Les.

-No lo sé, amigo mío -replicó Bill-. Va por distritos. Creo que estaremos bastante cerca todos nosotros; pero Fred y Grace es posible que se encuentren alejados, puesto que viven en Venice.

-No puedo decir que lo siento -dijo Mary-. No me agrada mucho la idea de soportar las quejas de Grace durante los próximos veinte años.

-¡Oh!, Grace es buena -opinó Bill-. Todo lo que necesita es una buena coza, en salva sea la parte, de vez en cuando.

La circulación era intensa en los bulevares principales que van hacia el oeste, a las dos entradas de la ciudad. Bill condujo el vehículo lentamente por Lincoln Boulevard, hacia Venice. Aparte del parloteo de Jeannie, nadie hablaba. Ruth y Les estaban sentados muy juntos, con los puños apretados y mirando fijamente al frente. Hoy continuaban las palabras en la mente de Les, "vamos a meternos bajo tierra; vamos a meternos bajo tierra hoy".

Al principio no sucedió nada cuando Bill tocó la bocina. Luego la puerta principal de la casita se abrió y Grace se acercó corriendo con toda la velocidad que podían desarrollar sus piernas, sobre el césped, todavía en camisón y con sus zapatillas, mientras le colgaban en torno a la cabeza madejas de su cabello negro y canoso.

-¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha sucedido? -dijo Mary, al tiempo que Bill descendía rápidamente del automóvil para salir al encuentro de Grace.

Abrió el portón de la cancela a tiempo para tomar en sus brazos a Grace, una de cuyas zapatillas había resbalado en el barro, haciéndole perder el equilibrio.

-¿Qué es lo que anda mal? -preguntó, tomándola por los hombros.

-Es Fred -dijo ella.

El rostro de Bill palideció y su mirada fue repentinamente hacia la casa, que se alzaba silenciosa y blanca bajo la luz brillante del sol. Les y Mary salieron rápidamente del automóvil.

-¿Qué le sucede a... -comenzó Bill, interrumpiendo sus palabras con nerviosismo.

-¡No quiere ir! -gritó Grace, con el rostro descompuesto en una mueca de terror.

Lo encontraron como Grace dijo que había estado toda la mañana, sentado inmóvil en su sillón, cerca de la ventana que daba al jardín. Bill se acercó a él y le puso una mano sobre el hombro delgado.

-¿Qué te sucede, amigo mío? -preguntó.

Fred levantó la mirada y una sonrisa se insinuó en las comisuras de su boca pequeña.

-¡Hola! -dijo tranquilamente.

-¿No vas a venir? -preguntó Bill.

Fred respiró profundamente y pareció que se disponía a decir otra cosa.

-No -dijo tranquilamente, como si estuviera rehusando un plato de guisantes a la hora de la cena.

-¡Oh, Dios mío! ¡Ya te lo dije! -dijo Grace, entre sollozos-. ¡Está loco!

-Está bien, Grace, tranquilízate -dijo Bill, irritado.

Ella apretó su pañuelo empapado contra su boca. Mary le pasó un brazo por el talle.

-¿Por qué no, amigo mío? -le preguntó Bill a Fred.

Otra ligera sonrisa apareció un instante en los labios de Fred. Se encogió de hombros.

-No quiero ir -dijo simplemente.

-¡Oh, Fred, Fred! ¿Cómo puedes hacerme esto? -gimió Grace.

Permaneció nerviosamente junto a la puerta de entrada, con una mano sobre la garganta.

La boca de nm se endureció, pero conservó la mirada fija sobre el rostro impassible de Fred.

-¿Qué me dices de Grace? -preguntó.

-Grace debe irse -respondió Fred-. Quiero que se vaya, no quiero que muera.

-¿Como voy a poder vivir allá abajo sola? -inquirió Grace, entre sollozos.

Fred no respondió, limitándose a continuar mirando al frente, como si se sintiera molesto a causa de toda la atención de que era objeto, como si tratara de pensar cuidadosamente para decir lo que era apropiado.

-Mira -dijo-. Ya sé que mi actitud es terrible y arrogante, pero no puedo ir allá abajo de ninguna manera -su boca se endureció-. No quiero ir.

Bill se enderezó con un suspiro de cansancio.

-Bueno -dijo con impotencia.

-Yo... -Fred había abierto su mano derecha y estaba alisando un pedazo de papel-. Quizá esto explique... lo que quiero decir.

Bill tomó el papel y lo leyó. Luego volvió a mirar a Fred y le dio una palmadita en el hombro.

-Está bien, amigo mio -dijo.

etió el papel en el bolsillo de su abrigo. A continuación, miró a Grace.

-Vístete, si vas a venir -dijo.

-¡Fred! -gritó casi-. ¿Vas a hacerme algo tan terrible?

-Tu marido se queda -dijo Bill-. ¿Vas a quedarte con él?

-¡No quiero morir!

Bill la miró un momento y se apartó.

-Mary, ayúdala a vestirse -dijo.

Cuando se dirigieron hacia el automóvil, Grace sollozando, del brazo de Mary, Fred permaneció en la puerta principal, observando a su esposa, que se iba. No lo había besado ni abrazado, solamente había evitado despedirse, con un sollozo de miedo y de enojo. Permaneció inmóvil, con el rostro tranquilo, mientras la suave brisa le acariciaba el fino cabello.

Cuando estuvieron todos en el automóvil, Bill sacó el papelito del bolsillo.

-Voy a leerte lo que escribió tu marido -dijo claramente, y se puso a leer-: "Si un hombre muere con el sol en los ojos, muere como hombre. Si se va con la nariz llena de polvo..., muere simplemente."

Grace miró a Bill con ojos desencajados, retorciendo incansablemente sus manos en su regazo.

-Mamá, ¿por qué no viene tío Fred? -preguntó Jeannie cuando Bill puso en marcha el automóvil y describió una vuelta cerrada en U.

-Quiere quedarse -fue todo lo que dijo Mary.

El automóvil cobró velocidad y se dirigió hacia Lincoln Boulevard. Ninguno de ellos habló y Les pensó en Fred, sentado solo en su casita, esperando. Solo. El pensamiento hizo que se le formara un nudo en la garganta y que apretara los dientes. Estaría recordando ahora otro poema, pensó, uno que comenzaba diciendo: "Si un hombre muere y no hay nadie para darle la mano..."

-¡Oh, deténte! ¡Para el automóvil! -gritó Grace con tristeza.

Bill se detuvo junto al bordillo de la acera.

-No quiero ir sola -dijo Grace-. No es justo el hacerme ir sola. Yo..

Dejó de hablar y se mordió los labios.

-¡Oh...! -se inclinó hacia adelante-. Adiós, Mary -dijo, y la besó.

-Adiós, Ruth -y la besó también.

Luego se despidió en la misma forma de Jeannie y de Les y logró dedicar una sonrisa breve y triste a Bill.

-Te odio -le dijo.

-Yo te *quiero* -le respondió él.

La vieron iniciar el camino de regreso, primeramente caminando; luego, conforme se acercaba a la casa, comenzó a medio correr, con la emoción de una chiquilla. Vieron que Fred salía a la puerta y, entonces, Bill puso en marcha el automóvil y se alejaron, encontrándose nuevamente solos, todos juntos.

-No parecía que Fred pensara de ese modo -comentó Les.

-No lo sé -dijo Bill-. Acostumbraba siempre permanecer en su jardín cuando no estaba trabajando. Le gustaba vestirse con un *short* y una camisa deportiva y dejar que el sol acariciara su piel, mientras limpiaba los setos o le daba vuelta al césped. Comprendo perfectamente cuáles son sus sentimientos. Si desea morir de ese modo, ¿por qué no? Es lo bastante viejo como para saber qué desea -sonrió-. Es Grace la que me ha sorprendido.

-¿No les parece que fue poco correcto el empujar casi a Grace para que se quedara con él? -preguntó Ruth.

-¿Qué es correcto o incorrecto? -dijo Bill-. Es la vida y el amor de un hombre. ¿Dónde está el código que dice cómo debe morir o amar un hombre?

Hizo virar el automóvil en Lincoln Boulevard.

Llegaron a la entrada poco después del mediodía y uno entre los cientos de policías que estaban concentrados allí los dirigió hacia el campo, más allá de la carretera, y les dijo que se estacionaran allá y regresaran a pie.

-¡Santo cielo! Miren esos automóviles! -exclamó Bill, mientras conducía lentamente por la carretera que estaba llena de personas que regresaban a pie.

Había miles de automóviles. Les pensó en el mismo campo tal y como lo vio una vez, después de la segunda guerra mundial. En aquella ocasión estaba lleno de bombarderos, que casi se tocaban unos a otros, hasta donde podía alcanzar la vista. Esta vez era algo semejante, sólo que no se trataba de aviones sino de automóviles, y que la guerra no había terminado, apenas acababa de comenzar.

-¿No es peligroso dejar ahí todos esos automóviles? -preguntó Ruth-. ¿No serán un buen blanco?

-Amiga mía, caiga donde caiga la bomba, de todos modos todo quedará destruido -explicó Bill.

-Además -intervino Les-, del modo en que están construidas las entradas, no creo que importe mucho dónde caiga la bomba.

Se apearon todos y permanecieron inmóviles un momento, como si no supieran qué hacer. Luego, Bill dijo:

-Bueno, vamos -y le dio una palmada al guardabarros de su automóvil-. Adiós, cacharro... R.I.P.

-¿En pedazos? -dijo Les.

Había largas colas en cada una de las veinte mesas que había a la entrada. Las personas desfilaban lentamente, daban sus nombres y sus direcciones y eran asignadas a diversas hileras de barracones. No hablaron mucho, se limitaron a sostener sus maletas y descendieron lentamente por unas escalinatas hacia la entrada de Los Túneles.

Ruth sostuvo el brazo de Les con los dedos tensos y éste sintió que los bordes de su estómago se le endurecían como si se estuvieran calcificando. Cada nuevo corto escalón los separaba todavía más de la entrada, alejándose del cielo, el sol, las estrellas y la luna. Y, repentinamente, Les se sintió muy enfermo y asustado. Deseaba tomar el brazo de Ruth, regresar a su apartamento y esperar allá a que todo concluyera. Fred tenía razón... no era posible evitar el sentirlo. Fred tenía razón al suponer que un hombre no podía abandonar lo que siempre había sido su hogar, descender como un topo a las profundidades de la tierra y continuar siendo él mismo. Allá abajo algo sucedería, algo cambiaría. El aire artificial, los bancos uniformes de lámparas solares, la luna eléctrica y las estrellas fluorescentes, inventadas como resultado de un estudio psicológico, que indicaba una aberración, si se eliminaban completamente. ¿Suponían que eso sería suficiente? ¿Era posible que pensarán que un hombre podía permanecer bajo tierra, viviendo como en una tumba, durante veinte años y conservar todavía su salud mental?

Sintió que el cuerpo se le envaraba involuntariamente y deseó gritar para que todos comprendieran la estupidez del mundo que hizo que los hombres curvaran sus espaldas bajo el látigo que ellos mismos habían inventado para su propia destrucción, en una cadena interminable de ciego sadismo. Contuvo el aliento, miró a Ruth y vio que lo estaba observando.

-¿Estás bien?

Espiró el aire de manera entrecortada.

-Sí -respondió-, muy bien.

Trató de adormecer su pensamiento, pero no pudo conseguirlo. Continuó observando a todas las personas que estaban en torno de ellos, preguntándose si todos sentían como él aquella cólera tremenda a causa de lo que estaba sucediendo y que, básicamente, ellos mismos habían permitido que sucediera. ¿Estaban pensando todos ellos también en la noche última, en las estrellas y el aire fresco y los ruidos de la tierra? Sacudió la cabeza. Era un tormento el pensar en todo eso.

Miró a Bill, mientras los cinco bajaban lentamente por la larga rampa de concreto hacia los ascensores. Bill tenía la mano de Jeannie en la suya y la miraba sin ninguna expresión en el rostro. Luego Les lo vio volverse un poco y tocar a Mary con la maleta que llevaba en la otra mano. Mary lo miró y Bill le guiñó un ojo.

-¿Adónde vamos, papá? -preguntó Jeannie.

Su voz sonó agudamente contra las blancas paredes de azulejos.

Bill abrió la boca.

-Ya te lo he dicho -replicó-. Vamos a tener que vivir bajo tierra durante cierto tiempo.

-¿Durante cuánto tiempo? -preguntó la niña.

-No hables más, niña -dijo Bill-. No lo sé.

No había ningún sonido en el ascensor. Había unas cien personas en su interior y estaba tan silencioso como una tumba, mientras descendían. Cada vez más abajo.

EL FIN DEL PLAZO

Hay por lo menos dos noches al año en las que los médicos no acostumbran hacer planes: la víspera de Navidad y la de Año Nuevo. La víspera de Navidad, Bobby Dascouli se quemó el brazo. Estuve curándolo y vendándolo en el momento en que podría haber permanecido instalado tranquilamente en un cómodo sillón, junto a Ruth, observando las luces multicolores del arbolito de Navidad.

Por consiguiente, no me causó una gran sorpresa que diez minutos después de llegar a casa de mi hermana Mary para celebrar la despedida del año, mi servicio de contestaciones telefónicas me llamara para decirme que me habían llamado, de urgencia, del centro de la ciudad.

Ruth me sonrió tristemente y sacudió la cabeza. Se me acercó y me besó en la mejilla.

-¡Pobre Bill! -dijo.

-Muy pobre, es cierto -dije.

Dejé sobre la mesa la primera copa de la noche, todavía con dos tercios del licor.

Le di una palmadita en el vientre, que ya se notaba muy abultado.

-No tengas ese niño hasta que regrese -dije.

-Haré todo lo que pueda -dijo.

Me despedí apresuradamente de todos ellos y me fui; me levanté el cuello del abrigo y avancé sobre la nieve hasta donde se encontraba mi automóvil *Ford*. Metí el obturador del carburador y finalmente logré que el motor se pusiera en marcha. Luego me dirigí hacia el centro de la ciudad, con la expresión hosca que he visto tantas veces en los rostros de los soldados.

Eran más de las once de la noche cuando las cadenas de mis ruedas rasparon East Main Street, que estaba oscura y desierta. Conduje a lo largo de tres manzanas de casas, hasta la dirección indicada, y me detuve frente a lo que había sido un edificio de apartamentos lujosos cuando mi padre ejercía la medicina. Ahora era una casa de huéspedes, vieja y decadente.

En el vestíbulo iluminé los buzones con mi lámpara de bolsillo, pero no pude localizar el nombre. Hice sonar el timbre de la conserje y me dirigí hacia la puerta de entrada. Cuando sonó el zumbador, empujé la puerta para que se abriera.

Al final del corredor se abrió una puerta y salió a mi encuentro una mujer gorda. Llevaba un suéter negro sobre su vestido verde arrugado, calcetines cortos sobre sus medias de lana y unos zapatos deslucidos. No iba maquillada; el único color que había en su rostro era el de dos puntos rojos en sus mejillas. En las sienes le colgaban rizos de cabello gris. Se los echó hacia atrás, mientras avanzaba hacia mí por el pasillo mal iluminado.

-¿Es usted el doctor? -preguntó.

Le dije que sí.

-Yo lo llamé -dijo-. Hay un viejo en el cuarto piso que dice que va a morir.

-¿En qué habitación?

-Voy a enseñársela.

Seguí su ascensión vacilante por las escaleras. Nos detuvimos frente a la puerta marcada con el número 47, y la señora llamó con los nudillos. Al instante, abrió la puerta.

-Aquí es -dijo.

Al entrar, vi al hombre tendido en una cama de hierro. Su cuerpo tenía la flacidez de una muñeca de trapo. En sus costados, sus manos delgadas y huesudas yacían inmóviles, con las venas abultadas y manchas amoratadas. Su piel tenía el color marrón de los bordes de las páginas de los viejos libros y su rostro era una máscara de cera. En la almohada sin funda, su cabeza reposaba inmóvil, y sus cabellos blancos se extendían sobre ella como copos de nieve. Sus mejillas estaban muy pálidas y sus ojos azules, muy claros, estaban fijos en el techo de la habitación.

Cuando me quité el sombrero y el abrigo, vi que no parecía sufrir. Tenía una expresión de plácida resignación. Me senté en el borde de la cama y le tomé el pulso. Sus ojos giraron y se posaron sobre mí.

-¡Hola! -le dije, sonriendo.

-¡Hola! -me sorprendió el tono de agradecimiento que había en su voz.

Sin embargo, su pulso estaba como yo lo esperaba; apenas un latido de vida; casi imperceptible al tacto. Dejé que reposara su mano y le puse la mano en la frente. No tenía fiebre. Pero, en realidad, no estaba enfermo. Se estaba acabando.

Di una palmadita en el hombro del anciano y me puse en pie, haciendo un gesto hacia el otro lado de la habitación. La señora de la casa se acercó a mí.

-¿Durante cuánto tiempo ha estado en cama? -pregunté.

-Desde esta tarde -dijo la mujer-. Vino a mi habitación y me dijo que se iba a morir esta noche.

La miré atentamente. Nunca me había tocado estar en contacto con algo parecido. Había leído algo al respecto de alguien que lo había experimentado. Un anciano o una anciana anuncia que en cierto momento va a morir, y cuando llega el momento lo hace. ¿Quién sabe qué es? Voluntad, presciencia, o ambas cosas a la vez. Todo lo que sabemos es que es algo muy impresionante.

-¿Tiene parientes? -pregunté.

-No, que yo sepa -dijo la mujer.

Hice un gesto de asentimiento.

-No lo comprendo -dijo ella.

-¿Qué?

-Cuando vino aquí, hace aproximadamente un mes, estaba perfectamente.

Ni siquiera esta tarde parecía estar enfermo.

-No es posible saberlo -dije.

-No; no es posible.

En lo más profundo de sus ojos había un resplandor de fatalismo y de desagrado.

-Bueno, no puedo hacer nada por él -dije-. No sufre. Es solamente cuestión de tiempo.

La señora asintió.

-¿Qué edad tiene? -pregunté.

-Nunca me lo dijo.

-¡Ah! -dije, y volví a acercarme a la cama.

-Los he oído -dijo el anciano.

-¿Y...?

-¿Quiere usted saber cuántos años tengo?

-Sí. ¿Qué edad tiene usted?

Iba a responder cuando comenzó a toser secamente. Vi un vaso de agua sobre la mesita de noche y, tomándolo, me senté en el borde de la cama y levanté un poco al anciano, para que bebiera. Luego, volví a acostarlo.

-Tengo un año de edad -dijo.

No lo comprendí bien. Me quedé mirándolo, mientras su rostro conservaba su expresión apacible.

-No me cree -dijo.

-Pues... -me encogí de hombros.

-Es cierto -dijo.

Asentí y volví a sonreír.

-Nací el treinta y uno de diciembre de mil novecientos cincuenta y ocho -dijo-, a medianoche.

Cerró los ojos.

-¿Para qué voy a contárselo? -dijo-. Se lo he relatado a cientos de personas, y ninguna de ellas lo ha comprendido.

-Hábleme de ello -dije.

Al cabo de unos segundos aspiró aire lentamente.

-Una semana después de nacer -dijo- caminaba y hablaba. Comía ya solo. Mis padres no daban crédito a sus ojos. Me llevaron a un médico. No sé qué pensó, pero no hizo nada. ¿Qué podía haber hecho? No estaba enfermo. Me envió a casa, con mi padre y mi madre. Era un desarrollo precoz, dijo.

"A la mañana siguiente volvimos otra vez a verlo. Recuerdo los rostros de mis padres cuando me conducían allá; me tenían miedo.

"El médico no supo qué hacer. Llamó a varios especialistas y tampoco ellos supieron qué hacer. Yo era un niño normal de cuatro años. Me tuvieron en observación. Escribieron papeles sobre mí. No volví a ver a mis padres."

El anciano hizo una pausa; luego, continuó hablando del mismo modo mecánico.

-Una semana después tenía el desarrollo correspondiente a los seis años. A la semana siguiente, el correspondiente a ocho años. Nadie comprendía nada. Lo ensayaron todo, pero no lograron obtener resultados de ninguna clase. Y tuve diez y doce años. Cuando tenía catorce, huí, debido a que ya estaba cansado de que me estuvieran observando todo el tiempo.

Miró al techo durante cerca de un minuto.

-¿Quiere usted que le diga algo más? -preguntó.

-Sí -dije, de manera automática.

Estaba asombrado de la facilidad con que hablaba.

-Al principio, traté de oponerme a ello -dijo-. Fui a visitar médicos y les grité. Les pedí que encontraran lo que había de malo en mí. Pero no tenía nada mal. Solamente estaba envejeciendo dos años a cada semana que pasaba. Entonces tuve una idea.

Me sobresalté un poco, saliendo de mi ensimismamiento, ya que lo estaba contemplando a él.

-¿Qué idea? -pregunté.

-Aquí es donde empieza realmente la historia -dijo el anciano.

-¿Qué historia?

-Sobre el año nuevo y el viejo -dijo-. El año viejo es un anciano de larga barba blanca y una guadaña. Como sabe. Y el Año Nuevo es un bebé.

El anciano hizo una pausa. Abajo, en la calle, oí un automóvil que viraba, chirriando, en una esquina, y se alejaba del edificio.

-Supongo que ha debido haber hombres como yo en todos los tiempos -dijo el anciano-. Hombres que viven solamente durante un año. No sé cómo sucede ni por qué, pero de vez en cuando ocurre. Es así como se inició la historia. Ahora creen que es una fábula. Creen que es algo simbólico, pero no es así.

El anciano volvió su rostro macilento hacia la pared.

-Soy mil novecientos cincuenta y nueve -dijo-. Ahora ya sabe usted quién soy.

La conserje y yo permanecimos en silencio, mirándolo. Finalmente, la miré a ella. Bruscamente, como si la hubiera sorprendido cometiendo algún pecado, cruzó la habitación y cerró de golpe la puerta a sus espaldas.

Volví a mirar al anciano. Repentinamente, me quedé sin aliento. Me incliné y le levanté la mano. No tenía pulso. Temblando, dejé su mano y me erguí. Permanecí mirándolo atentamente. Entonces, sin saber cómo, sentí que un viento frío me corría por la espina dorsal. Sin pensarlo extendí la mano izquierda y, al retirarse el borde de la manga, quedó al descubierto mi reloj de pulsera.

Había muerto en el segundo preciso.

Volví a conducir el automóvil de regreso a casa de mi hermana Mary, incapaz de olvidar la historia del anciano ni la cansada resignación que reflejaban sus ojos. Me decía incansablemente que se trataba sólo de una coincidencia, pero no lograba convencerme de ello por completo.

Mary me abrió la puerta. El salón estaba vacío.

-¿No irás a decirme que la fiesta ha concluido ya? -le pregunté.

Mary sonrió.

-No se ha interrumpido -dijo. Continúa en el hospital.

La miré, con la mente en blanco. Mary me tomó del brazo.

-Y nunca podrás adivinar a qué hora ha tenido Ruth el niño más hermoso que te puedas imaginar -dijo.

EL HOMBRE QUE HIZO EL MUNDO

El doctor Janishefsky estaba sentado en su oficina, reclinado hacia atrás en un gran sillón de cuero, con las manos cruzadas. Tenía aspecto de preocupación y una perilla bien cuidada. Tarareó un poco una vieja canción. Se interrumpió y levantó la mirada cuando entró la enfermera. Se llamaba Mudde.

ENFERMERA MUDDE: Doctor, hay un hombre en la sala de espera que dice que hizo el mundo.

DOCTOR J: ¡Oh!

ENFERMERA MUDDE: ¿Quiere que lo haga pasar?

DOCTOR J: Naturalmente, enfermera Mudde, hágalo pasar.

La enfermera Mudde salió e hizo entrar a un hombrecillo. Tenía como un metro setenta de estatura y llevaba un traje de confección, propio para un hombre de un metro ochenta y cinco aproximadamente. Tenía las manos casi ocultas por los bordes de las mangas y los dobladillos de su pantalón caían sobre sus zapatos, como si fueran polainas sin atar. Los zapatos estaban virtualmente invisibles. Como tampoco podía verse la boca del individuo, que estaba oculta tras un bigote de enormes proporciones.

DOCTOR J: ¿Quiere usted tomar asiento, señor...?

SMITH: Smith (se sentó.)

DOCTOR J: Lo escucho.

Se miran el uno al otro.

DOCTOR J: Mi enfermera me dijo que hizo usted el mundo.

SMITH: Sí (en tono de confesión); lo hice.

DOCTOR J: (Reclinándose hacia atrás en su sillón.) ¿Todo el mundo?

SMITH: Sí.

DOCTOR J: ¿Está usted seguro de ello?

SMITH: (Con una expresión que quería decir claramente: le estoy diciendo la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, de modo que debe usted ayudarme.) Absolutamente seguro.

DOCTOR J: (Asiente con la cabeza.) ¿Cuándo lo hizo usted?

SMITH: Hace cinco años.

DOCTOR J: ¿Cuántos años tiene usted?

SMITH: Cuarenta y siete.

DOCTOR J: ¿Dónde estuvo usted durante los otros cuarenta y cinco años?

SMITH: No existía.

DOCTOR J: ¿Quiere usted decir que comenzó...?

SMITH: A los cuarenta y dos años de edad. Eso es.

DOCTOR J: Pero, el mundo tiene millones de años de antigüedad.

SMITH: (Sacudiendo la cabeza.) No, eso no es cierto.

DOCTOR J: ¿Tiene solamente cinco años?

SMITH: Exactamente.

DOCTOR J: ¿Qué me dice usted de los fósiles? ¿Qué me dice también de la edad de las rocas? ¿Qué de la conversión del uranio en plomo? ¿Qué me dice usted de los diamantes?

SMITH: (De mal talante.) Son ilusiones.

DOCTOR J: Las creó usted.

SMITH: Eso es...

DOCTOR J: (Interrumpiéndole.) ¿Por qué?

SMITH: Para ver si era posible.

DOCTOR J: Yo no...

SMITH: Todos podemos hacer mundos. Es preciso tener ingenio para fabricar uno y hacer creer a las personas que lo habitan que tiene millones de años de existencia.

DOCTOR J: ¿Cuánto tiempo tardó usted en hacerlo?

SMITH: Tres meses y medio. Tiempo del mundo.

DOCTOR J: ¿Qué quiere usted decir con eso?

SMITH: Antes de hacer el mundo vivía más allá de los límites del tiempo.

DOCTOR J: ¿Dónde se encuentra eso?

SMITH: En ninguna parte.

DOCTOR J: ¿En el cosmos?

SMITH: Exactamente.

DOCTOR J: ¿No le gustaba a usted vivir allá?

SMITH: Resultaba muy aburrido.

DOCTOR J: Y por eso...

SMITH: Hice el mundo.

DOCTOR J: Bueno, pero, ¿cómo lo hizo usted?

SMITH: Tenía libros.

DOCTOR J: ¿Libros?

SMITH: Libros de instrucción.

DOCTOR J: ¿Dónde los consiguió?

SMITH: Yo los fabriqué.

DOCTOR J: ¿Quiere usted decir que los escribió?

SMITH: Yo... los hice.

DOCTOR J: ¿Cómo?

SMITH: (Atusándose los bigotes con aire truculento.) Los hice.

DOCTOR J: (Mordiéndose los labios.) De modo que estaba usted en el cosmos con un montón de libros, ¿no es así?

SMITH: Exactamente.

DOCTOR J: ¿Qué hubiera sucedido si los deja caer?

SMITH: (Se abstiene de responder a esa necedad patente.)

DOCTOR J: Señor Smith...

SMITH: ¿Sí?

DOCTOR J: ¿Quién lo hizo a usted?

SMITH: (Menea la cabeza.) No lo sé.

DOCTOR J: ¿Fue usted siempre así? (señala con el dedo la figura astrosa de Smith).

SMITH: No lo creo. Estoy seguro de que me castigaron.

DOCTOR J: ¿Por qué?

SMITH: Por hacer el mundo tan complicado.

DOCTOR J: Debí suponerlo.

SMITH: No es culpa mía. Yo sólo lo hice; no dije que debía funcionar bien.

DOCTOR J: Se limitó a poner la maquinaria en marcha, y, luego, se fue.

SMITH: Eso es...

DOCTOR J: ¿Qué está usted haciendo aquí entonces?

SMITH: Ya se lo dije. Creo que me castigaron.

DOCTOR J: ¿Ah, sí? Por hacerlo demasiado complicado. Lo había olvidado.

SMITH: Exactamente.

DOCTOR J: ¿Quién lo castigó?
SMITH: No lo recuerdo.
DOCTOR J: Eso es muy conveniente.
SMITH: (Parece moroso.)
DOCTOR J: ¿Podría ser Dios?
SMITH: (Se encoge de hombros.) Es posible.
DOCTOR J: Podría tener unos cuantos dedos en el resto del Universo.
SMITH: Es posible; pero yo hice el mundo.
DOCTOR J: Basta, señor Smith; usted no hizo el mundo.
SMITH: (Insultado.) Sí; yo lo hice.
DOCTOR J: ¿Y usted me creó a mí?
SMITH: (Concediéndolo.) Indirectamente...
DOCTOR J: Entonces, deshágame.
SMITH: No puedo hacerlo.
DOCTOR J: ¿Por qué?
SMITH: Yo sólo lo inicié. No controlo las cosas.
DOCTOR J: (Suspira.) Entonces, ¿qué le preocupa, señor Smith?
SMITH: Tengo un presentimiento.
DOCTOR J: ¿Qué?
SMITH: Voy a morir.
DOCTOR J: ¿Y...?
SMITH: Alguien tendrá que reemplazarme, o de lo contrario...
DOCTOR J: O de lo contrario, ¿qué?
SMITH: El mundo se irá.
DOCTOR J: ¿Adónde?
SMITH: A ninguna parte. Solamente desaparecerá.
DOCTOR J: ¿Cómo puede desaparecer si funciona independientemente de usted?
SMITH: Desaparecerá para castigarme a mí.
DOCTOR J: ¿Quiere usted decir que si muere desaparecerá todo el mundo?
SMITH: Sí.
DOCTOR J: Si lo mato de un tiro, en el momento en que muera, ¿desaparecerá el mundo?
SMITH: Exactamente.
DOCTOR J: Voy a darle un consejo.
SMITH: ¿De veras? ¿Va a ayudarme?
DOCTOR J: Vaya a ver a algún psiquiatra famoso.
SMITH: (Poniéndose en pie.) Debí suponerlo; no tengo nada más que decir.
DOCTOR J: (Se encoge de hombros.) Como quiera.
SMITH: Me voy, pero sentirá usted lo que ha pasado.
DOCTOR J: Puedo decir que usted lo siente ya, señor Smith.
SMITH: Adiós.
(El señor Smith sale. El doctor Janishefsky llama a su enfermera por el interfón. La enfermera Mudde entra.)
ENFERMERA M: ¿Qué desea, doctor?
DOCTOR J: Enfermera Mudde, permanezca cerca de la ventana y dígame lo que vea.
ENFERMERA M: ¿Qué...?

DOCTOR J: Lo que vea; deseo que me diga usted qué hace Smith en cuanto salga de la casa.

ENFERMERA M: (Se encoge de hombros.) Sí, doctor (va a la ventana).

DOCTOR J: ¿Ha salido ya a la calle?

ENFERMERA M: No.

DOCTOR J: Siga vigilando.

ENFERMERA M: Ahí está. Abandona la acera y comienza a caminar por la calle.

DOCTOR J: Sí.

ENFERMERA M: Se está deteniendo ahora en medio de la calle. Se vuelve. Está mirando hacia esta ventana. Parece que..., que comprende; eso se refleja en su rostro. Está regresando (grita). ¡Ha sido atropellado por un automóvil! Yace tendido en la calle.

DOCTOR J: ¿Qué sucede, enfermera Mudde?

ENFERMERA M: (Girando.) ¡Todo está... desapareciendo! ¡Doctor Janishefsky, está desaparecido! (Otro grito.)

DOCTOR J: No sea absurda, enfermera Mudde. Míreme. ¿Puede usted decir sinceramente que...? (Deja de hablar. La enfermera no puede decir sinceramente nada. No está allí. El doctor Janishefsky, que no es realmente el doctor Janishefsky, flota solo en el cosmos en su silla, que realmente no es una silla. Mira a la silla que se encuentra a su lado.) Espero que hayas aprendido la lección. Voy a volver a colocar tu juguete en su lugar; pero no se te ocurra acercarte a él. ¿De modo que estás cansado? ¿Verdad? ¡Bribón! ¡Será mejor que te comportes bien o te quitaré también los libros! (Gruñe.) ¿De modo que tú los hiciste? (Mira a su alrededor.) ¿Qué tal si los recoges, mequetrefe?

SMITH: (Que no es realmente Smith.) Sí, padre.

CAMBIO DE CEMENTERIO

QUERIDO PAPÁ

Te envió esta nota debajo del collar de Rex, debido a que yo tengo que quedarme aquí. Espero que la nota te llegue.

No pude entregar la letra de cambio con la que me enviaste, debido a que la viuda Blackwell está muerta. Está en el piso de arriba. La he colocado sobre la cama. Tiene un aspecto horrible. Quisiera que trajeras al comisario y al forense Wilks.

No sé dónde se encuentra en estos momentos el pequeño Jim Blackwell. Está tan asustado, que se pasa el tiempo corriendo en torno a la casa y escondiéndose de mí. Quienquiera que haya matado a su mamá debe haberlo asustado terriblemente. No dice ni una palabra. Se limita a correr alrededor de la casa, como si fuera una rata asustada. Veo a veces sus ojos en la oscuridad y, un momento después, desaparecen. Como sabes, no hay luz eléctrica en este edificio.

Llegué aquí a a caída del sol, trayendo la nota. Hice sonar la campanilla, pero nadie me respondió; por consiguiente, empujé la puerta de entrada y miré al interior.

Todas las persianas estaban bajadas. Oí a alguien que corría en la habitación del frente y pasos que corrían escaleras arriba. Llamé a gritos a la viuda, pero no respondió.

Comencé a subir las escaleras y vi a Jim, que miraba hacia abajo, por entre los barrotes del barandal. Cuando me vio mirándolo, corrió al vestíbulo, y no lo he vuelto a ver.

Miré en todas las habitaciones del piso superior. Finalmente, miré en la habitación de la viuda Blackwell y allí la encontré, tendida en el suelo, muerta, en medio de un charco de sangre. Tenía la garganta abierta completamente y sus ojos miraban hacia arriba, hacia mí. Era un espectáculo terrible.

Le cerré los ojos, busqué en torno del cadáver y encontré una navaja de barbero. La viuda tenía puesta toda su ropa, de modo que supongo que el asesino deseaba robarla.

Bueno, papá, te ruego que vengas rápidamente con el comisario y el forense Wilks. Voy a quedarme aquí, para vigilar y para que no salga Jim y se pierda quizá en los bosques. Pero ven tan rápidamente como puedas, ya que no me agrada permanecer sentado aquí con ella arriba en esas condiciones y el pequeño Jim corriendo por la casa oscura.

LUKE.

QUERIDO GEORGE:

Acabamos de salir de la casa de tu hermana. Todavía no les hemos dado la noticia a los periódicos, de manera que soy yo quien tiene que comunicártela.

Envié a Luke a su casa con una nota de los impuestos de propiedad y encontré a tu hermana asesinada. No me agrada ser yo quien te dé la noticia, pero alguien tiene que hacerlo. El comisario y sus hombres están registrando

los campos, buscando al asesino. Suponen que debe de ser algún vagabundo o algo así. Sin embargo, no la violaron y, por cuanto hemos podido ver, no falta nada en la casa.

Lo más importante que tengo que decirte ahora se refiere al pequeño Jim.

Ese niño va a morir pronto de hambre y a causa del terror. No quiere comer nada. A veces, come un pedazo de pan o un dulce; pero en cuanto comienza a masticarlo, su rostro se descompone, se pone muy enfermo y lo vomita. No lo comprendo en absoluto.

Luke encontró a tu hermana en su habitación, con la garganta cortada de oreja a oreja. El forense Wilks dice que la mano que cometió el crimen debía de ser muy fuerte y firme, debido a que el corte es profundo y seguro. Siento mucho tener que decirte todo esto, pero creo que es necesario que lo sepas. Los funerales tendrán lugar dentro de una semana.

Luke y yo tuvimos muchas dificultades para atrapar al muchacho. Estaba como poseído. Corría en la obscuridad por todos lados y chillaba como una rata. Nos mostró los dientes cuando lo acorralamos, alumbrándonos con una lámpara. Tiene toda la piel blanca y el modo en que le giran los ojos y la espuma que aparece en su boca, es algo horrible de ver.

Finalmente, logramos atraparlo. Nos mordió y se debatió como una anguila. Luego, se puso rígido y Luke dijo que era como transportar una tabla de dos por cuatro.

Se lo llevó a la cocina y trató de darle algo de comer. No quiso nada. Tragó un poco de leche, como si se sintiera culpable de tomarla. Luego, en un momento, su rostro se descompuso, abrió la boca, y vomitó la leche.

Siguió tratando de huir de nosotros. No pronunció ni una sola palabra. Solamente gruñe y gime como un simio, hablando consigo mismo.

Finalmente, lo llevamos escaleras arriba, para acostarlo. Se ponía rígido en cuanto lo tocábamos y creí que se le iban a salir los ojos de las órbitas, a juzgar por como los abría. Abrió la boca y nos miró como si fuéramos demonios, o como si nos dispusiéramos a cortarle la garganta como le habían hecho a su mamá.

No quería entrar en su habitación. Gritaba, se retorció y forcejeaba en nuestras manos como un pez. Apoyó los pies contra la pared y tiraba, empujaba y arañaba. Tuvimos que darle una bofetada y, entonces, abrió desmesuradamente los ojos y se puso nuevamente rígido como una tabla. Lo levantamos y lo llevamos a su habitación.

Cuando lo desnudé, recibí un choque como hacía muchos años que no me sucedía, George. Ese muchacho está lleno de cicatrices y magulladuras en la espalda y el pecho, como si alguien lo hubiera golpeado y lo hubiera torturado con pinzas, hierros al rojo vivo o Dios sabe qué. Sentí frío en la espina dorsal al verlo. Ya sé que decían que la viuda no las tenía todas consigo desde que murió su esposo, pero no puedo creer que ella lo hiciera. Es un trabajo de alguien completamente loco.

Jim estaba soñoliento, pero no consentía en cerrar los ojos. Continuaba mirando al techo y a las ventanas y movía los labios como si quisiera hablar. Estaba gimiendo en tono bajo y entrecortado, cuando Luke y yo salimos al vestíbulo.

En cuanto lo dejamos solo, comenzó a gritar con todas sus fuerzas y a revolverse sobre su lecho, como si alguien estuviera tratando de estrangularlo. Nos precipitamos a la habitación y levanté la linterna, pero no pudimos ver

nada. Creo que el muchacho estaba enloquecido de miedo e imaginaba ciertas cosas.

Luego, como si tuviera que suceder, la lámpara se apagó, quedándose sin aceite repentinamente, y vimos rostros blancos que nos miraban desde el techo, las ventanas y las paredes.

Fue un momento terrible, George. El muchacho gritaba con todas sus fuerzas y se retorció en la cama, pero sin levantarse. Luke trataba de encontrar la puerta y yo buscaba una cerilla, pero tratando de mirar al mismo tiempo aquellos horribles rostros.

Finalmente encontré un fósforo, lo encendí y ya no pudimos ver los rostros; solamente parte de uno en la ventana.

Envié a Luke al vehículo a buscar aceite, y cuando regresó, encendimos la linterna de nuevo, miramos a la ventana y vimos que el rostro estaba pintado en ella con pintura especial para que brillara en la oscuridad. Lo mismo sucedía con los rostros en las paredes y el techo. Era suficiente para asustar a un hombre hasta volverlo medio loco. Y alguien lo había hecho en el dormitorio de un niño.

Lo llevamos a otra habitación y lo acostamos. Cuando lo dejamos, estaba gimiendo en sueños y pronunciaba palabras que no logramos comprender. Dejé a Luke en el vestíbulo, al exterior de su habitación, para que pudiera vigilar, y yo me dediqué a registrar la casa un poco más.

En la habitación de la viuda encontré toda una estantería llena de libros de psicología. Todos ellos estaban marcados en diversos lugares. Miré en uno de los lugares marcados y vi que explicaba cómo poder hacer que las ratas se volvieran locas, haciéndoles creer que había alimentos en lugares en los que no había nada. Y en otro lugar explicaba cómo era posible hacer que un perro perdiera el apetito y muriera de hambre, cuando se golpean dos grandes pedazos de tubo en el momento en que el pobre animal trata de alimentarse.

Creo que ya sabes lo que pienso. Pero es tan terrible que apenas puedo creerlo. Me refiero a que Jim haya enloquecido tanto que la haya asesinado. Es tan pequeño que no comprendo cómo habría podido hacerlo.

Tú eres su único familiar, George, y creo que debes encargarte del niño. No deseamos llevarlo a un orfanato. No está en condiciones de ir a una institución semejante. Por eso te estoy explicando todo sobre él, con el fin de que puedas formarte un juicio.

Había otra cosa. Toqué un disco en un fonógrafo de la habitación del niño. Sonaba como si una banda de animales salvajes estuvieran produciendo infinidad de ruidos infernales y, sobre todos esos ruidos, se oía una terrible carcajada.

Eso es casi todo, George. Ya te comunicaremos si el comisario descubre al asesino de tu hermana, puesto que nadie cree que Jim lo haya hecho. Desearía que te llevaras al niño contigo y que trataras de calmarlo.

En espera de tus noticias,

SAM DAVIS.

ESTIMADO SAM:

Recibí tu carta, y estoy tan trastornado que apenas puedo expresarlo.

Supé desde hace mucho que mi hermana estaba mentalmente desequilibrada: desde que murió su esposo; pero nunca hubiera creído que había llegado tan lejos.

Cuando era joven, se enamoró de Phil. Nunca hubo otro hombre en toda su vida. El sol se elevaba y se ponía sobre su amor por él. Era tan celosa que, en cierta ocasión, debido a que Phil había invitado a otra joven al baile, hizo pasar sus manos por los cristales de una ventana y estuvo a punto de desangrarse.

Finalmente, Phil se casó con ella. Parecía que nunca había existido una pareja más feliz que ellos. Mi hermana hacía todo por él. Phil era toda su vida.

Cuando nació Jim, fui a verla al hospital. Me dijo que deseaba que hubiera nacido muerto, debido a que sabía lo mucho que el niño significaba para Phil, y que ella quería que no deseara a nadie más que a ella.

Nunca fue buena con Jim. Siempre le guardó rencor. Y aquel día, hace tres años, cuando Phil se ahogó para salvarle la vida a Jim, pareció volverse loca. Yo estaba con ella cuando recibió la noticia. Fue a la cocina, tomó un gran cuchillo y recorrió con él las calles, tratando de encontrar a Jim para matarlo. Finalmente, se desmayó en la calle y pudimos hacerla volver a casa.

Ni siquiera quiso mirar a Jim durante un mes. Luego preparó sus equipajes y se fue con el niño a la casa esa del bosque. Desde entonces, no he vuelto a verla.

Como usted mismo vio, el niño tiene miedo de todo y de todos. Excepto de una persona. Mi hermana lo planeó todo. Lo fue planeando etapa por etapa... ¡Que Dios me perdone por no haberlo comprendido antes! En un mundo lleno de horrores que ella misma construyó para Jim, dejó que la criatura sólo confiara en y necesitara de una persona: *ella*. Era el único escudo en que Jim podía ampararse contra esos horrores. Mi hermana lo sabía perfectamente cuando murió. Jim se volvería completamente loco, debido a que no quedaría nadie en el mundo en quien pudiera confiar cuando no estuviera ella.

Creo que ahora comprenderás por qué digo que no hay ningún criminal.

Entiérrenla rápidamente y envíenme al niño. No asistiré a los funerales.

GEORGE BARNES.

EL PARECIDO DE JULIE

Octubre.

EDDY FOSTER no había visto nunca a la muchacha en su clase de inglés, hasta aquel día.

No era debido a que se sentaba detrás de él. Numerosas veces había mirado a sus espaldas, cuando el profesor Euston estaba escribiendo en el encerado o leyéndoles algún pasaje de *College Literature*. Numerosas veces la había visto al entrar o al salir de la clase. Ocasionalmente, había pasado cerca de él en los pasillos o en los campos. Una vez, incluso, lo había tocado en el hombro para darle un lápiz que se le había caído del bolsillo.

Sin embargo, nunca se había fijado en ella como se fijaba en otras jóvenes. Ante todo, no tenía silueta... O si la tenía, la mantenía oculta bajo sus ropas demasiado amplias. En segundo lugar, no era bonita, y parecía demasiado joven. Finalmente, su voz era débil y aguda.

Lo curioso era que se fijara en ella aquel día. Durante toda la hora de clase había estado pensando en la pelirroja que se sentaba en la primera fila. En su imaginación, se la había estado representando, con él, en un verdadero desenfreno carnal. Estaba a punto de levantar el telón sobre otro acto, cuando oyó la voz a sus espaldas.

-¿Profesor? -inquirió.

-Sí, señorita Eldridge.

Eddy miró por encima de su hombro, mientras la señorita Eldridge hacía una pregunta sobre la palabra *Beowulf*. Vio la plenitud de su pequeño rostro de niña, oyó su voz balbuceante y notó su suéter amarillo flojo. Y mientras la veía, pensó repentinamente: "Tengo que tomarla."

Eddy se volvió rápidamente y el corazón le latía como si hubiera pronunciado las palabras en voz alta. Reprimió una sonrisa. Qué idea más extravagante! ¿Tomarla a ella? ¿Sin silueta? ¿Con el rostro tan infantil que tenía?

Entonces fue cuando comprendió que había sido su rostro el que le diera la idea. Esa misma puerilidad parecía aguijonearlo perversamente.

Se produjo un ruido a sus espaldas. La joven había dejado caer su pluma y se inclinaba para recogerla. Eddy sintió un extraño nerviosismo cuando vio la firmeza con que su busto se apoyaba contra el flojo suéter. Quizá tuviera una atractiva silueta, después de todo. Era todavía más excitante. Una niña que tenía miedo de mostrar la madurez de su cuerpo. Esa noción encendió el fuego en la imaginación de Eddy.

Eldridge, Julie, decía el anuario, *St. Louis, Artes y Ciencias*.

Como había esperado, no pertenecía a ninguna hermandad u organización semejante. Miró su fotografía y pareció aparecer viva en su imaginación: tímida, retraída, viviendo en una concha de torcidas represiones.

Tenía que hacerla suya.

¿Por qué? Se hizo la pregunta de manera interminable, pero no logró encontrar una respuesta lógica. Sin embargo, no le costaba mucho tener visiones de ella: ellos dos encerrados en un cuarto del *motel Hiway*, con el

calentador de la pared que llenaba sus pulmones de aire de estufa, mientras ellos se daban a los placeres de la carne; él y aquella inocente degradada.

Sonó el timbre, y cuando los estudiantes estaban abandonando la clase, Julie dejó caer los libros.

-Déjeme recogerlos -dijo Eddy.

-¡Oh!

La joven permaneció inmóvil, mientras el muchacho recogía sus libros. De reojo, Eddy vio la suavidad marfileña de sus piernas. Se estremeció y se puso en pie, con los libros en las manos.

-Tenga -le dijo.

-Gracias.

Los ojos de la joven miraron al suelo y un ligero rubor apareció en sus mejillas. No era tan fea como creía, pensó Eddy. Y tenía silueta. No muy hermosa; pero no carecía de ella.

-¿Qué debemos leer para mañana? -preguntó.

-Pues, *Wife of Bath's Tale*, ¿no es así? -preguntó ella.

-¡Ah! ¿Es eso?

"Pídele una cita", pensó.

-Sí. Eso creo.

Eddy asintió. "Pídesela ahora", pensó.

-Bueno -dijo Julie.

Comenzó a volverse.

Eddy le sonrió remotamente y sintió que le temblaban los músculos del vientre.

-Hasta la vista -le dijo.

Eddy permaneció en la obscuridad, mirando hacia la ventana de la joven. En la habitación, se encendió la luz, cuando Julie salió del baño. Iba vestida con una bata de baño y llevaba en la mano una toalla, un guante de baño y una jabonera de plástico. Eddy la vio colocar el guante de baño y la jabonera sobre su tocador y sentarse en la cama. Permaneció inmóvil, envarado, mirándola sin pestañear. ¿Qué estaba haciendo él allá?, pensó. Si alguien lo sorprendía, lo arrestarían. Tenía que irse.

Julie se puso en pie. Soltó el nudo del cinturón y la bata de baño se deslizó hasta el suelo. Eddy se quedó helado. Abrió la boca, tratando de respirar el aire húmedo de la noche. Julie tenía el cuerpo de una mujer: bien formado, con senos firmes y bien desarrollados. Y con su hermoso rostro tan aniñado...

Eddy sintió que su respiración ardorosa le quemaba los labios.

-*Julie, Julie, Julie...* -murmuró.

Julie se alejó, para vestirse.

La idea era una locura. Lo sabía perfectamente, pero no podía liberarse de ella. Por mucho que se esforzaba en pensar en otra cosa, la idea continuaba regresando a su pensamiento.

La invitaría a un autocinema, la drogaría y la llevaría al *motel Highway*. Para garantizar su seguridad posterior, le tomaría fotografías y la amenazaría con mandárselas a sus padres, si hablaba.

La idea era una locura. Lo sabía, pero no podía luchar contra ella. Tenía que hacerlo entonces... Cuando Julie era todavía una desconocida para él; una

hembra desconocida con un rostro aniñado y un cuerpo de mujer. Eso era lo que ella quería; no un individuo.

¡No! ¡Era una locura! Dejó de asistir dos veces seguidas a su clase de inglés. Fue a su casa para el fin de semana. Vio infinidad de películas. Leyó revistas y dio largos paseos. Trataba de alejar de sí aquella idea.

-¡Señorita Eldridge!

Julie se detuvo. Cuando se volvió a mirarlo, el sol se reflejó en su cabellera. Estaba muy hermosa, pensó Eddy.

-¿Me permite que la acompañe? -rogó.

-Muy bien -dijo la joven.

Pasearon por el parque.

-Me estaba preguntando -dijo Eddy- si le agradecería a usted ir al autocinema el viernes por la noche.

Estaba asombrado a causa de la calma de su voz.

-¡Ah! -dijo Julie.

Miró tímidamente a Eddy.

-¿Qué películas pasan? -preguntó.

Eddy se lo dijo.

-Parece muy agradable -dijo Julie.

Eddy tragó saliva.

-Bueno -respondió-. ¿A qué hora quiere que pase a recogerla?

Se preguntó, más tarde, si no le habría parecido a ella curioso que no le preguntara en dónde vivía.

Había una luz encendida en el porche de la casa en que se alojaba Julie. Eddy tocó el timbre y esperó, observando a dos abejorros que daban vueltas en torno a la lámpara. Al cabo de cierto tiempo, Julie abrió la puerta. Tenía un aspecto casi bello, pensó Eddy. Nunca la había visto tan bien vestida.

-¡Hola! -saludó ella.

-¡Hola! -respondió el muchacho-. ¿Está usted preparada?

-Voy a recoger mi abrigo.

Recorrió el vestíbulo y entró en su habitación. Allí había estado desnuda aquella noche, y su cuerpo brillaba bajo las luces. Eddy apretó los dientes. Todo había salido bien. No se lo diría a nadie, cuando viera las fotografías que le iba a tomar.

Julie volvió a aparecer y se dirigieron ambos hacia el automóvil. Eddy le abrió la puerta.

-Gracias -murmuró la joven.

Cuando tomó asiento, Eddy vio por un instante sus rodillas enfundadas en las medias, antes de que Julie tirara hacia abajo el borde de su falda. Cerró de golpe la puerta y dio vuelta al automóvil. Tenía la garganta seca.

Diez minutos más tarde, metió el automóvil en una rampa vacía de la última fila del autocinema y apagó el motor. Se apeó, levantó el altavoz de su lugar y lo metió por la ventanilla. Estaban pasando un corto de dibujos animados.

-¿Quiere usted hojuelas de maíz y un refresco? -preguntó con un temor repentino de que la joven pudiera decirle que no.

-Sí, gracias -dijo Julie.

-Vuelvo en seguida.

Eddy se apartó del automóvil y se dirigió hacia el bar. Las piernas le temblaban.

Esperó, mezclado con los numerosos estudiantes que había frente al mostrador, ensimismado en sus pensamientos. Una vez tras otra, cerraba la puerta de la habitación del motel y corría el cerrojo, bajaba las persianas, encendía todas las luces y ponía en marcha la calefacción de la pared. Una y otra vez, se acercaba a donde Julie yacía drogada, sobre la cama, indefensa.

-¿Qué le sirvo? -preguntó el camarero.

Eddy se sobresaltó.

-Dos paquetes de hojuelas de maíz y un vaso grande y otro chico de refresco -dijo.

Sintió que comenzaba a temblar convulsivamente. No podía hacerlo. Era posible que fuera a la cárcel para todo el resto de su vida. Pagó mecánicamente lo que había pedido y se alejó con lentitud del mostrador, con su bandeja de cartón. "Las fotografías, idiota", pensó. "Esa es tu protección." Sintió que el deseo le atenazaba todo el cuerpo. Nada podría detenerlo. En el camino hacia el automóvil, vació el contenido de un sobrecito en el vaso pequeño de refresco.

Julie estaba sentada tranquilamente, cuando Eddy abrió la puerta y volvió a deslizarse en el interior del vehículo. La película había comenzado.

-Tenga su refresco -dijo.

Le tendió el vaso pequeño, con el paquete de hojuelas de maíz.

-Gracias -dijo Julie.

Eddy permaneció inmóvil, mirando a la pantalla. Sintió que su corazón latía como un tambor. Sintió que le corrían gotas de sudor por la espalda y los costados. Las hojuelas estaban secas y carecían de sabor. Bebió refresco continuamente para humedecerse la garganta. Ya faltaba poco, pensó. Apretó los labios y siguió mirando la pantalla. Oyó que Julie comía hojuelas y bebía su refresco.

Los pensamientos aflúan con mayor rapidez a su mente: la puerta cerrada, las persianas bajadas, la habitación bien cálida, mientras se retorcián los dos juntos sobre la cama. En sus pensamientos, estaban haciendo cosas en las que Eddy ni siquiera había pensado antes; cosas salvajes y como de locura. Era a causa de su rostro, pensó, su maldito rostro angelical. Hizo que en su pensamiento se representaran las cosas más negras que podía imaginarse.

Eddy miró a Julie. Sintió que las manos se le movían tan rápidamente que derramó parte de su refresco sobre su pantalón. Su vaso vacío, el de ella, había caído al suelo y el paquete de hojuelas se había derramado sobre su regazo. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento, hacia atrás y, durante un terrible momento, Eddy pensó que estaba muerta.

Entonces, la joven aspiró el aire roncamente y volvió la cabeza hacia él. Vio que su lengua se movía, oscura y perezosamente, sobre sus labios.

De pronto, se sintió nuevamente tranquilo y dueño de sí. Sacó el altavoz por la ventana y volvió a colgarlo en su lugar, en el exterior. Arrojó los vasos de papel y las bolsas. Puso el motor en marcha y retrocedió hacia el corredor. Encendió sus luces de estacionamiento y salió del autocinema.

Highway Motel. El letrero parpadeaba a unos cuatrocientos metros de allí. Por un momento, Eddy creyó leer *Todo Ocupado*, y profirió un sonido de temor.

Luego vio que estaba equivocado. Estaba todavía tembloroso cuando hizo girar su automóvil en la vereda y se detuvo junto a la gerencia.

Se controló, entro en la oficina e hizo sonar el timbre. Estaba muy tranquilo y el hombre no le dijo ni una palabra. Hizo que Eddy llenara la tarjeta de registro y le dio una llave.

Eddy condujo su automóvil hasta el emplazamiento cerca de su habitación. Llevó su cámara fotográfica a la habitación y volvió a salir, mirando en torno suyo. No había nadie a la vista. Corrió hasta el vehículo y abrió la puerta. Llevó a Julie hasta la puerta de la habitación, mientras sus zapatos crujían ásperamente sobre la grava. La condujo al interior de la obscura habitación y la acostó en la cama.

Entonces, su sueño fue convirtiéndose en realidad. Corrió el pestillo de la puerta. Caminó por la habitación, sobre sus piernas temblorosas, bajando las persianas. Encendió la calefacción. Encontró el interruptor de la luz junto a la puerta de entrada y lo hizo funcionar. Encendió todas las lámparas y les quitó las pantallas. Dejó caer una de ellas y ésta rodó sobre la alfombra. La dejó en el suelo y se dirigió hacia donde se encontraba Julie.

Al caer sobre la cama, su falda se le había levantado, descubriendo sus piernas. Podía ver el final de las medias y los botones que las sujetaban. Tragando saliva, Eddie se sentó y la hizo sentarse a ella. Le quitó el suéter. Tembloroso, extendió los brazos hasta la espalda de la muchacha y le soltó el sostén; sus senos quedaron libres. Rápidamente le soltó la falda y se la quitó.

En unos segundos, la joven estuvo desnuda. Eddy la depositó sobre las almohadas. ¡Dios Santo! ¡Cómo la deseaba! Eddy cerró los ojos y se estremeció. "No"; penso, "primero lo más importante. Toma primeramente las fotografías y estarás a salvo. Entonces, no podrá hacerte nada; se sentirá demasiado asustada." Se puso en pie, rígidamente, y tomó su cámara. Midió la distancia y la luz. La centró en el visor y dijo:

-Abre los ojos -Julie lo hizo.

Eddy estaba en casa de ella antes de las seis de la mañana; desplazándose cautelosamente entró en el patio y se detuvo frente a su ventana. No había dormido en toda la noche. Sentía los ojos secos y ardientes.

Julie estaba en su cama, exactamente como él la había dejado. La miró un momento, sintiendo que su corazón latía pesadamente. Luego, golpeó con una uña sobre el cristal de la ventana.

-Julie -llamó.

Ella murmuró algo y se volvió, quedando frente a él.

-Julie.

La joven abrió los ojos y lo miró confusamente.

-¿Quién es? -preguntó.

-Eddy. Déjeme entrar.

-¿Eddy?

Repentinamente, la joven contuvo el aliento, se encogió y Eddy comprendió que lo recordaba todo.

-Déjeme entrar si no quiere verse envuelta en un lío -murmuró.

Sintió que las piernas comenzaban a temblarle.

Julie permaneció acostada, inmóvil, durante unos momentos. Luego, se puso en pie y se dirigió, vacilante, hacia la puerta. Eddy se volvió hacia la

vereda. La siguió con nerviosismo y comenzó a subir los escalones del porche, cuando ella salió.

-¿Qué desea? -susurró.

Estaba muy atractiva, medio dormida, con sus ropas y su cabello en desorden.

-Entrar -dijo el muchacho.

Julie se puso rígida.

-No.

-Muy bien, vamos -dijo, tomándola de la mano, con rudeza-. Hablaremos en mi automóvil.

La joven caminó con él hasta su automóvil y, cuando Eddy montó a su lado, vio que estaba temblando.

-Voy a encender la calefacción -dijo.

Parecía una verdadera locura. Había ido a amenazarla, no a hacer que se sintiera cómoda. Iracundo, puso el motor en marcha y se apartó del bordillo de la acera.

-¿Adónde vamos? -preguntó Julie.

Eddy no lo sabía al principio. Luego, repentinamente, pensó en el lugar en donde se citaban siempre los estudiantes, en las afueras de la ciudad. Sintió ansiedad por llegar y oprimió el acelerador. Dieciséis minutos más tarde, el automóvil estaba detenido en los bosques silenciosos. Una débil niebla parecía colgar sobre el terreno y acariciar las puertas del vehículo.

Julie ya no temblaba; el interior del automóvil estaba caliente.

-¿Qué sucede? -dijo débilmente.

Impulsivamente, Eddy metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó las fotografías. Se las arrojó sobre el regazo.

Julie no dijo nada. Se limitó a mirar las fotografías con ojos helados, retorciéndose los dedos, al tiempo que las sostenía entre los dedos.

-Es por si se te ocurre telefonar a la policía -balbuceó Eddy.

Apretó los dientes. "¡Díselo!", pensó con salvajismo. Con voz dura y sin inflexiones, le explicó todo lo que había hecho la noche anterior. El rostro de Julie se le puso pálido y rígido, a medida que escuchaba. Sus manos se apretaron una contra otra. En el exterior, la niebla pareció levantarse sobre las puertas, como un fluido blanco, rodeándolos.

-¿Desea usted dinero? -susurró Julie.

-Desvístase -dijo Eddy.

No era su propia voz, pensó. Su sonido era demasiado maligno, inhumano.

Entonces, Julie comenzó a sollozar y Eddy sintió que le invadía una furia demoniaca. Echó su mano hacia atrás, la vio echarse hacia adelante, oyó el ruido que hizo cuando la golpeó en la boca y sintió el golpe en los nudillos.

-¡Quítese las ropas! -su voz sonaba seca en el espacio reducido del automóvil.

Eddy parpadeó y trató de recobrar el aliento.

Miró aturdido a Julie que, sollozando, empezaba a desnudarse. Había un hilillo de sangre que le salía de las comisuras de la boca. "No lo hagas", oyó una voz que le decía en su interior. "¡No hagas eso!" La voz se acalló rápidamente cuando alargó las manos hacia ella.

Cuando regresó a su casa, a las diez de la mañana, había sangre y piel bajo sus uñas. Al verlo, se puso violentamente enfermo. Se acostó tembloroso sobre su cama, con los labios entreabiertos, mirando fijamente al techo. "Ya he

terminado con eso", pensó. Tenía las fotografías. No necesitaba volverla a ver. Si volvía a verla, estaría destrozado. Su cerebro estaba ya como esponja podrida, tan lleno de corrupción que la presión de su cráneo hacía que su imaginación se desbordara. Trató de dormir y, en vez de ello, pensó en los moretones en aquel cuerpo adorable, los arañazos y las marcas de los mordiscos. La oía gritar en su imaginación.

No volvería a verla.

Diciembre.

Julie abrió los ojos y vio unas sombras pequeñas que caían sobre la pared. Volvió la cabeza y miró por la ventana. Estaba empezando a nevar. Su blancura le recordó la mañana en que Eddy le había mostrado por primera vez las fotografías.

Las fotografías. Eso era lo que la había hecho despertar. Cerró los ojos y se concentró. Se estaban quemando. Podía ver las pruebas y los negativos en el fondo del recipiente de esmalte utilizado para revelar las películas en fotografía. Grandes llamas se elevaban sobre ellas y el esmalte se tiznaba.

Julie contuvo el aliento. Hizo que su memoria fuera más lejos para recorrer la habitación iluminada por las llamas que salían del recipiente de esmalte, hasta que se detuvo en la cosa destrozada que se balanceaba y giraba, suspendida del gancho del ropero.

Suspiró. No había durado mucho. Esa era la dificultad con una mentalidad como la de Eddy. La misma debilidad que lo hizo vulnerable ante ella lo destruyó muy pronto. Julie abrió los ojos y su rostro infantil se arrugó en una sonrisa. Bueno, había otros.

Estiró su cuerpo bien formado lánguidamente. La espera ante la ventana, el refresco drogado, las fotografías del motel; ya se estaban haciendo oscuras pasa entonces, a pesar de que aquel lugar en el bosque era maravilloso. De eso se acordaría durante bastante tiempo; y de la violencia, por supuesto. Especialmente por la mañana temprano, con la niebla en el exterior y el automóvil como una estufa. El resto tendría que olvidarlo. Pensaría en algo mejor para la próxima vez.

Philip Harrison no había reparado nunca en la joven en su clase de física, hasta aquel día...

LÁZARO II

-PERO, ESTOY MUERTO -dijo.

Su padre lo miró sin hablar. No había ninguna expresión en su rostro. Estaba sobre el lecho y...

¿O no era una cama?

Sus ojos se apartaron del rostro de su padre. ¡Se sentía tan pesado, tan rígido...!

-¿Qué sucede? -preguntó.

Y de pronto comprendió que el sonido de su voz era diferente. Un hombre no conoce verdaderamente el verdadero sonido de su voz, dicen. Pero cuando cambiaba tanto, la conocía. Podía saber exactamente cuándo aquella voz dejaba de ser humana.

-Peter -dijo finalmente su padre-, ya sé que vas a despreciarme por lo que he hecho. Yo me desprecio ya.

Pero Peter no lo estaba escuchando. Estaba tratando de pensar. ¿Por qué estaba tan pesado? ¿Por qué no podía levantar la cabeza?

-Tráeme un espejo -dijo.

Aquella voz extraña y metálica le incomodaba.

Pensó que estaba temblando.

Su padre no se movió.

-Peter -dijo-, deseo que comprendas que no fue mía la idea. Fue de tu..

-Un espejo.

Todavía durante un momento, su padre siguió a su lado, mirándolo. Luego se volvió y caminó sobre las baldosas oscuras del laboratorio.

Peter trató de sentarse. Al principio no pudo hacerlo. Luego, la habitación se movió y comprendió que estaba sentado; pero no sintió nada. ¿Qué andaba mal? ¿Por qué no sentía algo en sus músculos? Sus ojos miraron hacia abajo.

Su padre tomó un espejo de su escritorio.

Pero Peter ya no lo necesitaba; había visto sus manos.

Eran manos metálicas.

Sus brazos, sus hombros, su pecho, su tronco, sus piernas y sus pies eran todos metálicos.

¡Era un hombre metálico!

La idea lo hizo estremecerse. Pero el cuerpo metálico permaneció inmóvil. Estaba sentado, sin hacer ningún movimiento.

-¿Su cuerpo?

Trató de cerrar los ojos, pero no pudo. No eran sus ojos; nada era suyo.

Peter era un autómata.

Su padre se le acercó rápidamente.

-Peter, yo no deseaba hacerlo -dijo, con tono suave-. No sé qué me sucedió... Fue a causa de tu madre.

-Mi madre -dijo la máquina huecamente.

-Dijo que no podía vivir sin ti. Ya sabes cómo te quiere.

-Me quiere -repitió como un eco.

Peter giró hacia un lado. Podía oír su maquinaria que giraba con precisión en su interior. Como si fuera la de un reloj. Podía oír el movimiento de la máquina, con el tejido de su cerebro.

-Me hiciste regresar -acusó.

Su cerebro parecía también mecánico. Era el choque recibido al ver que su cuerpo había desaparecido y había sido reemplazado con aquello. Eso oscurecía su pensamiento.

-Estoy de regreso -dijo tratando de comprender-. ¿Por qué?

El padre de Peter pasó por alto la pregunta.

Trató de bajarse de la mesa y de levantar los brazos. Al principio, le colgaron a los costados, inmóviles. Luego, oyó un chasquido en los hombros y sus brazos se elevaron. Sus pequeños ojos de cristal lo vieron y su cerebro comprendió que los había levantado.

De pronto, se irguió totalmente.

-Pero, ¡estoy muerto! -gritó.

En realidad, no gritó. La voz que habló con rabia era una voz metálica y suave. Una voz tranquila.

-Solamente tu cuerpo murió -dijo su padre, tratando de convencerse a sí mismo.

-Pero, ¡estoy muerto! -gritó Peter.

No gritó. La máquina habló de un modo suave y tranquilo. De un modo mecánico.

"¿Fue idea de ella?", pensó.

Y se sobresaltó al oír la voz hueca de la máquina que expresaba su pensamiento.

Su padre no respondió, sino que permaneció tristemente junto al escritorio, con su rostro desencajado y marcado por el cansancio. Estaba pensando que todo aquel enorme esfuerzo que había llevado a cabo no había servido para nada. Se preguntaba, con cierto temor, si al final no se había sentido más interesado en lo que estaba haciendo que en el porqué.

Observó cómo funcionaba la máquina; más bien daba golpes en el suelo con sus pies metálicos, hasta llegar a la ventana, llevando el cerebro de su hijo en su almacén de metal.

Peter miró por la ventana. Podía ver el terreno. ¿Verlo? Los ojos rojos de cristal que estaban incrustados en el cráneo podían ver en el cráneo de acero que contenía su cerebro. Los ojos registraron y el cerebro tradujo. No tenía ojos propios.

-¿Qué día es hoy? -preguntó.

-Sábado, diez de marzo -oyó que le respondía la voz tranquila de su padre-. Son las diez de la noche.

Sábado. Un sábado que no había deseado ver. El pensamiento iracundo lo hizo desear volverse y enfrentarse a su padre con palabras ofensivas. Pero el cuerpo pesado y enorme produjo solamente un chasquido y giró suavemente.

-He estado trabajando en ello desde el lunes, cuando...

-Cuando me maté yo mismo -dijo la máquina.

Su padre se sobresaltó y lo miró con ojos que reflejaban su confusión. ¡Había sido siempre tan seguro, tan brillante, tan lleno de confianza en sí mismo! Y Peter había odiado siempre aquella seguridad. Debido a que él no había tenido nunca confianza en sí mismo.

En sí mismo.

Eso lo hizo volver al punto de partida. ¿Era aquello él mismo? ¿Era un hombre solamente su cerebro? ¡Cuán frecuentemente había pretendido que así era! En aquellas tardes tranquilas, después de la cena, cuando otros profesores iban a la casa y se sentaban en la sala con él y con sus padres, mientras su madre permanecía sentada a su lado, sonriente y orgullosa, él declaraba que un hombre era su inteligencia y nada más. ¿Por qué le había hecho aquello su madre?

Sintió otra vez la misma impotencia. El sentimiento de haber caído en una trampa. En aquella gran trampa de acero: el cuerpo que su padre había hecho.

Había sentido el mismo terror rígido durante los últimos seis meses. El mismo sentimiento de que no podía huir por ninguna parte. Que nunca se libraría de la prisión de su vida; que las cadenas de los horarios cotidianos le pesaban demasiado en los miembros. Frecuentemente deseaba gritar.

Quiso gritar en aquel momento. Con mayor fuerza de lo que lo había hecho nunca. Había escogido la única salida que le quedaba, e incluso ésta estaba cerrada. El lunes por la mañana se había abierto las venas, y la cubierta oscura lo había envuelto.

Ahora había regresado otra vez. Su cuerpo se había ido. No había ya venas que cortar ni corazón que aplastar o apuñalar, ni pulmones que asfixiar. Solamente quedaba su cerebro, diminuto y resignado, pero había regresado.

Volvió a mirar hacia la ventana. Mirando sobre el terreno del *Fort College*. Al otro lado, a lo lejos, podía ver -los cristales rojos podían ver- el edificio en que había enseñado sociología.

-¿No tengo dañado el cerebro? -preguntó.

Extrañó cómo el pensamiento parecía importarle en ese momento. Un momento antes habría deseado gritar con todas sus fuerzas que no se encontraba allí. Luego se sentía apático.

-Por cuanto he podido colegir, no -dijo su padre.

-Muy bien -dijo Peter, o mejor dicho, la máquina-. Está muy bien.

-Peter, deseo que comprendas que esto no fue idea mía.

La máquina giró. Los engranajes de la voz chirriaron un poco, pero no surgió ninguna palabra. Los ojos rojos miraban por la ventana al campo.

-Se lo prometí a tu madre -dijo su padre-. Tuve que hacerlo, Peter. Estaba histérica. Estaba... No había otro medio.

-Además, era un experimento muy interesante -dijo la voz de la máquina, su hijo.

Silencio.

-Peter Dearfield -dijo Peter con el engranaje que giraba en la garganta de acero-. ¡Peter Dearfield ha resucitado!

Se volvió a mirar a su padre. Sabía que un corazón vivo hubiera latido con fuerza en ese momento, pero el pequeño engranaje giraba metódicamente. Las manos no temblaban; colgaban tranquilamente a sus costados de acero. No había corazón que latiera, ni respiración que controlar, puesto que el cuerpo no estaba vivo; era sólo una máquina.

-Sácame el cerebro -dijo Peter.

Su padre comenzó a ponerse la chaqueta; sus dedos cansados la abotonaron lentamente.

-No puedes dejarme así.

-Peter, debo..., debo hacerlo.

-¿A causa del experimento?

-Por tu madre.

-¡Nos odias a los dos; tanto a ella como a mí!

Su padre meneó la cabeza.

-Entonces, lo haré yo mismo -dijo la máquina.

Las manos de acero se alzaron.

-No puedes -dijo su padre-. No puedes dañarte a ti mismo.

-¡Maldito seas!

No siguió ningún grito de cólera. ¿Sabía su padre que Peter, mentalmente, estaba gritando? El sonido de la voz era suave. ¿Las palabras bien modadas de una máquina podían ser forzadas?

Las piernas se movieron pesadamente. El cuerpo metálico se desplazó hacia el doctor Dearfield. Éste levantó la mirada.

-¿Me has quitado la posibilidad de matar? -preguntó la máquina.

El anciano miró a la máquina que se encontraba frente a él. La máquina que era su hijo único.

-No -dijo cansadamente-; puedes matarme.

La máquina pareció vacilar. El engranaje se trabó y giró en sentido contrario.

-El experimento fue todo un éxito -dijo la voz metálica-. Has convertido en una máquina a tu propio hijo.

Su padre permanecía inmóvil, con una expresión de fatiga en el rostro.

-¿De veras? -dijo.

Peter se apartó de su padre, con un chasquido, sin tratar de hablar, y se dirigió hacia el espejo de la pared.

-¿No quieres ver a tu madre? -inquirió su padre.

Peter no respondió. Se detuvo frente al espejo y los pequeños ojos de cristal se vieron a sí mismos.

Deseaba sacar el cerebro de su recipiente de acero y arrojarlo lejos.

No tenía boca ni nariz. Un ojo rojo y brillante a la derecha y otro similar a la izquierda: eso era todo.

Una cabeza como un cubo. Todo lleno de pequeños remaches como pequeños lunares, en su nueva piel de acero.

-¿Hiciste todo esto por ella? -dijo.

Giró sobre sus cojinetes bien engrasados. Los ojos rojos no mostraban el odio que había tras ellos.

-¡Mentiroso! -dijo la máquina-. Lo hiciste por ti mismo, por el placer de experimentar.

Si solamente pudiera lanzarse contra su padre... ¡Si sólo pudiera levantar los brazos, destrozarlo todo y gritar con todas sus fuerzas hasta que el laboratorio estallara!

Pero, ¿cómo iba a poder hacerlo? Su voz continuó como antes. Era un susurro, un girar de los engranes bien aceitados, similares al engranaje de un reloj.

Su cerebro no cesaba de girar.

-Crees hacerla feliz, ¿verdad? -dijo Peter-. Crees que correrá hacia mí a abrazarme. Crees que me besará la piel blanda y dulce. Crees que me mirará a los ojos azules y me dirá cuán guapo...

-Peter, eso no será.

-...cuán bonito soy. Que me besaré en la boca.

Se dirigió hacia el anciano médico, sobre sus piernas lentas de acero. Sus ojos brillaban bajo la luz fluorescente del laboratorio.

-¿Me besaré en la boca? -preguntó Peter-. No me has dado boca.

La piel de su padre estaba de color ceniza; sus manos temblaban.

-Lo hiciste por ti mismo -dijo la máquina-. Nunca te preocupaste por ella... ni por mí.

-Tu madre te está esperando -le dijo su padre con voz tranquila, poniéndose bien la chaqueta.

-No quiero ir.

-Peter, te está esperando.

El pensamiento hizo que la mente de Peter se enfureciera. El cerebro le dolía y se encontraba a disgusto en su dura caja metálica. Madre, madre, ¿cómo voy a poder mirarte ahora? Después de lo que he hecho. Aunque estos no son mis propios ojos, ¿cómo puedo mirarte ahora?

-No debe verme así -insistió la máquina.

-Te está esperando para verte.

-¡No!

No fue un grito, sino un giro normal de los engranes.

-Te espera, Peter.

Volvió a sentirse impotente. En una trampa. Estaba de regreso. Su madre lo estaba esperando.

Sus piernas lo hicieron desplazarse. Su padre abrió la puerta y salió, en busca de su madre.

La mujer se levantó repentinamente del banco en el que había permanecido sentada, con una mano en la garganta y con la otra sosteniendo su bolso negro de cuero. Sus ojos estaban fijos en el autómeta. Sus mejillas perdieron su color.

-Peter -dijo.

Era solamente un susurro.

Peter la miró. Vio su cabello gris, su piel blanda, su boca bien trazada y sus ojos. La silueta bien definida, el viejo abrigo que llevaba desde hacía tantos años, debido a que siempre insistía en que tomara su dinero para comprarse ropa para él.

Miró a su madre, que lo quería tanto que no permitía que ni siquiera la muerte lo separara de su lado.

-Madre -dijo la máquina, olvidándolo todo durante un momento.

Entonces, vio que su rostro se torcía. Y comprendió lo que era.

Permaneció inmóvil; con los ojos fijos en su padre, que permanecía a su lado. Y Peter comprendió lo que indicaban los ojos de su madre.

Decían: ¿Por qué así?

Deseó dar media vuelta y echar a correr. Deseó morir. Cuando se había matado, su desesperación había sido tranquila, simplemente porque había perdido toda esperanza. No había sido aquel dolor profundo que le destrozaba el cerebro. Su vida se había desarrollado silenciosa y pacíficamente. Ahora, deseaba destruirla en un instante, violentamente.

-Peter -dijo su madre.

Pero no lo cubrió de besos. ¿Cómo iba a poder hacerlo?, le dijo su cerebro torturado. ¿Hay alguien capaz de besar una armadura de acero?

¿Cuánto tiempo permanecería allí, mirándolo? Sintió que la ira se apoderaba de su cerebro.

-¿No está satisfecha? -preguntó.

Pero algo salió mal en su interior y sus palabras fueron pronunciadas de manera mecánica. Vio que los labios de su madre temblaban. Nuevamente, miró a su padre. Luego, otra vez a la máquina, sintiéndose culpable.

-¿Cómo te sientes, Peter?

No se produjo ninguna carcajada; aun a pesar de que su cerebro así lo ordenaba. En lugar de ello, el engranaje comenzó a funcionar, y solamente se oyó el ruido de los dientes, al encajar unos en otros. Vio que su madre trataba de sonreír y fallaba al tratar de esconder su mirada horrorizada.

-¡Peter! -exclamó, cayéndose al suelo.

-Voy a destruirlo -oyó que decía su padre, con voz ronca-. Voy a deshacerlo.

Para Peter, era una esperanza inaudita.

Pero, entonces, su madre dejó de temblar, se apartó de las manos de su padre, que la aprisionaban.

-No -dijo.

Y Peter reconoció la resolución granítica de su voz, el tono que tan bien conocía.

-Estaré muy bien dentro de un minuto -dijo.

Se dirigió en línea recta hacia él, sonriendo.

-Ya estoy bien, Peter -dijo.

-¿Te parezco guapo, madre? -preguntó.

-Peter, eres...

-No quieres besarme, madre? -preguntó la máquina.

Vio que la garganta de su madre se elevaba. Vio que las lágrimas le resbalaban por el rostro. Entonces, la señora se inclinó hacia adelante. Peter no podía sentir sus labios cuando se apoyaron contra el frío acero. Solamente pudo oír el ruido de un beso estampado contra el frío metal.

-Peter -dijo su madre-. ¡Perdónanos por lo que hemos hecho!

Todo lo que pudo pensar fue:

¿Puede perdonar una maquina?

Lo sacaron por la puerta posterior del Centro de Ciencias Físicas. Trataron de hacerlo subir al automóvil, pero a mitad de camino, sobre el terreno, Peter vio que todo giraba a su alrededor y su cerebro recibió un duro golpe cuando se cayó de espaldas, estrellándose su nuevo cuerpo contra el suelo de cemento.

Su madre se sobresaltó y lo miró, asustada.

Su padre se inclinó sobre él y Peter vio que sus dedos estaban trabajando sobre la juntura de su rodilla derecha. Su voz era suave, mientras trabajaba.

-¿Cómo se siente tu cerebro?

Peter no respondió. Los ojos rojizos resplandecieron.

-Peter -dijo su padre en tono apremiante.

No respondió. Fijó la mirada en los árboles que bordeaban la calle Once.

-Puedes ponerte en pie -le dijo su padre.

-No.

-Peter, no lo hagas aquí.

-No quiero levantarme -dijo la máquina.

-Peter, por favor -rogó su padre.

-No, no puedo hacerlo, madre; no puedo.

Hablaba como un horrible monstruo de metal.

-Peter, no puedes quedarte ahí.

El recuerdo de todos los años anteriores lo detuvo. No iba a levantarse.

-Dejen que me encuentren -dijo-. Es posible que me destruyan.

Su padre miró a su alrededor con ojos preocupados. Y, repentinamente, Peter comprendió que, excepto sus padres, nadie sabía nada de aquello. Si la dirección se enteraba, su padre sería despedido. Pensó que tal idea le resultaba agradable.

Pero sus reflejos eran demasiado lentos para impedir que su padre colocara las manos sobre su pecho y abriera una pequeña puertecilla de corredera.

Antes de que pudiera levantar uno de sus torpes brazos, su padre desenchufó el mecanismo y, de improviso, el brazo se detuvo, cuando la conexión entre su brazo y su voluntad fue interrumpida.

El doctor Dearfield oprimió un botón y la máquina se levantó y se dirigió pesadamente hacia el automóvil. Él la siguió, tratando de que su pecho delgado recuperara el aliento. Seguía pensando en la terrible equivocación que había cometido al escuchar a su esposa. ¿Por qué permitía siempre que ella modificara sus decisiones?

¿Por qué le había permitido controlar al hijo de ambos, mientras estaba vivo? ¿Por qué había permitido que lo convenciera de hacer regresar a su hijo, cuando éste había hecho un último y desesperado esfuerzo por escapar?

Su hijo, el autómatas, estaba instalado rígidamente en el asiento posterior. El doctor Dearfield se deslizó al interior del vehículo, al lado de su esposa.

-Ahora es perfecto -dijo-. Ahora vas a poder conducirlo como mejor te parezca. Es una lástima que no fuera tan agradable en vida. Casi tan complaciente, casi tan mecánico. Pero no enteramente. No hizo todo lo que tú deseabas que hiciera.

La señora miró a su esposo sorprendida, echando una ojeada al autómatas, como si temiera que pudiera escuchar la conversación. Era el cerebro de su hijo. Y ella decía siempre que un hombre era su cerebro.

¡La mente dulce y no mancillada de su hijo! La mente que ella había protegido siempre, evitando que se contaminara con la suciedad del mundo. Él era su vida. No se sentía culpable por haberlo hecho regresar. Solamente, si no fuera así...

-¿Estás satisfecha, Ruth? -le preguntó su esposo-. ¡Oh!, no te preocupes; no puede oírme.

Pero oía. Permanecía inmóvil, escuchando. El cerebro de Peter lo oía todo.

-No me has respondido -dijo el doctor Dearfield, poniendo en marcha el motor.

-No deseo hablar de eso.

-Es preciso que hables -le dijo el doctor-. ¿Qué tienes planeado ahora para él? Siempre te empeñabas en vivir su vida...

-¡Basta, John!

-No; has roto mi silencio, Ruth. Era preciso que estuviera loco para prestarte atención. Es una locura que me haya dejado interesar en un proyecto tan poco sano. Para devolvarte a tu hijo muerto.

-¿Es horrible que yo ame a mi hijo y desee tenerlo conmigo?

-¡Es odioso que desafíes su último deseo sobre la tierra! El estar muerto, liberado de ti y, finalmente, en paz.

-Libre de mí, ¿libre de mí? -gritó la mujer, con furia-. ¿Soy un monstruo acaso?

-No -le respondió su marido tranquilamente-. Pero, con mi ayuda, es un hecho que has convertido en un monstruo a nuestro hijo.

Ruth no dijo nada. Peter vio que sus labios formaban una sola línea.

-¿Qué va a hacer ahora? -le preguntó su marido-. ¿Volverá a dar sus clases? ¿Enseñará la sociología?

-No lo sé -murmuró ella.

-No, por supuesto que no lo sabes. Todo lo que te preocupaba siempre es que estuviera a tu lado.

El doctor Dearfield hizo girar el vehículo en una esquina. Tomó, a continuación, College Avenue.

-Ya lo sé -dijo-; podremos usarlo como cenicero.

-John, ¡ya basta!

Se inclinó hacia adelante y Peter la oyó sollozar. Observó a su madre con los ojos rojos de la máquina en cuyo interior vivía.

-¿Era preciso que lo hicieras tan..., tan...?

-¿Tan feo?

-Yo...

-Ruth, ya te dije qué aspecto iba a tener. Solamente pasaste por alto mis palabras. Todo lo que te interesaba era poner otra vez tus garras sobre él.

-No es cierto, ¡no es cierto! -dijo ella, sollozando.

-¿Has respetado alguna vez uno solo de sus deseos? -le preguntó su esposo-. ¿Lo hiciste? Cuando quiso dedicarse a escribir, ¿dejaste que lo hiciera? ¡No! Te burlaste. "Sé práctico, querido", dijiste. Es un pensamiento muy hermoso, pero debemos ser prácticos. Tu padre te conseguirá un buen puesto en la universidad.

Ruth movió la cabeza, en silencio.

-Cuando quiso ir a vivir a Nueva York, ¿lo dejaste? Cuando quiso casarse con Elizabeth, ¿lo dejaste?

Las palabras coléricas de su padre se perdieron cuando Peter miró el oscuro terreno que se encontraba a su derecha. Estaba pensando, soñando, en una muchacha de pelo negro que iba con él a clase. Recordaba el día en que ella le había hablado. Los paseos, los conciertos, los besos dulces y excitantes, las caricias tímidas y llenas de ternura.

Hubiera querido poder sollozar, llorar.

Pero una máquina no podía llorar, y no tenía un corazón que destrozar.

-Año tras año -la voz de su padre volvió a hacerse audible-. Lo estabas convirtiendo en una máquina desde entonces.

Y la imaginación de Peter se representaba el largo paseo en torno al terreno del colegio. El camino que había recorrido tantas veces, para ir a clase y al salir de ella, con su maletín firmemente asido en la mano. ¡Con el sombrero gris oscuro sobre su cabeza que comenzaba a quedarse calva a los veintiocho años! El pesado abrigo en invierno y el traje gris de mezclilla en otoño y

primavera. El trale de algodón durante los meses más cálidos, cuando daba los cursos de verano.

Solamente días vacíos que se extendían de manera interminable frente a él. Hasta que había terminado con todo.

-Todavía es mi hijo -oyó que decía su madre.

-¿De veras? -se mofó su padre.

-Es todavía su mente, y la mente de un hombre es lo más importante.

-¿Qué me dices de su cuerpo? -insistió su esposo-. ¿Qué me dices de sus manos? Tiene solamente dos manos metálicas, como garfios. ¿Vas a volver a cogerle las manos, como acostumbrabas hacerlo? Sus brazos remachados... ¿Vas a dejar que te pase los brazos metálicos por el talle y te abrace?

-¡John, por favor...!

-¿Qué piensas hacer con él? ¿Vas a meterlo en un armario? ¿Vas a esconderlo cuando lleguen huéspedes a la casa? ¿Qué vas a...?

-¡No quiero hablar de eso!

-¡Es preciso que hables de ello! ¿Qué me dices de su rostro? ¿Puedes besarle el rostro?

Ruth estaba temblando y, repentinamente, su esposo acercó el automóvil al bordillo de la acera y lo detuvo con una brusca aplicación de frenos. La tomó del hombro y la obligó a volverse.

-¡Míralo! ¿Puedes besar ese rostro de metal? ¿Es eso tu hijo? ¿Es esa cosa tu hijo?

No pudo mirar, Y eso fue el golpe final en el cerebro de Peter. Supo que su madre no había amado su cerebro, su personalidad, ni su carácter, en absoluto. Era la persona viva la que le gustaba, el cuerpo que ella podía dirigir, las manos que podía tener entre las suyas: las respuestas que ella podía controlar.

-Nunca lo quisiste -le dijo su padre con crueldad-. Lo poseías, y lo destruiste.

-¡Lo destruí! -gimió ella, con angustia.

Y entonces, los dos se volvieron, horrorizados. Porque la máquina había dicho:

-Sí. Destruído.

Su padre lo estaba mirando.

-Pienso... -dijo, con voz suave.

-Soy ahora, de manera objetiva, lo que he sido siempre -dijo el autómeta-. Una máquina bien controlada.

El engranaje de la garganta produjo un sonido extraño.

-Mamá, lleva a casa a tu bijito -dijo la máquina.

Pero el doctor Dearfield había hecho girar ya su vehículo y se dirigía otra vez al punto de partida.

LA GRAN SORPRESA

El viejo señor Hawkins solía permanecer cerca de su tapia de troncos y llamar a los niños, cuando regresaban a sus casas de la escuela.

-¡Niño! -llamaba-. ¡Ven aquí, niño!

La mayor parte de los niños tenían miedo de acercársele, de modo que se burlaban de él y se reían, con voces que temblaban un poco. Luego, escapaban corriendo e iban a decirles a sus amigos cuán valerosos habían sido. Pero, de vez en cuando, un niño se acercaba al señor Hawkins, cuando lo llamaba y el señor Hawkins le hacía su extraña petición.

Era así como el poema había nacido:

*Cávame un hoyo, decía,
Guiñando los ojos,
Y encontrarás
Una gran sorpresa.*

Nadie sabía desde cuándo estaban cantando los niños esa cancioncilla. A veces, los padres creían recordar haberla oído hacía muchos años.

Una vez, un niño comenzó a cavar el agujero, pero se cansó antes de terminar, y no encontró ninguna gran sorpresa. Era el único que lo había intentado...

Un día, Ernie Willaker se dirigía hacia su casa, de la escuela, con dos de sus amigos. Caminaban por el otro lado de la calle, cuando vieron al señor Hawkins en el patio delantero de su casa, en pie junto a su cerca de troncos.

-¡Niño! -oyeron que llamaba-. ¡Ven aquí, niño!

-Te llama a ti, Ernie -indicó uno de los niños, señalando con el dedo.

-No es cierto -dijo Ernie.

El señor Hawkins apuntó hacia Ernie.

-¡Ven aquí, niño! -dijo.

Ernie miró a sus amigos con nerviosismo.

-Vete -le dijo uno de ellos-. ¿Qué temes?

-¿Quién está asustado? -dijo Ernie-. Mi madre me dijo que tengo que regresar a casa en cuanto termine la escuela; eso es todo.

-¡Gallina! -le dijo su otro amigo-. Le tienes miedo al viejo Hawkins.

-¡No tengo miedo!

-Entonces, ve con él.

-¡Niño! -llamaba el señor Hawkins-. ¡Ven aquí, niño!

-Bueno -Ernie dudaba-. No se vayan de aquí -dijo.

-No nos iremos. Nos quedaremos cerca.

-Bueno... -Ernie se controló y cruzó la calle, tratando de parecer natural.

Se pasó los libros a la mano izquierda y se pasó la mano derecha por el cabello. *Cávame un hoyo, decía*, oía en su mente.

Ernie avanzó hacia la cerca de troncos.

-¿Qué desea, señor? -preguntó.

-Acércate, niño -le dijo el anciano, mientras sus ojos oscuros relampagueaban.

Ernie dio un paso hacia adelante.

-Ya no le temes al viejo señor Hawkins, ¿verdad? -le preguntó el anciano, guiñándole un ojo.

-No, señor -le dijo Ernie.

-Muy bien -dijo el viejo-. Ahora, escucha, niño: ¿quieres llevarte una sorpresa?

Ernie miró por encima del hombro. Sus amigos estaban todavía allá. Les sonrió. Repentinamente se sobresaltó, cuando una mano muy dura se aferró a su brazo derecho.

-¡Déjeme! -le dijo Ernie.

-Tranquilízate, niño -le dijo el señor Hawkins, con voz suave-. Nadie va a hacerte daño.

Ernie tiró con fuerza, tratando de soltarse. Los ojos se le llenaron de lágrimas y el anciano hizo que se acercara un poco más a él. Con el rabllo del ojo, Ernie vio que sus dos amigos iban corriendo calle abajo.

-Deje que me vaya -sollozó Ernie.

-Pronto -le dijo el anciano-. Dime: ¿te gustaría recibir una gran sorpresa?

-No, gracias, señor.

-Por supuesto que te gustaría -dijo el señor Hawkins.

Ernie reunió fuerzas y trató de soltarse de un tirón, pero el señor Hawkins lo sujetaba con una mano que parecía de hierro.

-¿Sabes dónde se encuentra el campo del señor Miller? -preguntó el señor Hawkins.

-Sí.

-¿Sabes dónde se encuentra el gran roble?

-Sí; sí. Lo sé.

-Bueno. Entonces, debes ir junto al roble del campo del señor Miller y ponerte de cara al campanario de la iglesia, ¿comprendes?

-Sí.

El anciano hizo que se le acercara todavía más.

-Te detienes allí y caminas diez pasos. ¿Comprendes? Diez pasos.

-Sí...

-Caminas diez pasos y cavas diez pies. ¿Cuántos pies? -preguntó, apoyando un fuerte dedo sobre el pecho de Ernie.

-Diez -le dijo Ernie.

-Exactamente -dijo el anciano-. Te colocas frente al campanario de la iglesia, das diez pasos, cavas diez pies y te encontrarás una gran sorpresa -al decir esto le guiñó un ojo a Ernie-. ¿Quieres hacerlo, niño?

-Pues..., sí; por supuesto que sí.

El señor Hawkins lo soltó y el muchacho se apartó de él de un salto. Tenía el brazo completamente entumecido.

-No te olvides de lo que te he dicho -le recomendó el anciano.

Ernie giró sobre sus talones y se alejó calle abajo, corriendo tan rápidamente como le era posible. Encontró a sus amigos esperándolo en la esquina.

-¿Trató de asesinarte? -inquirió uno de ellos.

-No -dijo Ernie-. No es para tanto.

-¿Qué quería?

-¿Qué creen ustedes?

Comenzaron a caminar calle abajo, cantando a coro:

*Cávame un hoyo, decía,
Guiñando los ojos,
Y encontrarás
Una gran sorpresa.*

Todas las tardes iban al campo del señor Miller y se sentaban debajo del gran roble.

-¿Crees que haya verdaderamente algo ahí abajo?

-No.

-¿Y si hubiera algo, a pesar de todo?

-¿Qué?

-Quizá oro.

Hablaban de ello todos los días, y todos los días se colocaban frente al campanario y caminaban los diez pasos. Permanecían en pie sobre el lugar preciso y removían la tierra con las puntas de los zapatos.

-¿Creen que habrá verdaderamente oro ahí abajo?

-¿Por qué iba a decírnoslo?

-Sí. ¿Por qué no cava él mismo?

-Porque es demasiado viejo, idiota.

-¿De veras? Bueno, si hay oro ahí abajo, lo repartiremos en tres partes iguales.

Cada día sentían más curiosidad. Durante las noches soñaban con el oro. Escribían oro en sus cuadernos escolares. Pensaban en todas las cosas que podrían comprar con oro. Comenzaron a caminar cerca de la casa del viejo Hawkins para ver si los llamaba otra vez, para preguntarle si era oro. Pero el anciano ya no volvió a llamarlos.

Entonces, un día, regresaban a su casa de la escuela, cuando vieron que el señor Hawkins estaba hablando con otro niño.

-¡Nos dijo a nosotros que podríamos tomar el oro! -exclamó Ernie.

-¡Sí! -asintieron los otros, con ira-. ¡Vamos!

Fueron corriendo a la casa de Ernie y éste bajó al sótano y sacó palas y picos. Corrieron por la calle, a campo traviesa, por el pantano hasta llegar al campo del señor Miller. Permanecieron bajo el viejo roble, se colocaron frente al campanario y caminaron diez pasos.

-Cavemos -dijo Ernie.

Las palas se hundieron en la tierra negra. Cavaron sin pronunciar una palabra, respirando agitadamente por las narices. Cuando el agujero tenía aproximadamente tres pies de profundidad, descansaron.

-¿Crees que haya verdaderamente oro ahí abajo?

-No lo sé; pero vamos a descubrirlo antes de que lo haga otro muchacho.

-¡Sí!

-¡Eh!, ¿cómo vamos a poder salir si cavamos a diez pies de profundidad? -dijo uno de los niños.

-Haremos escalones -dijo Ernie.

Recomenzaron su tarea. Durante una hora, siguieron sacando la tierra fresca y llena de lombrices y la amontonaron en los bordes del hoyo, manchándose las ropas y la piel. Cuando el hoyo fue lo suficientemente profundo como para que los bordes pasaran sobre sus cabezas, uno de ellos fue a buscar un cubo y una soga. Ernie y el otro muchacho siguieron cavando y arrojando la tierra sobre los bordes del hoyo. Al cabo de un rato, la tierra caía

nuevamente sobre sus cabezas, e hicieron un alto en su trabajo. Se sentaron cansadamente sobre la tierra húmeda, esperando a que el otro regresara. Sus manos y brazos estaban de color café, llenos de tierra.

-¿Cuánto hemos cavado ya? -preguntó el otro niño.

-Seis pies -calculó Ernie.

El otro niño regresó, y recomenzaron su tarea. Continuaron cavando sin descanso hasta que les dolieron todos los huesos.

-¡Ah! ¡Que se vaya al diablo! -dijo el muchacho que estaba sacando el cubo lleno de tierra-. No hay nada ahí abajo.

-Dijo a diez pies de profundidad -insistió Ernie.

-Bueno, yo me voy -dijo el muchacho.

-¡Eres una gallina!

-Es muy duro -dijo el muchacho.

Ernie se volvió hacia el niño que estaba a su lado.

-Vas a tener que sacar tú la tierra -le dijo.

-De acuerdo -murmuró su compañero.

Ernie siguió cavando. Cuando miraba hacia arriba, le parecía que los bordes del hoyo temblaban y que toda la tierra que habían sacado le iba a caer de nuevo encima, enterrándolo. Temblaba de fatiga.

-Vámonos -dijo finalmente el otro niño-. No hay nada ahí abajo. Ya has cavado diez pies.

-Todavía no -respondió Ernie, jadeando.

-¿Hasta dónde piensas cavar, hasta llegar a China?

Ernie se apoyó contra el borde del hoyo y apretó los dientes. Una gruesa lombriz salió de la tierra arrastrándose y cayó al fondo del hoyo.

-Me voy a casa -dijo el otro muchacho-. Me darán una buena paliza si no estoy allá para la hora de la cena.

-Tú también eres un cobarde -dijo Ernie tristemente.

-¡Ah!, testarudo.

Ernie movió los hombros, sintiéndolos doloridos.

-Bueno, entonces, todo el oro será mío -dijo.

-No vas a encontrar oro -dijo el otro muchacho.

-Ata la soga a alguna parte, para que pueda salir del hoyo cuando encuentre el oro -dijo Ernie.

El otro soltó una carcajada. Ató el extremo de la soga a un arbusto y dejó el otro cabo suelto en el interior del hoyo.

Ernie miró hacia arriba y vio el rectángulo de cielo que empezaba a obscurecerse. Apareció el rostro de su amigo, mirando hacia abajo.

-Será mejor que no te quedes enterrado ahí abajo -dijo.

-No voy a quedarme enterrado.

Ernie miró al suelo con enojo, y clavó la pala en el suelo. Podía sentir los ojos de su amigo que estaban fijos en su espalda.

-¿Estás asustado? -le preguntó su amigo.

-¿De qué? -dijo Ernie, sin levantar la vista.

-No lo sé -dijo el otro.

Ernie siguió cavando.

-Bueno -le dijo su amigo-. ¡Hasta la vista!

Ernie gruñó. Oyó los pasos del otro que se alejaban. Miró al hoyo, a su alrededor, y un débil gemido se le formó en la garganta. Tenía frío.

-Bueno, no voy a irme -murmuró.

El oro era suyo. No iba a dejarlo para el otro niño.

Cavó furiosamente, amontonando la tierra al otro lado del hoyo. Estaba obscureciendo.

-Un poco más -se dijo, jadeando-. Luego, regresaré a casa con el oro.

Se apoyó con fuerza sobre la pala y oyó un ruido seco debajo. Ernie sintió que un escalofrío le corría por la espina dorsal. Se forzó a continuar cavando. "No voy a permitir que se rían de mí. No voy a dejar que..."

Había descubierto parte de una caja; una caja alargada. Permaneció allí, mirando a la caja y temblando. *Y encontrarás...*

Estremeciéndose, Ernie se colocó sobre la caja y la golpeó con los pies. Un sonido hueco llegó hasta sus oídos. Sacó todavía más tierra y su pala rompió la vieja madera. No podía levantar la tapa de la caja; era demasiado grande.

Entonces, vio que la caja tenía una tapa partida en dos y que había un cerrojo a cada lado.

Ernie apretó los dientes y golpeó el cerrojo con el borde de la pala. La mitad de la cubierta se abrió.

Ernie gritó. Se apoyó hacia atrás contra el muro de tierra y observó, con un terror que le impedía hablar, cómo un hombre se estaba incorporando.

-¡Sorpresa! -le dijo el señor Hawkins.

GRILLOS

Después de la cena, descendieron hasta la orilla del lago y contemplaron su superficie, sobre la cual se reflejaba la luna.

—Es hermoso; ¿No te parece? —preguntó la mujer.

—¡Humm!

—Han sido unas vacaciones muy agradables.

—Sí, es cierto —dijo él.

A sus espaldas, las jambas de la puerta del porche del hotel se abrieron y volvieron a cerrarse. Alguien se dirigió por el sendero de grava hacia la orilla del lago. Jean miró sobre el hombro.

—¿Quién es? —preguntó Hal, sin volverse.

—El hombre que hemos visto en el comedor —dijo la mujer.

Al cabo de unos instantes, el hombre permaneció cerca, en pie sobre la orilla del lago. No les habló ni les miró. Miraba por encima del lago, hacia los bosques distantes.

—¿Debemos hablarle? —susurró Jean.

—No lo sé —replicó Hal, también en un susurro.

Volvieron a mirar al lago y el brazo de Hal rodeó la cintura de su esposa.

—¿Los oyen? —preguntó repentinamente el hombre.

—¿A qué se refiere, señor? —preguntó Hal.

El hombrecillo se volvió y los miró. Sus ojos parecían brillar bajo la luz de la luna.

—Les pregunté si los oían —insistió.

Hubo una pequeña pausa antes de que Hal preguntara:

—¿A quiénes?

—A los grillos.

Los dos se pusieron en pie. Luego, Jean se aclaró la garganta y dijo:

—Sí; es muy agradable.

—¿Agradable?

El hombre se volvió hacia otro lado. Al cabo de un momento, se volvió otra vez hacia ellos y se acercó caminando.

—Me llamo John Morgan —dijo.

—Hal y Jean Galloway —de dijo Hal.

Se produjo un silencio desagradable.

—Es una noche muy hermosa —opinó Jean.

—Lo sería, de no ser por ellos —dijo el señor Morgan—. Los grillos.

—¿Por qué no le gustan? —preguntó Jean.

El señor Morgan pareció escuchar durante un momento, con el rostro rígido. Sus labios se movieron y se esforzó en sonreír.

—Permítanme que les invite a tomar un vaso de vino —dijo.

—Pues... —comenzó a decir Hal.

—Por favor —había un ruego repentino en la voz del señor Morgan.

El comedor era parecido a una gran caverna sombría. La única luz visible era la de la lamparita que había sobre su mesa y que proyectaba sombras informes en las paredes.

—A su salud —dijo el señor Morgan, levantando su vaso.

El vino era seco y ácido. Pasó en gotas frías por la garganta de Jean, haciendo que se estremeciera.

—Así pues, ¿qué puede decirnos sobre los grillos? —preguntó Hal.

El señor Morgan dejó su vaso sobre la mesa.

—No sé si debo o no decírselo a usted —dijo.

Los miró detenidamente. Jean se sintió inquieta bajo su mirada y alargó la mano para tomar un sorbo de su vaso.

Repentinamente, con un movimiento tan brusco que hizo que la mano de la mujer se retirara, derramando un poco de vino, el señor Morgan sacó de su bolsillo un cuaderno de notas negro y lo puso cuidadosamente sobre la mesa.

—Ahí tienen —dijo.

—¿Qué es eso? —preguntó Hal.

—Un libro de claves —respondió el señor Morgan.

Lo vieron servirse más vino en su vaso; luego, dejar la botella nuevamente sobre la mesa y la sombra que proyectaba la botella sobre el mantel. Levantó su vaso e hizo girar la base entre sus dedos.

—Es la clave de los grillos —dijo.

Jean se sobresaltó. No sabía por qué. No había nada de terrible en aquellas palabras. Era a causa del modo en que el señor Morgan las había pronunciado.

El señor Morgan se inclinó hacia delante, y sus ojos brillaron, reflejando la luz de la lámpara.

—Escuchen —dijo—: no están solamente haciendo ruidos indistintos cuando frotan sus élitros —hizo una pausa—. Envían mensajes —concluyó.

Jean se sintió como si se hubiera convertido en un pedazo de madera. La habitación pareció perder el equilibrio a su alrededor, e imaginó que todo se inclinaba hacia ella.

—¿Por qué nos lo dice usted a nosotros? —preguntó Hal.

—Porque ahora estoy seguro de ello —dijo el señor Morgan—. ¿Han escuchado alguna vez a los grillos con toda atención? —preguntó—. ¿Atentamente? Si lo hubieran hecho, habrían notado que sus ruidos tienen cierto ritmo. Un periodo bien definido.

»Yo los he escuchado —continuó—. Los he estado escuchando durante siete años. Y cuanto más los oía tanto más convencido estaba de que se trataba de una clave; que enviaban mensajes durante las noches. Luego, hace aproximadamente una semana, logré descifrarlos repentinamente. Es como una clave Morse, solamente que, por supuesto, los sonidos son diferentes.

El señor Morgan dejó de hablar y miró su cuaderno de notas negro.

—Este es el resultado —dijo—. Al cabo de siete años de trabajos, he logrado descifrarlos.

Su garganta se movió convulsivamente cuando levantó su vaso y lo vació de un solo trago.

—Bueno..., ¿qué están diciendo? —preguntó Hal, en tono de incredulidad.

El señor Morgan lo miró.

—Nombres —dijo—. Voy a demostrárselo.

Metió la mano a uno de sus bolsillos y sacó un lápiz grueso. Arrancó una hoja en blanco de su libreta y comenzó a escribir en ella, murmurando en voz baja:

—Pulsación, pulsación...; silencio...; pulsación, pulsación, pulsación...; silencio...; pulsación...; silencio...

Hal y Jean se miraron. Hal trató de sonreír, pero no pudo hacerlo. Volvieron a mirar al hombrecillo que estaba inclinado sobre la mesa, escuchando a los grillos y escribiendo.

—Esto les dará a ustedes una idea —dijo, tendiéndoles la hojita de papel.

La miraron y vieron que había escrito:

MARIE CADMAN, JOHN JOSEPH ALSTER, SAMUEL...

—¿Ven? —dijo el señor Morgan—. Son nombres.

—¿De quiénes? —Jean tuvo que preguntarlo, aun a pesar de que no quería hacerlo.

El señor Morgan levantó la libreta negra y la mantuvo aferrada con fuerza.

—*Los nombres de los muertos* —contestó.

Más tarde, aquella misma noche, Jean se acostó junto a Hal y se apretó contra él.

—Tengo frío —murmuró.

—Estás asustada.

—¿Tú no?

—Bueno —dijo él—, sí lo estoy, aunque no del modo en que te imaginas.

—¿Qué quieres decir?

—No le creí lo que dijo. Pero es posible que sea un hombre peligroso. Eso es lo que temo.

—¿En dónde habrá obtenido esos nombres?

—Es posible que sean amigos suyos —dijo—. Quizá los tomó de las lápidas de los cementerios. Es, incluso, posibles que los haya inventado —gruñó suavemente—; pero no creo que los grillos se los hayan dictado.

Jean se apretó contra él.

—Me alegré de que le dijeras que estábamos cansados —dijo—. No creo que hubiera podido soportar mucho más.

—Cariño —dijo Hal—, ese hombrecillo agradable nos estaba contando un cuento sobre los grillos, y tú lo menospreciaste.

—Hal —dijo ella—, no volverán a agradarme los grillos en todo el resto de mi vida.

Se abrazaron con fuerza y se durmieron. Y, afuera, en la tranquila oscuridad, los grillos siguieron frotando sus élitros hasta la llegada de la mañana.

El señor Morgan atravesó rápidamente el comedor y se sentó en su mesa.

—Los he estado buscando durante todo el día —les dijo—. Es preciso que me ayuden.

Ja boca de Hal se endureció.

—¿Quiere usted que le ayudemos? ¿Cómo? —preguntó, dejando su tenedor sobre el plato.

—Sabén que los he descubierto —dijo el señor Morgan—. Van a atacarme.

—¿Quiénes, los grillos? —preguntó Hal con cansancio.

—No lo sé —dijo el señor Morgan—. Ellos o...

Jean sostenía el cuchillo y el tenedor con dedos rígidos. Por alguna razón, sintió que una especie de aire frío le subía por las piernas.

Señor Morgan —Hal trataba de hablar en tono paciente.

—Compréndanme —rogó el señor Morgan—. Los grillos están a las órdenes de la muerte. Es la muerte la que envía esos mensajes.

—¿Por qué?

—Están reuniendo una lista de todos los nombres —dijo el señor Morgan—. Continúan enviando los nombres, por mediación de los grillos, para que los demás sepan.

—¿Por qué? —repitió Hal.

Las manos del señor Morgan temblaban.

—No los sé, no lo sé —dijo—. Quizá cuando tengan suficientes nombres, cuando haya suficientes de ellos, entonces... —su garganta tembló convulsivamente—, *volverán*.

Al cabo de un momento, Hal preguntó:

—¿Qué le hace pensar que está usted en peligro?

—Porque, mientras estaba escribiendo más nombres anoche —respondió el señor Morgan—, *deletrearon el mío*.

Hal rompió el silencio pesado que siguió.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —preguntó con voz que indicaba su intranquilidad.

—Permanezcan conmigo —dijo Morgan— para que no puedan llegar hasta mí.

Jean miró con nerviosismo a Hal.

—No los molestaré —prometió el señor Morgan—; ni siquiera me sentaré aquí. Estaré al otro lado de la habitación para poder verlos a ustedes.

Se puso en pie rápidamente y sacó su libreta de notas.

—¿Quieren ustedes guardarme esto? —dijo.

Antes de que pudieran decir una sola palabra, se alejó de su mesa y atravesó el comedor, esquivando las mesas blancas. A unos quince metros de distancia, se sentó, de frente a ellos. Lo vieron inclinarse y hacer girar la lámpara que había sobre la mesa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jean.

—Vamos a quedarnos aquí un rato —dijo Hal—. Vamos a encargarnos de la botella y, en cuanto esté vacía, nos iremos a acostar.

—¿Es preciso que nos quedemos?

—Cariño, no sé qué sucede en la mente de ese tipo. No quiero exponerte a nada.

Jean cerró los ojos y exhaló el aire cansadamente.

—¡Vaya modo de echar a perder unas vacaciones! —dijo.

Hal alargó la mano y levantó la libreta de notas. Al hacerlo, oyó que los grillos cantaban en el exterior. Miró las páginas. Estaban dispuestas en orden alfabético; sobre cada página había tres letras con sus pulsaciones correspondientes.

—Nos está observando —dijo Jean.

—Olvídate de él.

Jean se inclinó hacia delante y hojeó el libro de notas con su esposo. Sus ojos recorrieron la disposición de los puntos y los espacios libres.

—¿Crees que haya algo de cierto en esto? —preguntó.

—Espero que no —dijo Hal.

Trató de escuchar a los grillos y encontrar algún punto de comparación con lo escrito en las páginas de la libreta pero no lo logró. Al cabo de varios minutos, cerró la libreta negra.

Cuando la botella de vino estuvo vacía, Hal se puso en pie.

—Vamos a acostarnos —dijo.

Antes de que Jean se hubiera puesto en pie, el señor Morgan había recorrido ya la mitad de la distancia que lo separaba de su mesa.

—¿Se van ustedes? —preguntó.

—Señor Morgan —dijo Hal—, son ya casi las once. Estamos cansados. Lo siento, pero tenemos que ir a acostarnos.

El hombrecillo permaneció inmóvil, sin pronunciar una palabra, mirando a uno y a otra, con ojos suplicantes y llenos de desesperación. Parecía disponerse a hablar; luego, sus hombros estrechos se desplomaron y miró al suelo. Lo oyeron tragar saliva.

—¿Cuidarán ustedes de la libreta? —preguntó.

—¿No la quiere usted?

—No —el señor Morgan se alejó de ellos.

Al cabo de unos cuantos pasos, se detuvo y volvió a mirarlos por encima de su hombro.

—¿Pueden dejar ustedes su puerta abierta para que pueda llamarlos?

—De acuerdo, señor Morgan —dijo Hal.

Una débil sonrisa torció los labios del señor Morgan.

—Gracias —les dijo, y se alejó.

Eran más de las cuatro de la mañana cuando el grito los despertó. Hal sintió que los dedos de Jean se le clavaban en el brazo, cuando ambos se sentaron en su cama, escudriñando la oscuridad.

—¿Qué ha sido eso? —balbució Jean.

—No lo sé.

Hal retiró las sábanas y puso los pies en el suelo.

—¡No me dejes! —dijo Jean.

—Entonces, ¡ven conmigo!

En el vestíbulo había una pequeña lamparita que colgaba del techo y estaba encendida. Hal corrió sobre el suelo de madera, hasta la habitación del señor Morgan. Su puerta estaba cerrada, aunque había sido dejada abierta antes. Hal la golpeó con el puño.

—¡Señor Morgan! —gritó.

En el interior de la habitación se oyó repentinamente un ruido como de enjambre, como si millones de tamborcitos fueran golpeados con salvajismo. El ruido hizo que la mano de Hal se retirara convulsivamente de la perilla de la puerta.

—¿Qué es eso? —susurró Jean, aterrorizada.

Hal no respondió. Permanecieron inmóviles, sin saber qué hacer. Luego, en el interior, el ruido cesó. Hal respiró con fuerza y empujó la puerta, hasta abrirla.

El grito se le quedó en la garganta a Jean.

En un charco de sangre, iluminado por el resplandor de la luna, estaba tendido el señor Morgan, con la piel abierta como por miles de pequeñas hojas de afeitar. Había un hueco grande en la pantalla de la ventana.

Jean permaneció paralizada, con el puño apoyado en la boca, mientras Hal se acercaba al señor Morgan. Se arrodilló al lado del cuerpo inmóvil y palpó el pecho del señor Morgan, donde el pijama había sido rasgado en tiras. Los latidos del corazón eran muy débiles debajo de sus dedos temblorosos..

El señor Morgan abrió los ojos. Ojos muy abiertos que no reconocían nada y que parecían traspasar a Hal con la mirada.

—P-H-I-L-I-P M-A-X-W-E-L-L —deletreó el señor Morgan con voz entrecortada.

»M-A-R-Y G-A-B-R-I-E-L —continuó el herido, con ojos de mirada dura y helada.

Su pecho tembló una vez y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

—J-O-H-N M-O-R-G-A-N —deletreó.

Entonces, sus ojos comenzaron a fijarse en Hal. Hubo un carraspeo terrible. Como si los sonidos fueran arrancados de ella uno por uno, por un poder superior a sus fuerzas. Volvió a hablar:

—H-A-R-O-L-D G-AL-L-O-W-A-Y —deletreó—, J-E-A-N G-A-L-L-O-W-A-Y.

Luego estuvieron solos con el cadáver. Y afuera, en medio de la oscuridad de la noche, un millón de grillos frotaban sus élitros, y esperaban...

EL MUDO

EL HOMBRE del impermeable oscuro llegó a German Corners a las dos y media de la tarde de aquel viernes. Atravesó la estación de los autobuses y se dirigió hacia un bar, donde una mujer regordeta, de cabello gris, estaba limpiando unos vasos.

-Por favor -dijo-, dígame, ¿dónde puedo encontrar a una autoridad?

La mujer lo miró a través de sus lentes sin montadura. Vio que se trataba de un hombre de cerca de cuarenta años, alto y bien parecido.

-¿La autoridad? -preguntó.

-Sí..., ¿cómo dicen ustedes? ¿El alguacil? ¿El...?

-¿El comisario?

-Sí -al decir esto el hombre sonrió-. Exactamente: el comisario. ¿Dónde puedo encontrarlo?

Después de que le indicaron la dirección, salió del edificio a la calle iluminada por la luz del día. La lluvia había estado amenazando desde que se habían levantado aquella mañana, cuando el autobús estaba ascendiendo por las montañas para salir al valle de Casca. El hombre se levantó el cuello del impermeable; luego, se metió las dos manos en los bolsillos de su impermeable y se puso en marcha, a buen paso, por Main Street.

En realidad, se sentía muy culpable por no haber llegado antes, pero había tantas cosas que hacer, tantos problemas que resolver con sus propios dos hijos... Aun sabiendo que algo malo les sucedía a Holger y Fanny, no había podido salir de Alemania hasta entonces...: casi un año después de haber recibido las últimas noticias de los Nielsen. Era una lástima que Holger hubiera escogido un lugar tan alejado para su esquina del experimento de cuatro lados que habían iniciado.

El profesor Werner caminó a paso más rápido, ansioso por saber qué les había ocurrido a los Nielsen y a su hijo. Sus progresos con el muchacho habían sido maravillosos... En realidad, había sido una inspiración para todos ellos. Aunque en lo profundo de su ser Werner sentía que había ocurrido algo terrible, esperaba que estarían vivos y bien. Sin embargo, en ese caso, ¿cómo poder justificar aquel largo silencio?

Werner sacudió la cabeza con preocupación. ¿Pudo haber sido en la ciudad? Elkenberg había tenido que mudarse de lugar repetidas veces para evitar las intromisiones interminables, a veces inocentes pero maliciosas la mayor parte del tiempo en su trabajo. Era posible que a los Nielsen les ocurriera algo semejante. Los productos del mentalismo combinados de los habitantes de la pequeña ciudad podían ser, a veces, de efectos terribles.

La oficina del comisario se encontraba hacia la mitad de la siguiente manzana de casas. Werner aceleró el paso por la estrecha acera; luego, empujó la puerta y entró en la oficina amplia y bien calentada.

-¿Qué desea? -le preguntó el comisario, levantando la mirada de sobre su escritorio.

-He venido a investigar acerca de una familia -dijo Werner-: la familia Nielsen.

El comisario Harry Wheeler miró, confundido, al alto desconocido.

Cora estaba planchando el pantalón de Paul cuando le llegó la llamada. Dejando la plancha sobre su soporte, fue a la cocina y levantó el receptor del teléfono que se encontraba sobre la pared.

-¿Sí? -dijo.

-Cora, soy yo.

Su rostro se ensombreció.

-¿Pasa algo malo, Harry?

Permaneció en silencio.

-¿Harry?

-*El tipo de Alemania ha llegado.*

Cora permaneció inmóvil, mirando el calendario que había colgado de la pared; los números danzaron ante sus ojos.

-Cora, ¿me has oído?

Tragó saliva con dificultad.

-Sí.

-Tengo que llevarlo a la casa -dijo Harry.

Cora cerró los ojos.

-Ya lo sé -dijo, y colgó el teléfono.

Volviéndose, se dirigió lentamente hacia la ventana. "Va a llover", pensó. "La naturaleza está preparando bien el escenario."

Repentinamente, cerró los ojos y se clavó las uñas en las palmas de las manos.

-No -murmuró, casi en voz alta-. No.

Al cabo de unos momentos, abrió los ojos empañados en lágrimas y miró fijamente la carretera. Permaneció inmóvil, como paralizada, pensando en el día en que el muchacho había ido a su encuentro.

Si la casa no se hubiera incendiado a medianoche, habría habido alguna probabilidad de salvarla. Estaba a treinta y cuatro kilómetros de German Corners, pero la autopista del estado recorría veinticinco de ellos, y los nueve restantes, los nueve kilómetros de mala carretera que iban hacia el norte, hacia las laderas de las colinas cubiertas de bosques, se habrían podido recorrer si hubieran contado con más tiempo para ello.

Tal y como sucedió, la casa estaba ya envuelta en llamas, en medio de la noche, cuando la vio Bernhard Klaus.

Klaus y su familia vivían a unos ocho kilómetros de allí, en Skytouch Hill. Se había levantado hacia la una y media de la mañana para beber un vaso de agua. La ventana del baño daba hacia el norte y era por eso que, al entrar, Klaus vio el ligero resplandor en medio de la oscuridad de la noche.

-*¡Gott'in'immel!* -exclamó.

Y antes de terminar de pronunciar estas palabras, ya había salido de la habitación. Bajó pesadamente por las escaleras alfombradas y, tentando las paredes para poder guiarse, descendió al salón.

-¡Fuego en casa de los Nielsen! -gritó.

Hizo sonar repetidamente el timbre para despertar a la telefonista.

La hora, la distancia y otra cosa condenaron a la casa. German Corners no tenía una brigada oficial de bomberos. La seguridad de sus edificios de madera y ladrillos dependía del esfuerzo voluntario. En la ciudad misma, eso no

provocaba grandes problemas. Otra cosa sucedía a los edificios que se encontraban a cierta distancia.

Para cuando el comisario Harry Wheeler pudo reunir a cinco hombres y conducirlos hasta el lugar del incendio en su vieja camioneta, la casa estaba ya perdida. Mientras cuatro de los seis hombres echaban chorros impotentes de agua sobre el infierno en llamas, el comisario Wheeler y su ayudante Max Ederman rodearon la casa.

No había modo de entrar. Se quedaron en la parte de atrás, con los brazos levantados, para protegerse del calor, haciendo muecas en dirección al incendio.

-¡Están perdidos! -gritó Ederman, por encima del rugido que difundía el viento.

El comisario Wheeler parecía sentirse enfermo.

-¡E1 niño! -dijo, pero Ederman no lo oyó.

Solamente una fuerte lluvia habría impedido que la vieja casa ardiera por completo. Todo lo que los seis hombres podían hacer era impedir que se quemaran los árboles que rodeaban el extenso claro, para que no se produjera un incendio del bosque. Sus figuras silenciosas patrullaban los extremos de la zona, apagando a patadas los matorrales y el follaje de los árboles, cuando comenzaban a arder.

Encontraron al muchacho cuando los picos orientales de las colinas comenzaban a ser iluminados por el gris resplandor del amanecer.

El comisario Wheeler estaba tratando de acercarse lo suficiente para poder echar una ojeada por una de las ventanas de la casa, cuando oyó un grito. Se volvió y corrió hacia la espesura del bosque, que se encontraba a unas cuantas docenas de metros de la casa, por la parte de atrás. Antes de que llegara hasta los matorrales, que crecían bajo los árboles, Tom Poulter surgió de entre ellos, con su cuerpo ligero inclinado bajo el peso de Paal Nielsen.

-¿Dónde lo has encontrado? -preguntó Wheeler.

Tomó al muchacho de las piernas para hacer que Poulter tuviera que soportar menos peso.

-Abajo de la colina -dijo Poulter, jadeando--. Tendido en el suelo.

-¿Está quemado?

-No parece. Su pijama está intacto.

-Dámelo -dijo el comisario.

Levantó el cuerpo de Paal en sus propios fuertes brazos y descubrió dos ojos grandes y verdes que lo miraban con gran confusión.

-¡Estás despierto! -dijo con sorpresa.

El muchacho siguió mirándolo sin pronunciar una sola palabra.

-¿Te encuentras bien, hijo? -preguntó Wheeler.

Hubiera podido estar sosteniendo una estatua. El cuerpo de Paal estaba absolutamente inerte, y tenía una expresión de confusión total en el rostro.

-Pongámosle una manta sobre los hombros -murmuró el comisario, y se dirigió hacia la camioneta.

Al caminar, vio cómo el muchacho miraba la casa en llamas, con una expresión de extraordinaria rigidez en su rostro, como una máscara.

-¡Choque nervioso! -murmuró Poulter, y el comisario asintió tristemente.

Trataron de acostarlo en el asiento de la cabina de la camioneta, con la manta sobre él, pero seguía sentado, sin pronunciar palabra. El café que Wheeler trató de darle se le escurrió de entre los labios y le corrió por el

mentón. Los dos hombres permanecieron cerca de la camioneta, mientras Paal miraba la casa incendiada a través del parabrisas.

-Mal asunto -dijo Poulter-. No puede hablar, ni llorar, ni nada.

-No está quemado -dijo Wheeler, perplejo-. ¿Cómo pudo salir de la casa sin recibir quemaduras?

-Quizá salieron también sus padres -dijo Poulter.

-Entonces, ¿dónde están?

El anciano sacudió la cabeza.

-No lo sé, Harry.

-Bueno, será mejor que lo lleve a casa, con Cora -dijo el comisario-. No puedo dejarlo sentado aquí, en el campo.

-Creo que será mejor que vaya contigo -dijo Poulter-. Tengo que separar las cartas para la distribución.

-Muy bien.

Wheeler les dijo a los otros cuatro hombres que volvería en una hora, poco más o menos, para llevarles alimentos y algunos hombres que los reemplazaran. Luego, Poulter y él subieron a la cabina, al lado de Paal, y el comisario oprimió el acelerador con la punta de su bota. El motor tosió espasmódicamente, rugió un poco y comenzó a girar regularmente. El comisario lo hizo marchar acelerándolo, para que se calentara y, luego, metió la velocidad. La camioneta rodó lentamente por la mala carretera, hasta llegar a la autopista estatal.

Cuando la casa en llamas no se veía ya, Paal continuaba todavía mirando por la ventanilla posterior, con el rostro aún inmóvil. Luego, lentamente, se volvió y la manta resbaló de sus hombros delgados. Tom Poulter volvió a colocársela.

-¿Tienes suficiente calor? -preguntó.

El muchacho lo miró como si no hubiera oído una palabra humana en toda su vida.

En cuanto oyó que la camioneta daba vuelta de la carretera, Cora Wheeler retiró apresuradamente la mano de los interruptores de su estufa. Antes de que se oyera el ruido de las pesadas botas de su esposo en la parte posterior de la casa, el tocino estaba cortado limpiamente y colocado sobre la sartén para que se friera; blancas tostadas de pan ya estaban colocadas en el tostador, y el café, ya preparado, se estaba calentando.

-¡Harry!

Había algo de lastimero en su voz cuando vio al muchacho que su esposo llevaba en brazos. Se apresuró a atravesar la cocina.

-Vamos a acostarlo -dijo Wheeler-. Creo que está en estado de choque.

La esbelta mujer ascendió por las escaleras apresuradamente, abrió la puerta de la habitación que había sido de David, y se dirigió hacia la cama. Cuando Harry cruzó el umbral de la puerta, ya había retirado hacia atrás las sábanas, y estaba poniendo una manta eléctrica.

-¿Está herido? -preguntó.

-No -acostó a Paal sobre la cama.

-¡Pobre pequeño! -murmuró Cora, metiendo las mantas en los bordes, debajo del cuerpo del muchacho-. ¡Pobre pequeño!

Le retiró el suave cabello rubio de la frente, con la mano, y le sonrió.

-Bueno, ahora procura dormir, hijo. Todo está bien.

Wheeler permaneció detrás de su esposa y vio que el niño de siete años lo miraba con la misma expresión atolondrada y sin vida. No había cambiado la expresión de su rostro desde que Tom Poulter lo había sacado del bosque.

El comisario giró sobre sus talones y descendió a la cocina. Desde allí telefoncó, buscando hombres que reemplazaran a los que habían quedado en la casa; luego, dio vuelta a las tostadas y al tocino y se sirvió una taza de café. Lo estaba bebiendo cuando Cora bajó por las escaleras de la parte de atrás y regresó junto a su estufa.

-¿Están sus padres...? -comenzó a decir.

-No lo sé -dijo Wheeler, meneando la cabeza-. No pudimos acercarnos a la casa.

-Pero, ¿y el niño...?

-Tom Poulter lo encontró afuera.

-¿Afuera?

-No sabemos cómo salió -dijo. Todo lo que sabemos es que estaba allá.

Su esposa guardó silencio. Colocó unas tostadas en un plato y se las acercó. Hecho esto, le puso una mano en el hombro.

-Pareces cansado -dijo-. ¿Puedes acostarte?

-Más tarde -dijo el comisario.

Cora asintió, le dio una palmadita en el hombro y se apartó de él.

-El tocino estará en seguida -dijo.

Harry gruñó. Luego, mientras vertía miel sobre las tostadas, dijo:

-Quizá hayan muerto, Cora. Es un fuego terrible. Todavía estaba ardiendo cuando regresé. No pudimos hacer nada para dominarlo.

-¡Pobre muchacho! -dijo Cora.

Permaneció junto a la estufa, viendo comer con expresión de cansancio a su esposo.

-He tratado de hacerlo hablar -dijo-, pero no dice ni una sola palabra.

-Tampoco a nosotros nos dijo una sola palabra -le explicó Harry-. Debe de estar asustado.

Miró la mesa, masticando las tostadas pensativamente.

-Es como si ni siquiera supiera hablar -dijo.

Poco después de las diez de aquella mañana comenzó a llover con fuerza y la casa en llamas empezó a apagarse, hasta no ser sino un montón de ruinas humeantes.

Con los ojos enrojecidos, agotado de cansancio, el comisario Wheeler permaneció sentado, inmóvil, en la cabina de su camioneta, hasta que cesó el diluvio. Luego, con un gruñido profundo, abrió la puerta de la camioneta y bajó al suelo. Entonces, levantó el cuello de su chamarra, se colocó un poco mejor sobre la cabeza el viejo sombrero Stetson, y se dirigió a la parte posterior de la camioneta cubierta.

-Vamos -dijo con voz muy seca.

Luego echó a andar sobre el pegajoso barro hacia la casa.

La puerta principal estaba todavía en pie. Wheeler y los otros hombres pasaron sobre la pared del salón, que se había caído. El comisario sintió ligeras oleadas de calor procedentes de las vigas que todavía estaban

ardiendo; el olor de la tapicería quemada y de las ropas, junto con el de la humedad, casi le hicieron volver el estómago.

Pasó entre algunos libros a medio quemar que estaban en el suelo, y las pastas enrojecidas chasquearon debajo de sus botas. Continuó adelante, entró al vestíbulo, respirando a través de sus dientes apretados, mientras la lluvia le caía sobre los hombros y la espalda. "Espero que hayan salido", pensó. "Espero que lo hayan hecho."

No era así. Estaban todavía en su cama. Ya no parecían seres humanos, estaban ennegrecidos y carbonizados. El rostro del comisario Wheeler estaba pálido y tenso cuando miró a los cadáveres.

Uno de los hombres aguijoneó con una varilla húmeda algo que había sobre el colchón.

-Una pipa -ovó Wheeler que decía, por encima del ruido que hacía la lluvia-. Debe de haberse dormido fumando.

-Traigan unas cuantas mantas -dijo Wheeler-. Pónganlos en la parte de atrás de la camioneta.

Dos de los hombres se volvieron sin decir una palabra y Wheeler oyó que se alejaban, caminando sobre los escombros.

No podía retirar los ojos del cadáver del profesor Holger Nielsen y de su esposa Fanny, que eran un montón retorcido, cuando habían sido una pareja muy atractiva que recordaba perfectamente. Él había sido un hombre alto y robusto, con un carácter imperioso y tranquilo; Fanny, su esposa, esbelta, de cabellos color miel, con un rostro bello y mejillas sonrosadas.

Repentinamente, el comisario se volvió y salió de la habitación precipitadamente, estando a punto de tropezarse con una viga caída.

En cuanto al muchacho..., ¿qué iba a sucederle ahora al muchacho? Aquel día era seguramente el primero en que Paal se había alejado de su casa en toda su vida. Sus padres eran el centro de su mundo; Wheeler sabía eso. No era extraño que hubiera habido aquella expresión de total incompreensión en su joven rostro.

Sin embargo, ¿cómo sabía que su padre y su madre habían muerto?

Cuando el comisario atravesó el salón, vio a uno de los hombres que examinaba un libro parcialmente quemado.

-Mire esto -dijo el hombre, tendiéndole el libro.

Wheeler le echó una ojeada y pudo ver el título: *La mente desconocida*.

Se apartó a un lado rígidamente.

-¡Deje eso en el suelo! -ordenó.

Salió de la casa con pasos rápidos y ansiosos. El recuerdo del aspecto de los Nielsen lo acompañaba; y otra cosa, una pregunta: "¿Como había logrado Paal salir de la casa?"

Paal despertó.

Durante un buen rato, miró las sombras informes que danzaban y se agitaban en el techo. Estaba lloviendo afuera. El viento estaba haciendo que se agitaran las ramas de un árbol, junto a la ventana, y producía así las sombras en aquella habitación desconocida. Permaneció inmóvil en el centro cálido de la cama, con los pulmones llenos de aire fresco. Sentía frío en sus mejillas pálidas.

¿Dónde estaban? Paal cerró los ojos y trató de sentir su presencia. No estaban en la casa. Entonces, ¿dónde? ¿Dónde estaban su padre y su madre?

Las manos de su madre. Paal liberó su mente de todo, con excepción de aquel símbolo. Reposaban en el terciopelo negro de su concentración...; las manos pálidas y adorables, suaves tanto para tocarlas como para que lo tocaran a él, eran el mecanismo que podía elevar su mente hasta el nivel deseado de claridad.

En su propio hogar no sería necesario. Su casa estaba llena con el sentimiento de ellos. Todos y cada uno de los objetos que habían sido tocados por ellas poseían el poder de acercar sus mentes. El mismo aire parecía estar cargado de su conciencia, lleno de la constancia de su atención.

Allí no. Era preciso que se elevara sobre la extrañeza de aquel lugar.

"Por consiguiente, estoy convencido de que todos los niños nacen con esta habilidad instintiva." Las palabras que le había dicho su padre aparecían ahora en su mente otra vez, como telas de araña que surgían entre los dedos de las manos de su madre. Las apartó, y las manos estuvieron nuevamente libres, golpeando lentamente en la obscuridad de su enfoque mental. Tenía los ojos cerrados; un trazado de líneas y bordes apareció en sus cejas, y su mejilla, apretada, no tenía sangre. El nivel de la conciencia, como las aguas, ascendió.

Sus sentidos se elevaron, asimismo, sin cortapisas.

Los sonidos revelaron, asimismo, sus laberintos complicados: la caída suave y ligera de las gotas de lluvia, que recordaban el sonido de un tambor; el gemido del viento entre las ramas de los árboles y los aleros del tejado; los ruidos característicos de la casa; todos eran ruidos temporales, transitorios.

El sentido del olfato captó los aromas de madera y lana, ladrillos húmedos, polvo y ropa blanca bien planchada. Entre sus dedos sensores, la trama se hizo clara; la frialdad y el calor, el peso de las mantas, la delicadeza y la suavidad de las sábanas limpias y bien planchadas. En la boca tenía el sabor del aire frío y de la vieja casa. A la vista, sólo las manos.

Silencio; falta de respuesta. Nunca antes había tenido que esperar tanto tiempo por la respuesta. Usualmente, las respuestas fluían sobre él fácilmente. Las manos de su madre se hicieron más claras. Lo desconocido pasó más allá. "Este nivel del fondo fija la etapa de fenómenos más importantes." Eran palabras de su padre. Nunca antes había ascendido sobre aquel nivel extremo.

Más arriba, como si unas manos frías lo elevaran hasta alturas extrañas. Ondas de conciencia aguda se elevaron hacia la cumbre, tratando de encontrar un lugar al cual asirse desesperadamente. Las manos comenzaron a perderse en las nubes. Las nubes se dispersaron.

Le pareció flotar hacia las ruinas ennegrecidas de su hogar; la lluvia formaba ante sus ojos algo así como un telón. Vio la puerta principal en pie, esperando su mano. La casa se acercó. Estaba rodeada de una niebla extraña. Más cerca, más cerca...

Paal, no.

Su cuerpo se estremeció en la cama. Pareció que le habían aplicado hielo en el cerebro, congelándolo. La casa voló repentinamente, llevándose consigo dos horribles figuras ennegrecidas que reposaban sobre...

Paal se sacudió, rígido y atento. La conciencia se arremohó en su escondite. Supo que habían muerto. Supo que lo habían guiado, dormido, fuera de la casa.

Incluso cuando se estaban quemando.

Aquella noche supieron que no podía hablar.

No había razón para ello, pensaron. Tenía lengua y parecía tener la garganta sana. Wheeler le miró la boca abierta y lo vio. Pero Paal no hablaba.

-Entonces, eso era lo que sucedía -dijo el comisario, sacudiendo la cabeza con gravedad.

Eran cerca de las once y Paal estaba otra vez dormido.

-¿Qué quieres decir, Harry? -preguntó Cora, cepillándose el cabello rubio frente al espejo de su tocador.

-Todas las veces en que la señorita Frank y yo tratamos de convencer a los Nielsen para que su hijo acudiera a la escuela, su respuesta era no -colgó cuidadosamente su pantalón en el respaldo de la silla-. Ahora comprendo la razón.

Cora levantó la cabeza ante esa reflexión de su esposo.

-Algo debe tener mal, Harry -observó.

-Bueno. podemos hacer que el doctor Steiger lo examine; pero no creo que tenga nada.

-Pero, eran personas cultas -arguyó Cora-. No hay razón alguna para que no le enseñaran cómo hablar. A menos que hubiera alguna razón por la que no pudiera hacerlo.

Wheeler meneó otra vez la cabeza.

-Eran personas extrañas, Cora -dijo Harry-. Apenas hablaban ellos también. Como si fueran demasiado buenos para hablar..., o algo así -gruñó con disgusto-. No me extraña que no quisieran enviar a este niño a la escuela.

Se dejó caer sobre el borde de la cama y se quitó las botas y los calcetines que le llegaban casi hasta las rodillas.

-¡Vaya día! -exclamó.

-¿No encontraste nada en la casa?

-Nada. Ni siquiera papeles de identificación. La casa está completamente quemada. No queda sino un montón de libros que no nos conducen a ninguna parte.

-¿No hay algún modo?

-Los Nielsen nunca tuvieron una cuenta a cargo en Ja ciudad. Y ni siquiera eran ciudadanos. De modo que el profesor no estaba registrado para que lo llamaran a las armas.

-¡Oh! -Cora miró un momento su rostro, reflejado en el espejo oval.

Luego, su mirada descendió hasta la fotografía que había sobre la mesita... Era David, cuando tenía nueve años. El hijo de los Nielsen se parecía mucho a David, pensó. Tenía la misma altura y la misma corpulencia. Quizá era un poco más oscuro el cabello de David; pero...

-¿Qué es lo que vas a hacer con él? -preguntó.

-No lo sé, Cora -respondió Harry-. Tendremos que esperar hasta finales de mes, creo. Tom Poulter dijo que los Nielsen recibían tres letras todos los fines de mes. Dijo que procedían de Europa. Solamente tendremos que esperar a que lleguen; luego escribiremos a las direcciones que traigan. Es posible que el muchacho tenga familiares allí.

-Europa -dijo ella, casi para sus adentros-. Tan lejos.

Su marido gruñó, retiró las sábanas y se acostó pesadamente sobre el colchón.

-Estoy cansado -murmuró.

Miró el techo.

-Ven a acostarte -dijo.

-Dentro de un momento.

Continuó sentada, cepillándose distraídamente el cabello, hasta que el ruido de los ronquidos de su esposo rompieron el silencio. Entonces, lentamente se levantó y se dirigió hacia el vestíbulo.

Había un resplandor de la luz de la luna sobre la cama. Alumbraba las manos pequeñas e inmóviles de Paal. Cora permaneció un buen rato en la oscuridad, contemplando aquellas manos. Durante un momento, pensó que era David quien reposaba de nuevo en su cama.

Era el sonido.

Como si bastones interminables golpearan su mente vivaz, oscilaban y se precipitaban a su interior como un ruido interminablemente modulado. Sintió que era una comunicación de alguna especie, pero le hería los oídos y encadenaba su comprensión, colocando los pensamientos tras muros gruesos e imposibles de traspasar.

A veces, en los momentos poco frecuentes de silencio, encontraba una rotura en el muro y, durante ese breve momento, recogía algunos fragmentos, como un animal que tomara algunos alimentos antes de que la trampa se cerrara.

Pero, entonces, el sonido comenzaba nuevamente, elevándose y cayendo sin ritmo alguno, raspando y rasgando, frotándose contra la superficie viva y brillante de la comprensión hasta que se sentía seco, confuso y lleno de dolores.

-Paal -decía ella.

Había pasado una semana; pasaría aún otra semana antes de que llegaran las cartas.

-Paal, ¿nunca te hablaron? ¿Paal?

Puños que golpeaban con delicada agudeza. Las manos surgían sensibles de su cerebro vibrante.

-Paal, ¿no conoces tu nombre? ¿Paal? *Paal*.

Físicamente no tenía nada malo. El doctor Steiger se había asegurado de ello. No había razón para que no hablara.

-Te enseñaremos, Paal. No te preocupes, cariño, te enseñaremos -como si fueran puñaladas a través de su conciencia-. *Paal, Paal*.

Paal; era él mismo. Eso lo comprendía. Pero era diferente en los oídos; un sonido muerto y áspero, que permanecía solo y oscuro, sin el acompañamiento de las asociaciones encadenadas que existían en su mente. En el pensamiento, su nombre era algo más que letras. Era él, todas las facetas de su personalidad y su significado para él, para su padre y su madre y para su vida. Cuando lo llamaban o él pensaba en su nombre, aquello había sido algo más que la corta onomatopeya que formaba el sonido. Había sido algo entremezclado con un chispazo de conocimiento, sin que fuera estorbado por el sonido.

-Paal, ¿no comprendes? Te llamas Paal Nielsen. ¿No comprendes?

Era como el redoble de un tambor que llamaba con una cruda sensibilidad. El sonido lo golpeaba. *Paal, Paal*, tratando de hacerle soltar su presa y lanzarlo al torbellino del sonido.

-Paal. Inténtalo, Paal. Dilo conmigo, Pa-al, *Pa-al*.

Girando sobre sus talones, huía de ella con terror, y ella lo seguía hasta donde se escondía, cerca de la cama de su hilo.

Entonces, durante largos momentos, había paz. Lo mantenía en sus brazos y, como si comprendiera, no hablaba. Guardaba silencio y su mente no era golpeada por el sonido. Le acariciaba el cabello y le secaba las lágrimas a besos. Permanecía apoyado contra aquella cálida mujer, y su mente, como un animal tímido, volvía a surgir de su escondite..., para sentir una corriente de comprensión que emanaba de aquella mujer. Un sentimiento que no necesitaba del sonido.

Amor... inexpresado, sencillo y hermoso.

El comisario Wheeler se disponía a salir de su casa aquella mañana cuando sonó el teléfono. Estuvo en el vestíbulo, esperando a que Cora respondiera.

-¡Harry! -oyó que lo llamaba-. ¿Estás aún ahí?

Regresó a la cocina y tomó el receptor de manos de su esposa.

-Aquí, Wheeler -anunció.

-Soy Tom Poulter, Harry -dijo el cartero-. Las cartas han llegado.

-Voy en seguida -dijo Harry, y colgó.

-¿Las cartas? -le preguntó su esposa.

Wheeler asintió.

-¡Oh! -murmuró Cora, de tal modo que casi no la oyó él.

Cuando Harry entró a la oficina de correos, veinte minutos más tarde, Poulter puso las tres cartas sobre el mostrador. El comisario las recogió.

-Suiza -decía en los sellos puestos sobre las estampillas-. Suecia. Alemania.

-Eso es todo -dijo Poulter-. Como siempre. El día treinta del mes.

-Supongo que no podremos abrirlas, ¿verdad? -preguntó Wheeler.

-Ya sabes que te diría que sí, si fuera posible, Harry -respondió el cartero-. Pero la ley es la ley. Ya lo sabes. Tengo que devolverlas sin que sean abiertas. Esa es la ley.

-Está bien.

Harry sacó su pluma, copió las direcciones en su libreta de apuntes y devolvió las cartas.

-Gracias.

Cuando regresó a su casa a las cuatro de aquella tarde, Cora estaba en la sala con Paal. Había una expresión de confusa emoción en el rostro del niño..., el deseo de agradar, unido al de huír de la tortura del sonido. Estaba sentado en el diván, cerca de Cora, y parecía que iba a romper a llorar.

-¡Oh, Paal! -dijo Cora al entrar Wheeler.

Estrechó entre sus brazos al niño tembloroso.

-No tienes nada que temer, querido.

Vio a su marido.

-¿Qué le hicieron? -preguntó con tristeza.

Harry meneó la cabeza.

-No lo sé -dijo-, pero debieron enviarlo a la escuela.

-No podemos enviarlo ahora, mientras esté así.

-No podemos mandarlo a ninguna parte en tanto no sepamos a qué atenernos -dijo Wheeler-. Voy a escribirles esta noche.

En el silencio, Paal sintió una fuerte emoción repentina en la mujer, y levantó la cabeza rápidamente para mirar el rostro triste de ella.

Dolor. Sintió que surgía el dolor de ella como la sangre de una herida mortal.

Y mientras cenaba en un silencio casi total, el muchacho continuó sintiendo la enorme tristeza de la mujer. Le parecía estar oyendo sollozar en algún lugar distante. Mientras continuaba el silencio, Paal comenzó a captar fragmentos de recuerdos que aparecían en la mente abierta por el dolor de Cora. Vio el rostro de otro niño. Luego, se agitaba y desaparecía y era su imagen la que estaba en sus pensamientos. Los dos nosotros, como espectros enemigos que lucharan sin descanso para dominar la mente de la mujer.

Todo desapareció, encerrado bruscamente detrás de puertas negras, cuando Cora dijo:

-Supongo que vas a tener que escribirles.

-Ya sabes que es preciso que lo haga, Cora -le contestó él.

Silencio. Otra vez el dolor. Y cuando lo condujo a su cama, la miró con una lástima tan dulce y clara en su rostro, que Cora se retiró rápidamente de su lado y él pudo sentir la enorme tristeza de su mente, hasta que sus pasos se hicieron inaudibles. E incluso entonces, como un revoloteo de pájaros en la noche, pudo sentir la desesperación de la mujer que se desplazaba por la casa.

-¿Qué estás escribiendo? -preguntó Cora.

Wheeler levantó la mirada de su escritorio, cuando sonaba en el vestíbulo la séptima campanada de la medianoche. Cora atravesó la habitación y colocó la bandeja junto al codo de su esposo. El aroma del vapor del café que ella acababa de prepararle, llenó sus fosas nasales cuando alargó la mano para tomar la cafetera.

-Les estoy explicando la situación -dijo- acerca del incendio y la muerte de los Nielsen. Les pregunto si son familiares del niño, o si conocen a algunos familiares.

-¿Y si sus familiares no se portan mejor que sus padres?

-Escucha, Cora -dijo, sirviéndose crema-. Creo que va hemos discutido eso antes; no es asunto nuestro.

La mujer apretó sus labios pálidos.

-Un niño asustado es siempre asunto mío -dijo con enojo-. Quizá tú.

La mujer se interrumpió, cuando Harry la miró pacientemente, sin que en su expresión se notara ningún afán de discutir.

-Bueno -dijo ella, apartándose de él-. Eso es cierto.

-No es asunto nuestro, Cora.

No vio el temblor de los labios de su esposa.

-Entonces, supongo que continuará sin hablar, sintiendo miedo de las sombras.

Se volvió.

-¡Es criminal! -gritó.

El amor y el enojo brotaron de ella al unísono, en una extraña mezcla.

-Es preciso hacerlo, Cora -dijo Harry tranquilamente-. Es nuestro deber.

-El deber -dijo ella, con voz carente de vida.

Cora no durmió aquella noche. Con los ronquidos de Harry junto a sus oídos, permaneció contemplando las sombras del techo, con una escena fija en la mente.

Una tarde de verano sonó el timbre de la puerta posterior. Había varios hombres en el porche, John Carpenter entre ellos, con algo inmóvil cubierto con una manta en sus brazos. En el rostro de cada uno había una mirada confundida. En el silencio, una gota de agua cayó sobre la madera del suelo, bañada por la luz del sol..., lenta, irregularmente, como los latidos de un corazón moribundo.

-Estaba nadando en el lago, señora Wheeler y...

Se estremeció en la cama, como lo había hecho entonces, con desesperación y silenciosamente. Sus manos estaban absolutamente blancas y se retorcían mientras recordaba aquellos momentos de angustia. Muchos años había estado esperando a que otro niño volviera a darle vida a la casa.

A la hora del desayuno, tenía los ojos enrojecidos y su rostro reflejaba mucho cansancio. Se movió en su cocina con su fuerza de voluntad, sirviendo huevos y pastelillos en el plato de su esposo, sirviéndole café y sin pronunciar una sola palabra.

Luego, la había besado al despedirse. y ella se quedó junto a la ventana, viéndolo recorrer la vereda hasta su automóvil. Después de que Harry se había ido, estuvo mirando fijamente a los tres sobres que su esposo colocara junto al pequeño buzón del correo.

Cuando Paal bajó las escaleras, le sonrió. Cora le besó la mejilla y permaneció detrás de él, sin hablar, observándolo, mientras el niño tomaba su vaso de jugo de naranja. El modo en que se sentaba, el modo en que sostenía su vaso, era tan parecido...

Mientras Paal comía su plato de cereal, ella salió y tomó las tres cartas del buzón de correo, reemplazándolas con otras tres que ella misma había escrito, por si su marido preguntaba al cartero si las había recogido de su casa aquella mañana.

Mientras Paal devoraba sus huevos, bajó al sótano y metió las tres cartas a la caldera. La que iba dirigida a Suiza ardió, luego las destinadas a Suecia y a Alemania. Las revolvió con un atizador hasta que los fragmentos se desintegraron y desaparecieron en medio de las llamas.

Pasaron varias semanas y, cada día que transcurría, el servicio que le prestaba su mente era cada vez menor.

-Paal, querido, ¿no comprendes? -repetía la voz paciente y amorosa de la mujer a la que necesitaba; pero la cual daba miedo-. ¿No vas a decirlo una sola vez por mí? ¿Sólo para mí? ¿Paal?

Sabía que ella lo amaba, pero el sonido iba a destruirlo. Encadenaría sus pensamientos... como el colocar cadenas sobre el viento.

-¿Te gustaría ir a la escuela, Paal? ¿Quieres? ¿Escuela?

El rostro de la mujer era como una máscara de preocupada devoción.

-Trata de hablar, Paal. Haz la prueba.

El niño luchaba contra ello con enorme temor. El silencio le haría comprender lo que ella estaba pensando. Luego, el sonido volvía y aumentaba el significado de todo. Los significados se unían a los sonidos. Las cadenas se

formaban rápidamente, de manera terrible. Paal luchó contra ellos. Los sonidos podían representar símbolos frágiles y delicados en un amasijo odioso y restringido, una mezcla que se apoyaría en las articulaciones y quedaría limitado en la limitada extensión de las palabras.

Temía a la mujer y, sin embargo, deseaba estar cerca de su calor, protegido por sus brazos. Era como un péndulo que pasara del terror a la necesidad, y nuevamente al terror.

Y los sonidos continuaban todavía retumbando en su mente.

-No podemos esperar ya más a recibir noticias de ellos -dijo Harry-. Tiene que ir a la escuela. Eso es todo.

-No -dijo Cora.

Wheeler dejó su periódico y miró a su esposa a través de la sala. Ésta mantuvo la mirada fija en los movimientos de sus agujas de tejer.

-¿Por qué dices que no? -preguntó Harry con irritación-. Siempre que menciono la escuela dices que no. ¿Por qué no debe ir a la escuela?

Las agujas se detuvieron y fueron abandonadas sobre el regazo. Cora las miró.

-No lo sé -dijo-. Es sólo que... -suspiró profundamente-. No lo sé.

-Comenzará a ir a la escuela el lunes -dijo el comisario.

-Pero, está asustado -dijo Cora.

-Por supuesto que está asustado. Tú también estarías asustada si no pudieras hablar y todas las personas a tu alrededor hablaran. Necesita ser educado, eso es todo.

-Pero, no es ignorante, Harry. Te..., te aseguro que a veces me comprende. Sin hablar.

-¿Cómo?

-No lo sé. Pero..., pues los Nielsen no eran estúpidos. No es posible que sin más ni más se negaran a hablarle.

-Bueno, sea lo que sea que le hayan enseñado -dijo Harry, volviendo a tomar su periódico-, no lo demuestra.

Cuando le pidieron a la señorita Edna Frank aquella tarde que fuera a ver al niño, estaba dispuesta a ser imparcial.

Aquel Paal Nielsen había sido educado de una manera miserable, eso no era posible ponerlo en duda; pero la joven maestra había decidido que el conocimiento de ello no debía afectar su actitud hacia el niño. Necesitaba comprensión. El trato cruel de sus padres debía ser contrarrestado, y la señorita Frank había decidido que ella era la indicada para hacerlo.

Recorriendo con pasos rápidos y resueltos la calle principal de German Corners, recordó la escena del día en que ella y el comisario Wheeler habían ido a casa de los Nielsen para tratar de convencerlos de que debían meter a la escuela a su hijo Paal.

Sus rostros reflejaban una gran pedantería, pensó al recordarlo. Mostraron un enorme desdén, aunque siempre estuvieron dentro de los límites de la corrección. *No queremos que nuestro hijo asista a la escuela*, recordó que había dicho el profesor Nielsen. Con la misma sencillez recordó todo la señorita Frank. Demasiado arrogantes. *No queremos...* Era una actitud muy desagradable.

"Bueno, al menos, el niño había dejado ya aquello. Aquel incendio había sido probablemente una bendición en su vida", pensó.

-Les escribimos hace cuatro o cinco semanas -le explicó el comisario-, y todavía no hemos recibido respuesta alguna. No podemos dejar que las cosas continúen así. Necesita asistir a la escuela.

-Desde luego -aprobó la señorita Frank.

Tenía los rasgos faciales compuestos en su expresión usual de desagradable dogmatismo. Había una sombra de bigote sobre su labio superior, y su barbilla terminaba casi en punta. La noche del Halloween¹ los niños de German Corners observaban el cielo desde la azotea de su casa.

-Es muy tímido -dijo Cora, sintiendo la dureza de la maestra-, Se asustará mucho y necesitará de una gran comprensión.

-Se la daremos -dijo la señorita Frank-. Pero, déjeme verlo.

Cora hizo bajar a Paal, hablándole con suavidad.

-No te asustes, querido. No hay nada de lo que tengas que asustarte.

Paal entró en la habitación y miró los ojos de la señorita Edna Frank.

Solamente Cora se dio cuenta de la rigidez de su cuerpo..., como si en vez de la virginal maestra hubiera visto la mirada petrificadora de Medusa. La señorita Frank y el comisario no vieron el resplandor en sus ojos brillantes y verdes, ni advirtieron el ligero pliegue que había aparecido en las comisuras de sus labios. Ninguno de ellos podía suponer el pánico que él sentía.

La señorita Frank permanecía sentada, sonriendo, con la mano tendida.

-Ven aquí, niño -dijo.

Durante un momento, las puertas negras se cerraron y apartaron de la mente de Paal todo significado.

-Ven aquí, querido -le dijo Cora-. La señorita Frank ha venido aquí para ayudarte.

Lo hizo avanzar, sintiendo en su manos el estremecimiento de terror que llenaba todo su cuerpo.

Nuevamente el silencio. Y, en aquel momento, Paal sintió como si estuviera caminando encima de una tumba cermda desde hacía cien años. Vientos de muerte soplaban sobre él, la frustración se deslizaba al interior de su corazón. Celos y odios se empujaban unos a otros..., oscurecidos todos ellos por recuerdos deformados. Era el purgatorio que su padre le había descrito una vez, hablando de mitos y leyendas. Sin embargo, esto no era una leyenda.

La mano de la señorita estaba fría y seca. Oscuros terrores descendieron por sus venas y se vertieron en el niño. Inaudible, un grito se le formó en la garganta. Sus ojos se encontraron nuevamente, y Paal vio que, durante un segundo, la mujer pareció saber que estaba examinando su cerebro.

Entonces, ella habló y él se sintió otra vez libre. Se quedó inmóvil, observándola.

-Creo que nos entenderemos muy bien -dijo.

¡Remolino!

Giró sobre sus talones y tropezó con la esposa del comisario.

Durante todo el camino, a través de los campos, había ido en aumento..., como las pulsaciones de un contador Geiger que se aproximara a una fuente

¹ Octubre 31, víspera de Todos los Santos. (N. del T.)

de energía atómica. Cada vez más cerca, con los delicados controles de su interior brillando, en tensión, temblando, reaccionando con cada vez mayor violencia ante la cercanía de la fuente de energía. Aunque su sensibilidad había sido debilitada por cerca de tres meses de sonidos, lo sintió entonces con mayor fuerza. Como si estuviera caminando en un centro de vitalidad.

Era el joven.

Luego, la puerta se abrió, las voces cesaron y todo ello lo atravesó como una corriente eléctrica, poderosa y libre. Se aferró a Cora, con los dedos apretados sobre su falda, con los ojos muy abiertos y respirando agitadamente por entre sus labios entreabiertos. Su mirada se paseó inquieta por las filas de rostros infantiles que lo observaban atentamente, y las ondas de energías distorsionadas continuaron saliendo de ellos como una red incontrolada y amenazadora.

La señorita Frank echó hacia atrás su silla, descendió de su plataforma de quince centímetros de altura y comenzó a andar por el pasillo hacia ellos.

-Buenos días -dijo en tono seco-. Nos disponemos a comenzar las clases del día.

-Espero que todo irá bien -dijo Cora.

Miró hacia abajo. Paal estaba mirando al resto de la clase a través de un velo de lágrimas.

-Oh, Paal.

Se inclinó y pasó los dedos por el rubio cabello del niño.

-Paal, no tengas miedo, querido -susurró.

El niño la miró confundido.

-Querido, no hay nada por lo que tengas que estar...

-Ahora, lo mejor es que nos lo deje aquí -la interrumpió la señorita Frank, colocando una mano sobre el hombro del muchacho.

Pasó por alto el estremecimiento que lo sacudió por completo.

-Volverá a casa dentro de muy poco tiempo, señora Wheeler, pero es preciso que lo deje salir adelante por sí mismo.

-¡Oh!, pero... -comenzó a decir Cora.

-No, créame, es la única manera -insistió la señorita Frank-. En tanto esté usted aquí, se sentirá a disgusto. Créame. Ya he visto otras veces casos semejantes.

Al principio no quería soltarse de Cora, sino que se aferraba a ella como al único objeto familiar en medio de todo aquel conjunto de cosas nuevas. Fue solamente cuando las manos delgadas y duras de la señorita Frank lo mantuvieron apartado, que Cora retrocedió lentamente y cerró la puerta a sus espaldas, apartando de Paal la visión de su lástima.

Permaneció temblando, incapaz de decir una sola palabra para pedir ayuda, confundido. Su mente enviaba pequeños fragmentos de comunicación, pero en aquel ambiente indisciplinado pronto se debilitaban y se perdían. Se encerró rápidamente y trató, en vano, de alejarse de ahí. Todo lo que pudo lograr fue que un torrente de pensamientos punzantes continuaran sin oposición, hasta convertirse en una mezcla incomprensible y sin significado.

-Ahora, Paal... -oyó la voz de la señorita Frank y levantó tímidamente la mirada hacia ella.

Las manos de la maestra lo apartaron de la puerta.

-Vamos.

No comprendió las palabras, pero el sonido frágil de ellas era bastante claro; la corriente de animosidad irracional que emergía de ella era inconfundible. Caminó vacilantemente a su lado, creando un pasillo consciente en medio del conjunto de todas aquellas mentes jóvenes y no entrenadas; la extraña mezcla de todos ellos, con su retención de sensibilidad nata, escondida bajo la cubierta torpe de inculcaciones formales.

Lo condujo hasta el frente de la habitación y lo puso en pie ante todos los demás. Su pecho se esforzaba en respirar, como si los sentimientos, a su alrededor, fueran manos que oprimían su cuerpo.

-Este es Paal Nielsen, clase -dijo la señorita Frank, y el sonido levantó una barrera temporal contra todos los demás pensamientos-. Tendremos que tener paciencia con él. Sus padres nunca le enseñaron a hablar.

Lo miró como un fiscal que hubiera examinado la prueba número 1.

-No comprende ni una palabra de inglés -dijo.

Silencio un momento, doloroso. La señorita Frank apretó todavía más la mano sobre su hombro.

-Bueno, vamos a ayudarlo a aprender, ¿verdad, clase?

Un ligero murmullo se elevó de entre los niños de la clase, y una frase en coro:

-Sí, señorita Frank.

-Escucha, Paal -dijo.

El niño no se volvió, y ella le oprimió el hombro.

-Paal -repitió.

La miró.

-¿Sabes decir tu nombre? -preguntó-. ¿Paal? ¿Paal Nielsen? Adelante. Dinos tu nombre.

Sus dedos se clavaban en el hombro del niño como garras.

-Dilo, Paal. *Pa-al*.

Comenzó a sollozar. La señorita Frank lo soltó.

-Ya aprenderás -dijo con calma.

No era una frase de aliento.

Se sentó en medio de la clase, como la carnada que se agita en el agua, llena de bocas dispuestas a devorarla, bocas de las que salían interminablemente sonidos que le obscurecían la mente.

-Esto es un barco. Un barco navega en el agua. Los hombres que viven en el barco se llaman marinos.

Y, en la cartilla, las palabras que hablaban del barco estaban impresas bajo la silueta de uno de ellos.

Paal recordaba un cuadro que su padre le había mostrado en cierta ocasión. Era también un dibujo de un barco, pero su padre no le había dicho ninguna palabra fútil relativa al barco. Su padre había creado alrededor del cuadro todos los sonidos y las imágenes que se referían a él. Grandes olas azules a sus costados. Grandes montañas de agua de color gris verdoso, con las crestas cubiertas de espuma. Vientos de tormenta soplando sobre las vela de un navío ligero, perdido sobre las olas. La tranquila majestad de una puesta de sol en el océano, reuniendo en un sello púrpura el cielo y el mar.

-Esto es una granja. Los hombres cultivan alimentos en las granjas. Los hombres que trabajan allí se llaman granjeros.

Palabras vacías, sin poder para enseñar la tierra húmeda y cálida. El sonido de los campos de cereales que se agitan al viento como mares de oro. La vista

del sol que se pone sobre la pared roja de un establo. El olor suave de las praderas, con el viento que llevaba el sonido de los cencerros del ganado.

-Esto es un bosque. Un bosque tiene árboles.

No había ningún signo de presencia en aquellos símbolos negros y dogmáticos, ni en los expresados por medio de sonidos ni en los escritos. No expresaban el sonido del viento que cruzaba como las aguas de un río eterno, por entre las altas copas verdes de los árboles. Ningún olor de pino, roble, encino, álamo o abeto. Tampoco transmitían el sentimiento de caminar sobre la capa centenaria de hojas muertas, caídas de los árboles.

Palabras. Sonidos obtusos y limitados de un significado restringido; incapaces de evocar algo, ni de expansión. Figuras negras sobre fondo blanco. Esto es un gato. Esto es un perro. Gato, perro. Esto es un hombre. Esto es una mujer. Hombre, mujer. Automóvil, caballo, árbol, pupitre, niños. Cada palabra era una trampa tendida en su mente. Una trampa tendida para encerrar al fluido y a la comprensión sin limitaciones.

Todos los días, la maestra lo sacaba a la plataforma.

-Paal -decía, señalándolo-. Paal. Dilo, Paal.

No podía hacerlo. La miraba, demasiado inteligente para no establecer la relación y demasiado asustado para buscar más lejos.

-Paal -un dedo huesudo se apoyaba en su pecho-. Paal. Paal. *Paal*.

Luchó contra ello. Era preciso combatirlo. Puso los ojos en blanco y no vio nada de la clase, concentrándose en las manos de su madre. Sabía que era una batalla, algo así como un ataque de enfermedad. Había sentido cada nueva capa que descendía sobre su sensibilidad.

-¡No me estás escuchando, Paal Nielsen! -lo acusaba la señorita Frank, sacudiéndolo-. Eres un muchacho desagradecido y terco. ¿No deseas ser como los otros niños?

Los ojos inquisitivos, y sus labios, que nunca habían sido besados, se contraían.

-Siéntate -le decía.

No se movía. Ella lo sacaba de la plataforma con dedos rígidos.

-Siéntate -repetía como si hablara con una mula.

Todos los días era lo mismo.

Despertó en un instante; un momento después se puso en pie y corrió en medio de la obscuridad de la habitación. Detrás de ella, Harry dormía, respirando con dificultad. Hizo que el sonido se extinguiera y apartó la mano de la perilla de la puerta, antes de disponerse a cruzar el vestíbulo.

-Querido.

El niño estaba en pie junto a la ventana, mirando al exterior. Al oírla hablar, se volvió y, bajo la luz tenue de la luna, ella pudo ver el terror impreso en su rostro.

-Querido, acuéstate.

Lo condujo a la cama y se sentó a su lado, sosteniendo entre las suyas sus manitas delgadas y frías.

-¿Qué te sucede, cariño?

El niño la miró con ojos muy abiertos y llenos de dolor.

-¡Oh...! -se inclinó y apoyó su mejilla caliente contra la de Paal-. ¿Qué es lo que tienes?

En el oscuro silencio pareció como si una visión de la clase de la escuela, con la señorita Frank en su centro, cruzara por su mente.

-¿En la escuela? -preguntó, creyendo que se trataba sólo de una idea que se le había ocurrido.

La respuesta podía leerse claramente en su rostro.

-Pero la escuela no es algo de lo que debas tener miedo, querido -dijo Cora-. Tú...

Vio que en sus ojos aparecían las lágrimas y, bruscamente, lo levantó y lo apretó contra su propio cuerpo.

"No tengas miedo, querido; por favor, no tengas miedo", pensó. "Yo estoy aquí y te quiero tanto como ellos. Te quiero todavía más..."

Paal se echó hacia atrás y la miró como si no comprendiera.

Cuando el automóvil se detuvo en la parte posterior de la casa de los Wheeler, Werner vio que una mujer se apartaba de la ventana de la cocina.

-Si hubiéramos tenido noticias de ustedes -dijo Wheeler-. Pero no recibimos ni siquiera una palabra. No puede usted culparnos por haber adoptado al niño. Hicimos lo que creímos que era lo mejor.

Werner asintió con movimientos cortos y distraídos de su cabeza.

-Comprendo -dijo con calma-. Sin embargo, no recibimos ninguna carta.

Permanecieron sentados en el automóvil, en silencio. Werner miraba por el parabrisas y Wheeler se contemplaba las manos.

Holger y Fanny habían muerto, estaba pensando Werner. Un horrible descubrimiento. Y el niño expuesto a la crueldad de las personas que no comprendían. Esto era, en cierto modo, todavía más horrible.

Wheeler estaba pensando en esas cartas y en Cora. Debió de haber vuelto a escribirlas. Sin embargo, aquellas cartas debían de haber llegado a Europa. ¿Era posible que se hubieran perdido todas?

-Bueno -dijo finalmente-. ¿Quiere usted ver al niño?

-Sí -dijo Werner.

Los dos hombres abrieron las portezuelas del automóvil y se apearon. Atravesaron el patio posterior y ascendieron las escaleras del porche. ¿Le han enseñado ustedes a hablar?, estuvo a punto de decir Werner, pero no logró hacer la pregunta. El concepto de un niño como Paal, expuesto a las fuerzas ciegas y oscurecedoras del habla usual, era algo que se le antojaba insoportable.

-Voy a buscar a mi esposa -dijo Wheeler-. Pase usted a la sala.

Después de que el comisario hubo subido por las escaleras de la parte posterior de la casa, Werner se dirigió lentamente a través del vestíbulo, hasta la habitación del frente de la casa. Una vez allí, se quitó el impermeable y el sombrero y los dejó sobre el respaldo de una silla de madera. Podía oír un murmullo de voces que venían del piso superior, las voces de un hombre y una mujer. La mujer parecía enfadada.

Cuando oyó ruido de pasos, se volvió de la ventana.

La esposa del comisario entró junto con su esposo. Estaba sonriendo amablemente, pero Werner sabía que no se sentía feliz al verlo allí.

-Por favor, siéntese -dijo Cora.

Esperó a que ella se sentara y, después, se instaló en el diván.

-¿Qué desea usted? -preguntó la señora Wheeler.

-¿Le dijo su esposo...?

-Me dijo quién era usted -lo interrumpió-, pero no por qué desea usted ver a Paul.

-¿Paul? -preguntó Werner, sorprendido.

-Hemos... -sus manos se buscaron una a la otra, con nerviosismo-. Le hemos cambiado el nombre y lo llamamos Paul. Parecía ser más apropiado. Para un Wheeler, quiero decir.

-Comprendo -asintió Werner amablemente.

Silencio.

-Bueno -dijo Werner entonces-. Desea usted saber por qué he venido a ver al niño. Voy a explicárselo con tanta brevedad como me sea posible.

-Hace diez años, en Heilderburg, cuatro matrimonios..., los Elkenberg, los Kalder, los Nielsen y mi esposa y yo..., decidimos intentar un experimento en nuestros hijos, algunos de los cuales no habían nacido todavía. Era un experimento de la mente.

"Habíamos aceptado la proposición de que los hombres antiguos, privados del dudoso beneficio del lenguaje, habían sido telépatas."

Cora se envaró en su asiento.

-Además -continuó diciendo Werner, sin darse cuenta de ello-, que la fuente orgánica básica de ello funciona todavía, aunque ya no se utiliza...; una especie de miembro etéreo, un apéndice superior... no utilizado, pero que de ningún modo es inutilizable.

"Así, comenzamos nuestro trabajo buscando hechos fisiológicos, al mismo tiempo que entrenábamos a nuestros hijos. Sosteníamos un intercambio mensual de correspondencia, llegando lentamente a una metodología sistemática del adiestramiento. Casualmente, habíamos planeado establecer una colonia con los niños, una vez crecidos; una colonia en la que esas habilidades serían consolidadas gradualmente hasta que se convirtieran en una segunda naturaleza de los individuos. *Paal es uno de esos niños.*"

Wheeler parecía estar casi atolondrado.

-¿Es cierto eso? -preguntó.

-Absolutamente -respondió Werner.

Cora permanecía sentada inmóvil en su silla, observando al alto alemán. Estaba pensando en el modo en que Paal parecía comprenderla sin necesidad de oír sus palabras. Pensando en su miedo hacia la escuela y a la señorita Frank. Pensando en la cantidad de veces en que se había despertado y había ido a su lado; aun a pesar de que el niño no había hecho el menor ruido.

-¿Qué? -dijo, levantando la mirada cuando habló Werner.

-Pregunto que si puedo ver ahora al niño.

-Está en la escuela -dijo Cora-. Regresará dentro de...

Guardó silencio al ver que el rostro de Werner expresaba casi el aborrecimiento al escuchar la palabra.

-¿En la *escuela*? -preguntó.

-Paal Nielsen, en pie.

El niño se hizo a un lado de su asiento y se colocó en pie a un lado de su pupitre. La señorita Frank le hizo un gesto y, más como un anciano que como un niño, Paal se dirigió a la plataforma y se detuvo al lado de la maestra, como lo hacía siempre.

-Enderézate -ordenó la señorita Frank-. Echa los hombros hacia atrás. Los hombros se movieron y la espalda se enderezó.

-¿Cómo te llamas? -preguntó la señorita Frank.

El niño apretó los labios ligeramente. Al tragar la saliva hizo un ruido leve y seco.

-¿Cómo te llamas?

Silencio en la clase, con excepción de los movimientos inquietos de los niños. Corrientes errantes de sus pensamientos caían sobre él como vientos alisios.

-*Tu nombre* -dijo la maestra.

El niño no replicó.

La maestra lo miró y, al hacerlo, recuerdos de su infancia acudieron a su mente. Pensaba en su madre maniática que la mantenía durante varias horas seguidas en la habitación del frente de la casa, a oscuras, sentada ante una gran mesa redonda, con las manos sobre la madera... para que tratara de comunicarse con su padre muerto.

Los recuerdos de aquellos años terribles no se habían alejado todavía de ella ..., siempre la acompañaban. Su sensibilidad menor había sido forzada y retorcida, hasta que llegó a odiar todo lo que pudiera tener una relación con la percepción. La percepción era un mal, lleno de sufrimientos y de angustias.

Era preciso liberar al niño de aquello.

-Clase -dijo-. Quiero que todos ustedes piensen en el nombre de Paal (ese era su nombre, sin que importara cómo la señora Wheeler quisiera llamarlo). Solamente piensen en el nombre, sin decirlo. Piensen: Paal, Paal, Paal, cuando cuente tres. ¿Comprenden?

La miraron, y algunos de ellos asintieron.

-Sí, señorita Frank.

-Muy bien -dijo-. Uno..., dos..., tres.

Penetró en la mente del niño como un huracán, destrozando y rompiendo su capacidad de sensibilidad no expresada con palabras. Tembló sobre la plataforma, y se le abrió la boca.

La fuerza del pensamiento se hizo más poderosa, toda la energía de los jóvenes era dirigida en una sola fuerza irresistible. Paal, *Paal*, ¡PAAL! Era como un grito dentro del tejido de su cerebro.

Cuando la fuerza era mayor, pensó que su cabeza iba a explotar. Todo terminó cuando la voz de la señorita Frank sonó en sus oídos:

-*¡Dilo! ¡Paal!*

-Aquí viene -dijo Cora-. Antes de que entre, deseo excusarme por mi rudeza.

Se apartó de la ventana.

-No tiene por qué hacerlo -dijo Werner distraídamente-. Lo comprendo perfectamente. Por supuesto, ha debido usted pensar que he venido para llevarme al niño conmigo. Sin embargo, como lo he dicho, no tengo poderes legales sobre él, puesto que no soy su familiar. Simplemente deseo ver al hijo de mis dos queridos colegas, de cuya muerte acabo de enterarme hace apenas un momento.

Vio que la boca de la mujer se movía, y sorprendió el pánico de culpabilidad que había en su cerebro. Destruyó las cartas que había escrito su esposo.

Werner lo supo instantáneamente, pero no dijo nada. Comprendió que el marido también lo sabía; ya tendría la mujer bastantes problemas tal y como estaban las cosas.

Oyeron los pasos de Paal en la parte baja del porche del frente.

-Voy a sacarlo de la escuela -dijo Cora.

-Quizá no sea necesario -dijo Werner, mirando a la puerta.

A pesar de todo, sintió que su corazón latía con fuerza y que los dedos de su mano izquierda se retorcián sobre su regazo. Sin una sola palabra, envió el mensaje. Era un saludo sobre el que se habían puesto de acuerdo los cuatro matrimonios, una especie de lema.

"La telepatía", pensó, "es la comunicación de impresiones de cualquier tipo entre dos mentes, independientemente de los canales reconocidos de los sentidos."

Werner lo envió dos veces, antes de que la puerta principal se abriera.

Paal permaneció inmóvil ante la puerta.

Werner vio que había comprendido, pero en la mente del niño solamente había una inseguridad confusa. La visión del rostro de Werner cruzó por ella. En su mente, todas las personas habían existido... los Werner, los Elkenberg, los Kalder y todos sus hijos. Pero ahora estaba cerrado y era difícil capturarlo. El rostro desapareció.

-Paul, es el señor Werner -dijo Cora.

Werner no dijo ni una palabra. Volvió a enviar el mensaje con tal fuerza que no era posible que Paal lo perdiera. Vio una expresión de incomprensión en el rostro del niño, como si sospechara que algo estaba ocurriendo y sin poder imaginar lo que era.

El rostro del niño expresó una confusión todavía mayor. Los ojos de Cora fueron, con expresión de angustia, de Paal a Werner y nuevamente al niño. ¿Por qué no hablaba el alemán? Comenzó a decir algo, y recordó lo que Werner les habla dicho.

-Diga, ¿qué... -comenzó a decir Wheeler, hasta que Cora hizo un gesto con la mano y le hizo guardar silencio.

"¡Piensa, Paal!", pensó Werner desesperadamente. "¿Dónde está tu mente?"

De pronto un sollozo incontenible ascendió por el pecho y la garganta del niño, y Werner se estremeció.

-Me llamo Paal -dijo el niño.

La voz hizo que a Werner se le pusiera la carne de gallina. Era interminable, como la voz de una muñeca, frágil, vacilante y débil.

-Me llamo Paal.

No podía dejar de decirlo. Era como si se estuviera castigando a sí mismo, sabiendo lo que había ocurrido y tratando de sufrir tanto como fuera posible a causa de ese conocimiento.

-Me llamo Paal. Me llamo Paal.

Era un balbucear interminable y terrible; era el grito de un niño terriblemente asustado que buscaba un poder que le había sido arrancado.

-Me llamo Paal.

Incluso cuando Cora lo abrazó con fuerza, continuó diciéndolo.

-Me llamo Paal.

Con enojo, interminablemente, de una forma que inspiraba lástima.

-Me llamo Paal. *Me llamo Paal.*

Werner cerró los ojos.
Perdido.

Wheeler le ofreció llevarlo otra vez a la estación de autobuses, pero Werner le dijo que prefería caminar un poco. Se despidió del comisario y le pidió que le presentara sus excusas a la señora Wheeler, que se había llevado al niño al piso superior, mientras Paal no dejaba de sollozar.

Entonces, en medio de los comienzos de una lluvia menuda, Werner echó a andar para alejarse de la casa y de Paal.

No era algo fácil de juzgar, estaba pensando. No había nada justo o injusto en ello. Definitivamente, no era un caso en el que el mal se enfrentara al bien. La señora Wheeler, el comisario, la maestra del niño, los habitantes de German Corners..., probablemente todos habían tenido buena voluntad. De manera comprensible, se habían sentido ultrajados ante la idea de un niño de siete años al que sus padres no le habían enseñado a hablar. Sus actos eran, a causa de ello, justificables y hasta buenos.

Era sencillamente que, como sucede frecuentemente, el mal puede surgir del bien mal dirigido.

No, era mejor dejarlo todo como estaba. El llevar a Paal de nuevo a Europa, junto a los otros, hubiera sido una equivocación. Podía hacerlo, si lo deseaba; todos los matrimonios habían intercambiado papeles que les daban derecho a encargarse de los niños, en el caso de que algo les sucediera a los padres. Pero eso solamente serviría para crear una mayor confusión en Paal. Había sido un niño sensible a causa del entrenamiento recibido, no de nacimiento. Aunque, por el principio sobre el que trabajaban todos ellos, todos los niños nacían con la capacidad atávica de la telepatía; era algo muy difícil de perder y demasiado difícil de reconquistar.

Werner meneó la cabeza. Era una pena. El niño estaba sin sus padres, sin su talento e incluso sin su nombre.

Lo había perdido todo.

Bueno, quizá no todo.

Conforme iba caminando, Werner envió su mente hacia la casa de los Wheeler y los vio a todos juntos cerca de la ventana de Paal, contemplando la puesta del sol, que enviaba sus ardientes rayos sobre German Corners. Paal estaba aferrado a la esposa del comisario, con la mejilla apoyada contra su costado. El terror final de perder su conciencia no se había extinguido todavía, pero había otra cosa que lo contrarrestaba. Algo que Cora Wheeler sentía, aun cuando no llegaba a comprender plenamente.

Los padres de Paal no lo habían amado realmente, Werner lo sabía. Atrapados en la fascinación de su trabajo, no habían tenido tiempo de amarlo como niño. Amables y afectuosos lo habían sido siempre con él; sin embargo, habían mirado a Paal como un experimento en carne y hueso.

Era por eso que el amor de Cora Wheeler era para Paal algo tan extraño como los aplastantes horrores de la palabra hablada. No continuaría así. Puesto que, en ese momento, cuando el resto de su don había sido perdido, dejando su mente desnuda, ella había estado allí con su amor para calmar el dolor con su dulzura. Y siempre estaría a su lado.

-¿Encontró usted a la persona que estaba buscando?

Le preguntó la mujer de cabello gris que estaba tras el mostrador de la cantina de la estación, al tiempo que le servía café.

-Sí, muchas gracias -respondió.

-¿Dónde estaba? -preguntó la mujer.

Werner sonrió.

-En su casa -dijo.

DE LUGARES SOMBRÍOS

EL DOCTOR Jennings viró para acercarse a la acera, los neumáticos de su *Jaguar* aplastaron un montoncillo de barro. Frenando con fuerza, tomó la llave del encendido con la mano izquierda al tiempo que buscaba con la derecha su maletín, que se encontraba a su lado, sobre el asiento. Un momento después estaba en la calle, esperando a que el tránsito se detuviera un momento.

Su mirada se elevaba hacia las ventanas del apartamento de Peter Lang. ¿Estaría bien Patricia? Su voz había sonado de manera muy extraña en el teléfono, trémula, como si tuviera pánico. Jennings bajó la mirada y frunció el ceño a causa de los automóviles que no dejaban de circular. Entonces, cuando hubo un alto en la procesión, se lanzó hacia adelante.

La puerta de cristales se cerró automáticamente a sus espaldas, al entrar al vestíbulo. "¡Padre, apresúrate, por favor! ¡No sé qué hacer con él!" La voz asustada de Patricia resonaba en su mente. Se metió al ascensor y oprimió el botón que correspondía al décimo piso. "¡No puedo decírtelo por teléfono! ¡Es preciso que vengas!"

Jennings miraba al frente, sin ver y sin darse cuenta de que las puertas de la cabina del ascensor se habían cerrado con un ruido ligero.

Los tres meses que hacía que Patricia se había comprometido con Lang habían estado llenos de problemas. Sin embargo, aun a pesar de ello, no consideraba justificado el aconsejarla que se separara de él. Era difícil clasificar a Lang entre los ricos ociosos. Era cierto que no había tenido que enfrentarse en los veintisiete años de su vida a un empleo fijo. Sin embargo, no era indolente ni inútil. Era uno de los cazadores más famosos del mundo y se manejaba él y manejaba el mundo que había escogido con una autoridad llena de gracia. Era muy dado al buen humor, y tenía cierto sentido de la justicia a pesar de su fama de fanfarrón. Sobre todo, parecía estar muy enamorado de Patricia.

Sin embargo, todos aquellos problemas...

Jennings se volvió, guiñando un poco los ojos. Las puertas del ascensor estaban abiertas. Comprendiendo que se encontraba en el décimo piso, salió al pasillo haciendo que los talones de sus zapatos resonaran con fuerza sobre las baldosas bien limpias. Sin reflexionar, se puso el maletín bajo el brazo y comenzó a quitarse los guantes. Antes de llegar al apartamento, tenía ya los guantes en el bolsillo y el abrigo desabrochado.

Una nota escrita a lápiz estaba clavada sobre la puerta. *Entra*. Jennings tembló a la vista de los garabatos de Patricia. Se dominó, hizo girar la perilla de la puerta y se precipitó al interior.

Se quedó paralizado por la sorpresa. El salón era un caos; las sillas y las mesas estaban volteadas, las lámparas rotas, un montón de libros desparramados por el suelo y, esparcidos por todas partes, ceniceros, cerillas, colillas de cigarrillos. Docenas de charcos de licor podían verse sobre la blanca alfombra. En el bar, una botella derramaba whisky por el borde del mostrador, mientras que de las gigantescas bocinas salía un ruido extraño que llenaba la habitación. Jennings se quedó contemplándolo todo con la boca abierta. *Peter debía de haberse vuelto loco.*

Arrojó su maletín sobre la mesa del vestíbulo, se quitó el sombrero y el abrigo, y volvió a tomar el maletín y se apresuró a bajar los escalones que conducían al salón. Al pasar cerca del tocadiscos de alta fidelidad, lo apagó.

-¿Papá?

-Sí.

Jennings oyó con alivio los sollozos de su hija y se apresuró a ir al dormitorio.

Estaban en el suelo, debajo de la ventana. Pat estaba de rodillas, abrazada a Peter, quien había formado con su cuerpo una especie de bola; se cubría el rostro con las manos. Cuando Jennings se arrodilló junto a ellos, Patricia lo miró con una expresión de terror.

-Trató de saltar por la ventana -dijo-. Trató de suicidarse.

Su voz era inquieta, ronca.

-Muy bien.

Jennings apartó los brazos de su hija y trató de levantar la cabeza del joven. Peter jadeó, se apartó de su lado y volvió a arquear el torso y hacerse una bola. Jennings observó su postura forzada. Casi con horror vio el movimiento de los músculos de la espalda y de los hombros de Peter. Parecía que había serpientes vivas debajo de su piel tostada por el sol.

-¿Cuánto tiempo hace que está así? -preguntó.

-No lo sé -su rostro era una máscara de angustia-. No lo sé.

-Vete al salón y sítete un trago -ordenó su padre-. Yo me encargaré de él.

-Trató de saltar por la ventana.

-Patricia.

La joven comenzó a llorar, y Jennings se volvió, dándole la espalda. Las lágrimas eran precisamente lo que necesitaba su hija. Una vez más trató de deshacer el nudo inflexible del cuerpo de Lang. Una vez más el joven gruñó y se apartó de él.

-Trate de calmarse -dijo Jennings-. Voy a acostarlo.

-¡No! exclamó Peter, y su voz era como un susurro causado por el dolor.

-No puedo ayudarlo, muchacho, a menos que...

Jennings guardó silencio y su rostro expresó claramente su confusión. En un instante, el cuerpo de Lang perdió su rigidez. Estiró las piernas y sus manos dejaron su posición tensa, aunque seguía cubriendo su rostro. Una respiración ruidosa dejó sin aire sus pulmones.

Peter levantó la cabeza.

La vista de aquel rostro hizo que Jennings se sobresaltara. Si era posible describir un rostro torturado, el de Lang respondería perfectamente a la descripción. Con la barba negra, pálido y con los ojos fijos, era el rostro de un hombre que estaba sufriendo un tormento inexplicable.

-¿Qué le sucede? -preguntó Jennings, asombrado.

El joven sonrió, y ese toque final y horrible hizo que el doctor se estremeciera.

-¿No se lo ha dicho Patty? preguntó Peter.

-Explíquese.

Peter bufó, aparentemente divertido.

-Estoy maldito -dijo-. Algún condenado...

-Querido, no lo digas -rogó Pat.

-¿De qué está usted hablando? -inquirió Jennings.

-¿Quieres darme un trago, cariño? -pidió Lang.

Patricia se puso en pie, vacilante, y se dirigió hacia el salón. Jennings ayudó a Laug a acostarse.

-¿Qué significa todo esto? -preguntó.

Peter se dejó caer pesadamente sobre las almohadas.

-Ya se lo he dicho -respondió-. Estoy hechizado, maldito por un brujo -rió débilmente-. El bastardo me está matando. Hace ya tres meses..., casi desde que Pat y yo nos conocimos.

-¿Está usted... -comenzó a decir Jennings.

-La codeína no me hace efecto -dijo Lang-. Ni siquiera la morfina. Tomé un poco, y nada -aspiró profundamente el aire-. No tengo fiebre ni escalofríos. No tengo síntomas para los médicos. Es sólo que... alguien me está matando.

Miró al doctor con los ojos entrecerrados.

-¿Le parece divertido?

-¿Está usted hablando en serio?

Peter rió.

-¿Quién diablos puede saberlo? -dijo-. Quizá sea delirium tremens. Dios sabe que ya he bebido bastante como para que... -su cabello negro se extendió sobre la almohada, cuando miró hacia la ventana-. ¡Diablos, ya es de noche! -volviéndose rápidamente, preguntó-: ¿Qué hora es?

-Más de las diez -respondió Jennings-. ¿Qué...?

-Es jueves, ¿verdad? -preguntó Lang.

Jennings se le quedó mirando.

-No, ya veo que no -Peter comenzó a toser secamente-. ¡Un trago! -pidió.

Cuando su mirada se dirigió hacia el umbral de la puerta, Jennings miró sobre su hombro. Patricia había regresado.

-Todo el licor ha sido tirado -dijo con voz de niña asustada.

-Muy bien, no te preocupes -murmuró su novio-. No lo necesito. De todos modos, pronto estaré muerto.

-¡No digas eso!

-Cariño, me vería contento si me muriera ahora mismo -dijo Peter, con la mirada fija hacia arriba, mientras su amplio pecho se elevaba irregularmente a causa de la mala respiración-. Lo siento, cariño, no quería decirlo. ¡Ay! ¡Otra vez lo mismo!

Habló en tono tan humilde que el nuevo ataque los tomó por sorpresa.

Bruscamente, comenzó a agitarse en la cama mientras sus piernas musculosas golpeaban como pistones; sus manos descendieron para cubrir la angustia terrible que se reflejaba en su rostro. Un sonido, como el lamento de un violín, se formó en su garganta, y Jennings vio que la saliva le corría de las comisuras de la boca. Girando bruscamente sobre sus talones, el doctor atravesó la habitación en busca de su maletín.

Antes de que llegara hasta él, el cuerpo de Peter, que se sacudía espasmódicamente, cayó de la cama. El joven se puso en pie, gritando. En su rostro, con la boca abierta, se reflejaba el frenesí de un animal. Patricia trató de sujetarlo, pero, con un gruñido, la apartó brutalmente a un lado y se dirigió hacia la ventana.

Jennings le salió al encuentro con la aguja hipodérmica en la mano. Durante unos momentos estuvieron forcejeando angustiosamente, y el rostro distendido de Peter, con los dicutes al descubierto, se encontraba a solamente unos centímetros del doctor, mientras sus manos, en las que resaltaban las venas muy marcadas, se dirigían hacia la garganta de Jennings. Gritó roncamente

cuando la aguja perforó su piel y, saltando hacia atrás, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Trató de levantarse, mirando con ojos de loco hacia la ventana. Luego la droga pasó a su sangre y se quedó sentado con la misma flacidez que una muñeca de trapo. La soñolencia hizo que sus ojos se pusieran vidriosos.

-Los bastardos me están matando -dijo.

Lo acostaron en la cama y cubrieron su cuerpo desnudo.

-Me está matando -dijo-. Un bastardo negro.

-¿Cree eso verdaderamente? -preguntó Jennings.

-Papá, míralo -replicó Patricia.

-¿Tú también lo crees?

-No lo sé -dijo ella, sacudiendo la cabeza, con impotencia-. Lo único que sé es que lo he visto cambiar, pasando de lo que era a *esto*. No está enfermo, papá. No tiene nada malo -se estremeció-. Sin embargo, se está muriendo.

-¿Por qué no me llamaste antes?

-No podía -dijo Pat-. Tenía miedo de dejarlo solo, aun cuando solamente fuera durante un segundo.

Jennings retiró los dedos del pulso vacilante del joven.

-¿Ha sido examinado ya?

Su hija asintió cansadamente.

-Sí -respondió-. Cuando comenzó a empeorar, fue a ver a un especialista. Pensó que era posible que su cerebro... -meneó la cabeza-. No tiene nada malo.

-Pero, ¿por qué dice que está... -Jennings no pudo encontrar la palabra apropiada.

-No lo sé -ijo ella-. A veces parece creerlo. Otras veces sólo bromea al respecto.

-Pero, ¿por qué causa...?

-Fue debido a algún incidente sucedido en su último safari -dijo Patricia-; no sé realmente qué fue lo que sucedió. Algún nativo zulú lo amenazó; le dijo que era un brujo y que lo iba a... -su voz cedió el paso a un amargo sollozo-. ¡Oh, Dios mío! ¿Cómo es posible que sea cierta una cosa semejante? ¿Cómo puede suceder?

-Creo que lo importante es saber si Peter cree realmente que es eso lo que le está sucediendo -dijo Jennings.

Se volvió hacia Lang.

-Y por su apariencia...

-Papá, me he estado preguntando si quizá... -Patricia tragó saliva-, si quizá la doctora Howe podría ayudarlo.

Jennings la miró un momento y dijo:

-Tú lo crees, ¿verdad?

-Papá, trata de comprender -su voz temblorosa expresaba el pánico-. Tú has visto a Peter sólo de vez en cuando. Yo he observado que esto le sucede casi día tras día. ¡Algo lo está destruyendo! No sé qué puede ser, pero lo intentaré todo para impedirlo. Todo.

-Muy bien -le colocó una mano en la espalda, para infundirle confianza-. Ve a telefonearle mientras yo lo examino.

Cuando su hija se fue a la sala, puesto que el teléfono conectado a la habitación había sido arrancado de la pared, Jennings apartó las sábanas hacia el pie de la cama y observó el cuerpo bronceado de Lang. Estaba temblando, con vibraciones muy pequeñas..., como si, dentro de los efectos

químicos de la droga, cada uno de los nervios estuviera vibrando y temblando individualmente.

Jennings apretó los dientes con desesperación. En cierto modo, percibía que en algún lugar al que todavía no había llegado la ciencia se encontraba la solución y que ningún examen médico podría encontrar la causa. Sin embargo, sentía cierto desagrado por lo que Patricia estaba a punto de desencadenar. Iba contra los valores convenidos. Ofendía su mentalidad científica.

Además, lo asustaba.

El efecto de la droga había pasado ya casi completamente. En circunstancias ordinarias, hubiera hecho que Lang permaneciera inconsciente durante seis u ocho horas. Pero entonces, en cuarenta escasos minutos, estaba con ellos en el salón, tendido en el diván, enfundado en su bata de baño y diciendo:

-Patty, es ridículo. ¿Qué bien puede hacerme otro doctor?

-¡De acuerdo, es ridículo! -concedió ella-. Pero, ¿qué quieres que hagamos? ¿Que nos quedemos a esperar, limitándonos a observarte cómo... - no pudo terminar.

-¡Shhhh! -Lang se alisó el cabello con manos temblorosas-. Patty, Patty. Anímate, cariño. Es posible que pueda vencerlo.

-Vas a vencerlo -Patricia le besó la mano-. Por nosotros dos, Peter. Yo no podría continuar adelante sin ti.

-No hables así -Lang se retorció sobre el diván-. ¡Oh, por Cristo! Comienza de nuevo -se forzó a sonreír-. No, estoy muy bien -le dijo a su novia-. Sólo... un poco apaleado.

Su sonrisa se transformó en un gesto repentino de dolor.

-Entonces, el tal doctor Howell va a resolver mi problema, ¿no es así? Y, ¿cómo?

Jennings vio que Patricia se mordía los labios.

-Es una doctora, cariño -le dijo.

-¡Magnífico! -respondió Lang.

Se retorció convulsivamente.

-Eso es lo que necesitamos. ¿Qué es, quiropráctica?

-Es antropóloga.

-Mejor aún. ¿Qué es lo que va a hacerme? ¿Explicarme los orígenes de la superstición?

Peter hablaba rápidamente, como si tratara de ganarle ventaja al dolor con sus palabras.

-Estuvo en África -le comunicó Pat- y...

-Yo también -dijo Peter-. Es un lugar muy amplio para visitar. Solamente que no se debe jugar con los hechiceros.

Su carcajada se transformó rápidamente en un gemido de dolor.

-¡Oh, Dios santo! ¡Maldito bastardo negro, si te tuviera ahora aquí!

Sus manos se extendieron como para destrozar a algún asaltante invisible.

-Les ruego que me excusen.

Se volvieron sorprendidos. Una joven negra los estaba observando desde la puerta de entrada.

-Había una tarjeta sobre la puerta -dijo.

-Por supuesto; lo habíamos olvidado -Jennings se había puesto en pie.

Oyó que Patricia le susurraba a Lang:

-Por favor, cariño, no te salgas por la tangente.

Peter la miró con agudeza, con expresión todavía más confundida.

-¿Por la tangente? -dijo.

Jennings y su hija atravesaron la habitación.

-Gracias por venir -le dijo Patricia, oprimiendo su mejilla contra la de la doctora Howell.

-Me alegro de verte, Pat -dijo la doctora.

Le sonrió al doctor Jennings por encima del hombro de Patricia.

-¿Ha tenido usted dificultades para llegar aquí? -le preguntó Jennings.

-No, no, el metro nunca falla.

Lurice Howell se desabrochó el abrigo y se volvió al ver que Jennings alargaba los brazos para ayudarla.

Pat miró al saco de noche que Lurice había dejado en el suelo y le echó una ojeada a Lang.

Lang no apartaba su mirada de Lurice Howell, mientras ella se aproximaba a él, entre Pat y Jennings.

-Peter, te presento a la doctora Howell -le dijo Pat-. Estudiamos juntas en Columbia. Enseña antropología en el City College.

Lurice sonrió.

-Buenas tardes -dijo.

-No tan buenas -dijo Lang.

Con el rabllo del ojo, Jennings vio cómo su hija se envaraba.

La expresión del rostro de la doctora Howell no se alteró en absoluto.

-¿Y quién es el maldito bastardo negro que quería usted que estuviera aquí? -preguntó.

El rostro de Peter quedó momentáneamente confuso. Luego, con los dientes apretados a causa del dolor, respondió:

-¿Qué se supone que significa eso?

-Es una pregunta.

-Si está usted pensando en darme una conferencia acerca de las relaciones de las razas, olvídalo -murmuró Lang-. No estoy de humor para eso.

-¡Peter!

Miró a Pat, con ojos empañados a causa del dolor.

-¿Qué desea usted? -preguntó-. Ya está convencida de que tengo prejuicios, así es que...

Echó la cabeza hacia atrás, sobre el respaldo del sofá, y cerró los ojos con fuerza.

-¡Dios santo! Denme una cuchillada -gruñó-.

La sonrisa amable había desaparecido de los labios de la doctora Howell. Miró gravemente a Jennings, al hablar el doctor.

-Lo he examinado -le dijo Jennings-. No hay ninguna señal de daños físicos ni mentales.

-¿Cómo sería posible? -respondió la doctora, tranquilamente-. No es una enfermedad. Es juju.

Jennings la miro.

-Usted...

-Eso es -dijo Peter roncamente-. Ya lo sabemos.

Estaba sentado nuevamente, apretando los cojines con las manos de tal modo que tenía los dedos blancos.

-Esa es la respuesta, *el juju*.

-¿Lo duda usted? -le preguntó Lurice.

-Así es.

-¿Del mismo modo que duda de sus prejuicios?

-¡Oh, Dios! -Lang se llenó de aire los pulmones, con un ruido gutural y desagradable-. Estaba sufriendo y deseaba encontrar algo en qué descargar la ira, de modo que cogí a aquel piojoso salvaje para... -cayó hacia atrás pesadamente-. ¡Que se vaya al diablo! ¡Piense lo que quiera! -repentinamente, miró a Jennings-. ¿Otra inyección? -rogó.

-Peter, su corazón no puede.

-¡Que se vaya al diablo mi corazón! -la cabeza de Peter estaba sacudiéndose hacia atrás y hacia adelante-. ¡Media dosis entonces! ¡No puede usted negárselo a un hombre que se está muriendo!

Pat se puso el borde de uno de sus puños temblorosos contra la boca, tratando de no llorar.

-¡Por favor! -exclamó Lang.

Después de que la inyección le hizo efecto, Lang se acostó de espaldas, con el rostro y el cuello empapados por el sudor.

-Gracias -balbuceó.

Sus labios pálidos se torcieron para formar una sonrisa cuando Pat se arrodilló a su lado para secarlo con una toalla.

-Te saludo, amor -murmuró.

No podía hablar.

Los ojos soñolientos de Peter se volvieron a mirar a la doctora Howell.

-Muy bien. Lo siento. Excúseme -le dijo brevemente-. Le agradezco que haya venido, pero no creo en eso.

-Entonces, ¿por qué está usted soportando sus efectos? -le preguntó Lurice.

-¡Ni siquiera sé qué es lo que me está pasando! -bramó Peter.

-Creo que lo sabe usted muy bien -le dijo la doctora Howell, con cierto apremio en la voz-. Y yo también lo sé, señor Lang. El juju es la hechicería más temible del mundo. Varios siglos de creencia de masas puede ser suficiente para infundirle un poder terrible. Tiene ese poder, señor Lang. Usted sabe perfectamente que lo tiene.

-¿Y cómo lo sabe usted, doctora Lurice? -le preguntó.

-Cuando tenía veintidós años -respondió ella-, pasé un año en una aldea zulú haciendo un trabajo para obtener mi diploma práctico. Mientras estaba allí, la *ngombo* simpatizó conmigo y me mostró casi todo lo que sabía.

-¿La *ngombo*? -preguntó Patricia.

-La hechicera -dijo Peter, disgustado.

-Creía que los hechiceros eran hombres -dijo Jennings.

-No, la mayor parte son mujeres -explicó Lurice-. Mujeres inteligentes y observadoras que trabajan muy duramente en su profesión.

-*Hipócritas* -dijo Lang.

Lurice le sonrió.

-Sí -le dijo-. Son hipócritas, parásitas, ladronas, asustan a los tontos, etcétera. Sin embargo... -su sonrisa se hizo más dura- ...¿Qué cree usted que le está haciendo sentirse como si un millar de arañas se estuvieran paseando sobre su cuerpo?

Por primera vez, desde que había entrado al apartamento, Jennings vio una expresión de terror en el rostro de Peter.

-¿Sabe usted eso? -preguntó el joven.

-Sé todo lo que esta usted sufriendo -le dijo la doctora Howell-. Yo misma he tenido que soportarlo.

-¿Cuándo? -inquirió Lang.

Su voz va no era desdeñosa.

-Durante aquel año -dijo Lurice-. Un hechicero de un poblado cercano me echo una maldición de muerte. Kuringa me salvó de ella.

-Explíqueme -dijo Peter, mirándola fijamente.

Jennings notó que la respiración del joven estaba haciéndose más rápida. Se asombró al advertir que la segunda inyección estaba comenzando a perder sus efectos.

-¿Qué quiere que le explique? -dijo la doctora Howell-. ¿Todo lo referente a los dedos de largas uñas que parece que le están arrancando las entrañas? ¿Sobre la impresión de que es preciso que forme usted una bola con su cuerpo para tratar de aplastar a la serpiente que parece usted tener en el vientre?

Peter la miraba con ojos desorbitados.

-¿De la sensación de que su sangre se le está convirtiendo en ácido? -continuó Lurice-. ¿De que si se mueve se destrozará debido a que todos sus buecos han sido vaciados?

Los labios de Peter comenzaron a temblar.

-¿El sentimiento de que su cerebro está siendo devorado por una banda de ratas famélicas? ¿Que sus ojos están a punto de derretirse y correrle por las mejillas como si se tratan de jalea? ¿Qué...?

-¡Ya basta! -el cuerpo de Lang estaba temblando espasmódicamente.

-Solamente le he dicho todo eso para convencerlo de que sé de lo que estoy hablando -dijo Lurice-. Recuerdo mis propios dolores como si los hubiera tenido que soportar esta mañana en lugar de hace siete años. Puedo ayudarlo, si me deja usted hacerlo, señor Lang. Deje a un lado su escepticismo. Usted cree en eso, de lo contrario no podría dañarlo, ¿comprende eso?

-Querido, por favor -le rogó Patricia.

Peter la miró. Luego su mirada volvió a posarse en la doctora Howell.

-No debemos esperar mucho -le advirtió la joven negra.

-¡Muy bien! -cerró los ojos-. Muy bien; entonces, ensaye usted. Estoy absolutamente seguro de que no podré encontrarme peor que ahora.

-¡Rápido! -rogó Pat.

-Sí.

Lurice Howell se volvió y atravesó la habitación para ir a recoger su saco de noche.

Fue al levantarlo del suelo cuando Jennings vio la expresión que transformaba su rostro..., como si se le hubiera ocurrido que había surgido alguna complicación formidable. Los miró a todos.

-Pat -dijo.

-Sí.

-Ven aquí un momento.

Patricia avanzó apresuradamente y se detuvo a su lado. Jennings las observó un instante, antes de dirigir su mirada hacia Lang. El joven comenzaba a retorcerse nuevamente. El ataque, pensó Jennings. El juju es la hechicería más terrible del mundo...

-¿Qué?

Jennings miró a las mujeres. Pat estaba mirando asombrada a la doctora Howell.

-Lo siento -le dijo Lurice-. Debí decírtelo desde el principio, pero no tuve la oportunidad de hacerlo.

Pat dudaba.

-¿Es preciso que sea de ese modo? -preguntó.

-Sí. Es absolutamente preciso.

Patricia miró a Peter con una expresión de aprensión en la mirada. Bruscamente asintió.

-Muy bien -dijo-; pero, *apresúrate*.

Sin pronunciar otra palabra, Lurice Howell se dirigió hacia la habitación. Jennings miraba atentamente a su hija, que observaba la puerta tras la cual se había encerrado la joven negra. No podía comprender el significado de su mirada, puesto que, entonces, el temor que reflejaba la mirada de Patricia era diferente.

La puerta del dormitorio se abrió, y la doctora Howell salió por ella. Jennings, volviéndose desde el diván, contuvo el aliento. Lurice estaba desnuda hasta la cintura, y llevaba como toda indumentaria una falda hecha con diversos pañuelos anudados. Sus piernas y pies estaban desnudos. Jennings la miró con la boca abierta. La blusa y la falda que llevaba puestas antes no revelaban nada de la voluptuosidad de sus senos y de la sinuosa abundancia de sus caderas. Dándose cuenta repentinamente del modo en que la estaba observando, Jennings se volvió a mirar a Pat. Su expresión, al mirar a la doctora Howell, era entonces inequívoca.

Jennings miró a continuación a Peter. Debido a su máscara de dolor, el rostro del joven era más difícil de leer.

-Les ruego que comprendan. No lo he hecho nunca antes -dijo Lurice, molesta por su silencio.

-Lo comprendemos -dijo Jennings, incapaz de apartar sus ojos de ella.

En cada una de sus mejillas llevaba pintado un punto rojo, y sobre su cabello retorcido y sostenido en dos trenzas, llevaba un sombrero hecho de plumas, cada una de las cuales era de color castaño y llevaba en la parte superior un ojo blanco. Sus senos salían de entre diversos collares hechos con dientes de animales, trenzas de hilos de brillantes colores, perlas y tiras de pieles de serpiente. Sobre su brazo izquierdo, a la altura del bíceps, llevaba sujeto con tiras de piel de gato de Angora, un escudo de piel de buey con manchas.

El contraste entre su saco y su nuevo vestuario era bastante grande. El efecto de su aparición en el apartamento de Manhattan creó un sentimiento de horror indefinible en Jennings, cuando se acercó a ellos con una actitud tímida e infantil de desafío..., como si su vergüenza se equilibrara por el conocimiento que tenía de su salud física. Jennings se sorprendió al ver que su estómago estaba tatuado; cientos de pequeñas cicatrices formaban un diseño de círculos concéntricos en torno a su ombligo.

-Kuringa insistió en ello -dijo Lurice, como si el doctor hubiera hecho la pregunta-. Fue su precio por enseñarme sus secretos.

Sonrió débilmente.

-Logré impedir que me limara los dientes en punta.

Jennings comprendió que estaba hablando para ocultar el hecho de que se sentía avergonzada, y sintió nacer en él una gran simpatía hacia ella. La doctora dejó el saco en el suelo y comenzó a sacar su contenido.

-Las cicatrices se hacen por medio de pequeñas incisiones en la carne -explicó- y metiendo en cada incisión un poco de pasta.

Colocó sobre la mesita de la sala un frasco con un líquido grumoso y un puñado de huesecillos bien limpios.

-La pasta tuve que hacerla yo misma. Tuve que cazar un cangrejo de tierra con las manos desnudas y arrancarle una de sus pinzas. Tuve que quitarle la piel a una rana viva y arrancarle la mandíbula a un mono -colocó sobre la mesa un puñado de lo que parecían ser pequeñas lanzas-. Las pinzas, la piel y la mandíbula, junto con otros ingredientes de plantas, los puse en la pasta.

Jennings pareció sorprendido cuando vio que sacaba del saco un disco de larga duración y lo colocaba sobre el plato del tocadiscos.

-Cuando le diga: *Ahora, doctor* -le preguntó-, ¿querrá usted colocar el brazo sobre el disco?

Jennings asintió en silencio, mirándola con lo que parecía ser una mirada casi de fascinación. La doctora parecía saber exactamente lo que estaba haciendo. Pasando por alto la mirada de Lang, que no se apartaba de ella, y la vigilancia inquieta de Patricia, Lurice puso los diversos objetos en el suelo. Cuando abrió las piernas, Pat no pudo contener una exclamación. Bajo la faldita hecha con pañuelos, Lurice no llevaba puesto nada.

-Bueno, es posible que no sobreviva -comentó Peter, cuyo rostro estaba casi totalmente blanco-; pero parece que mi muerte va a ser fascinante.

Lurice lo interrumpió.

-¿Quieren sentarse ustedes tres en círculo? -dijo.

El refinamiento de su voz, surgiendo de quien parecía ser una diosa pagana, sorprendió poderosamente a Jennings, que se dirigía hacia Lang, para ayudarlo.

El ataque tuvo lugar cuando Peter trató de ponerse en pie. En un instante se encontró en medio de él, retorciéndose en el suelo con el cuerpo doblado y con los pies y las manos golpeando furiosamente la alfombra. Bruscamente se levantó, obligando a su cabeza a echarse hacia atrás; los músculos de su espina dorsal se distendieron de manera tan brusca que se le arqueó la espalda, separándose del suelo. Una espuma blanca le salía por las comisuras de los labios y sus ojos parecían habersele congelado en las órbitas.

-¡Lurice! -gritó Pat.

-No podemos hacer nada hasta que pase -dijo la doctora.

Miró a Lang con ojos que reflejaban su lástima. Luego, cuando su bata de baño se le soltó y comenzó a retorcerse en el suelo absolutamente desnudo, se volvió precipitadamente y su rostro se endureció con una expresión que causó la sorpresa de Jennings. Reflejaba miedo. Luego, él y Pat se precipitaron sobre el cuerpo atormentado de Lang, tratando de dominarlo.

-Déjenlo -dijo Lurice-. No pueden ustedes hacer nada.

Patricia la miró asustada y con cierta animosidad. Cuando el cuerpo de Peter quedó finalmente inmóvil, estremeciéndose, le cerró la bata de baño y le hizo un nudo en el cinturón.

-Ahora, formen el círculo. Rápido -dijo Lurice, esforzándose claramente en vencer algún temor interior-. No, tiene que sentarse solo -dijo cuando Patricia se abrazó a su novio, sosteniéndole la espalda.

-Se caerá -dijo Pat, con bastante resentimiento en la voz.

-¡Patricia, si quieres que te ayude...!

Con incertidumbre, pasando la mirada del rostro de Peter contraído por el dolor al de Lurice, que tenía una expresión resuelta, Patricia se apartó de Lang y se instaló en el lugar que le correspondía.

-Las piernas cruzadas, por favor -dijo Lurice-. ¿Señor Lang?

Peter gruñó, con los ojos semicerrados.

-Durante la ceremonia le pediré a usted algo como pago. Cualquier objeto personal sin importancia será suficiente.

Peter asintió.

-Muy bien, adelante -dijo-; ya no puedo soportar mucho más.

Los senos de Lurice se elevaron, temblorosos, cuando aspiró profundamente el aire.

-No hablen ahora -murmuró.

Con nerviosismo, se sentó frente a Peter y comenzó a menear la cabeza.

Con excepción de la respiración estentórea de Lang, la habitación estaba sumida en un profundo silencio. Jennings podía oír a lo lejos, débilmente, el ruido del tránsito. Era casi imposible que pudiera ajustar su mente a lo que estaba a punto de suceder: una tentativa de hechicería pagana en un apartamento moderno de Nueva York.

Jennings trató en vano de apartar de su mente las malas interpretaciones. No creía en aquello. Sin embargo, estaba sentado allí y sus piernas cruzadas comenzaban ya a ser víctimas de los calambres. A su lado estaba sentado Peter Lang, evidentemente próximo a morir, sin un síntoma que pudiera explicar su estado. También estaba allí su hija, aterrorizada, luchando mentalmente contra lo que ella misma había iniciado. Y, la más extraña de todos cuantos estaban en la habitación, estaba sentada; no la doctora Howell, una profesora inteligente de antropología y una mujer culta y civilizada, sino una bruja africana casi desnuda, vestida con unos objetos que le servían para su magia bárbara.

Se produjo un ruido como de algo que raspara. Jennings parpadeó y miró a Lurice. En su mano izquierda tenía el puñado de objetos que parecían ser lanzas en miniatura. Con la derecha estaba levantando un montoncito de huesecillos bien pulidos. Los sacudió en la palma de la mano, como si fueran dados, y los arrojó sobre la alfombra, atendiendo sin pestañear al modo en que caían.

Observó su disposición sobre la alfombra y, luego, volvió a recogerlos. Frente a ella, la respiración de Peter comenzaba a hacerse más difícil. ¿Y si sufría otro ataque?, se preguntó Jennings. ¿Tendría que volver a recomenzar la ceremonia?

Se sobresaltó cuando Lurice rompió el silencio.

-¿Para qué has venido aquí? -preguntó.

Miraba a Peter friamente, traspasándolo casi.

-¿Por qué quiere usted consultarme? ¿Es porque no tiene usted éxito con las mujeres?

-¿Qué?

Peter la miró absolutamente asombrado.

-¿Está alguien enfermo en su casa? ¿Es por eso que vino usted a verme? - preguntó Lurice, con voz imperiosa.

Jennings comprendió bruscamente que era, completamente en aquel momento, una hechicera negra que estaba interrogando a su cliente varón, con un desdén arrogante, debido a su supuesta condición inferior.

-¿Está usted enfermo?

Casi escupió las palabras, echando hacia atrás los hombros de tal modo que sus senos se elevaron. Jennings miró involuntariamente a su hija. Pat estaba sentada como una estatua, con los labios formando una línea exangüe y las mejillas muy pálidas.

-¡Hable, hombre! -ordenó Lurice, que en aquellos momentos era una *ngombo*.

-¡Sí! ¡Estoy enfermo! -el pecho de Peter se elevó al ritmo de su respiración-. Estoy enfermo.

-Entonces, hábleme de ello -dijo la doctora Howell-. Explíqueme como se adueñó de usted la enfermedad.

Peter sufría un dolor tal que cualquier noción de resistencia había desaparecido o estaba absolutamente dentro de la fascinación que ejercía Lurice, con su sola presencia. Probablemente se trataba de una combinación de ambas cosas, pensó Jennings, cuando vio que Lang se disponía a hablar, con voz forzada y con los ojos fijos en la mirada ardiente de Lurice.

-Una noche, el hombre llegó arrastrándose al campamento -dijo-. Trató de robar alimentos. Cuando lo expulsé, se puso furioso y me amenazó. Dijo que iba a matarme.

Jennings se preguntó si Lurice no habría hipnotizado a Lang, puesto que la voz del joven era absolutamente mecánica.

-Y llevaba en un saco, a su lado... -la voz de Lurice parecía salmodiar como la de un hipnotizador-. Llevaba una muñeca -dijo Peter con la garanta contraída, al tiempo que tragaba saliva-. La muñeca me habló.

-El fetiche le habló -dijo Lurice-. ¿Qué fue lo que le dijo el fetiche?

-Dijo que iba a morir. Dijo que cuando la luna estuviera como un arco, moriría.

Bruscamente, Peter se estremeció y cerró los ojos. Lurice volvió a arrojar al suelo sus huesecillos. Bruscamente, tiró las pequeñas lanzas.

-No es Mbwiri ni Hebiezo -dijo-, no es Atando ni Fuofuo ni Sovi. No es Kundi ni Sogblaaovi. No eorir. *ngombo*

entregó. Los ojos de Jennings se dirigieron hacia su hija. Su rostro era de piedra, cuando vio que Peter daba el anillo que ella le había regalado.

-*Ahora* -dijo Lurice.

Jennings se puso en pie y, tambaleándose a causa de que sus piernas estaban adormecidas, se dirigió hacia el gramófono y colocó la aguja sobre el disco. Antes de que volviera a su lugar en el círculo, el disco comenzó a sonar.

En un momento, la habitación se llenó con un ruido de tambores, con el canto de algunas voces y un lento e irregular batir de palmas. Mirando atentamente a Lurice, Jennings tuvo la impresión de que todo se iba desvaneciendo ante su vista, que solamente Lurice era visible en medio de una luz nebulosa.

Había dejado en el suelo el escudo de piel de buey y tenía la botella en la mano. Le quitó el tapón y bebió todo su contenido de un solo trago. Vagamente, en medio de la fascinación a que estaba sujeta su mente, Jennings se preguntó qué era lo que había bebido.

La botella cayó al suelo.

Lurice comenzó a bailar.

Comenzó lánguidamente. Solamente sus brazos y sus hombros se movían al principio, siguiendo con sus movimientos ondulantes el ritmo de los tambores. Jennings la miraba, imaginándose que el corazón había alterado su rumbo, para acoplarse al de los tambores. Miró el ondular de sus hombros y los movimientos serpenteantes que estaba haciendo con las manos y los brazos. Oyó el ruido que hacían sus collares. El tiempo y el lugar habían dejado de importarle. Podría haber estado sentado en la plaza de un poblado de la selva, observando el contoneo soñoliento de la danza.

-Batan palmas -dijo la *ngombo*.

Sin vacilaciones, Jennings comenzó a dar palmadas, al mismo ritmo que los tambores. Miró a Patricia y vio que estaba haciendo lo mismo, con los ojos fijos todavía en Lurice. Sólo Peter permanecía sentado inmóvil, mirando al frente, con los músculos de la mandíbula muy marcados, debido a que estaba apretando con fuerza los dientes. Durante un momento, Jennings se acordó de que era médico y miró con preocupación a su paciente. Luego, volviendo la mirada, se dejó envolver de nuevo por la danza de Lurice.

El ritmo de los tambores comenzó a hacerse más rápido. Lurice comenzó a avanzar hacia el interior del círculo, girando lentamente, mientras sus brazos y sus hombros conservaban su movimiento ondulante. En todos los lugares a que iba, sus ojos permanecían fijos sobre los de Peter, y Jennings comprendió que todos sus gestos iban dirigidos exclusivamente a Lang; gestos de atracción y de reunión, como si tratara de atraerlo a su lado.

Repentinamente, se inclinó hacia adelante, sus senos cayeron pesadamente; luego se levantaron cuando los músculos volvieron a sostenerlos. Se sacudió con un abandono febril, echando sus senos de un lado a otro y haciendo que sonaran sus collares, con el rostro pintarrajeado a unos cuantos centímetros del de Lang. Jennings sintió que se le contraían los músculos del vientre cuando Lurice puso sus dedos en forma de garras sobre las mejillas de Lang; luego, se enderezó y giró, echando descuidadamente los hombros hacia atrás y con los dientes al descubierto, en un gesto de celo salvaje. Un instante después, volvió a girar sobre sus talones para volver a enfrentarse a su cliente.

Por segunda vez volvió a inclinarse hacia adelante, esta vez echándose hacia atrás y hacia adelante frente a Lang, con una agilidad casi felina, con un extraño ronroneo en la garganta. Con el rabillo del ojo, Jennings vio que su hija se inclinaba hacia adelante, y entonces la miró. La expresión de su rostro era terrible.

Repentinamente, los labios de Pat se separaron como en un grito silencioso, y el doctor miró rápidamente a Lurice. Le falló el aliento. Inclínándose, se había tomado los senos con dedos febriles y los estaba lanzando hacia el rostro de Peter. Éste la miraba, mientras su cuerpo temblaba. Canturreando otra vez, Lurice se echó hacia atrás. Bajó las manos y Jennings se sobresaltó al ver que estaba quitándose la falda de pañuelos. Un momento después, la faldita había caído sobre la alfombra y Lurice estaba nuevamente junto a Peter. Fue entonces cuando Jennings supo exactamente lo que había bebido.

-No.

La voz de Patricia, llena de veneno, hizo que el doctor se volviera, mientras su corazón le latía con fuerza. Comenzaba a ponerse en pie.

-¡Pat! -la conminó.

La joven lo miró y, durante un momento, permanecieron mirándose el uno a la otra. Luego, con un violento estremecimiento, volvió a dejarse caer en el suelo y Jennings apartó la mirada de ella.

Lurice estaba de rodillas frente a Peter, inclinándose hacia adelante y hacia atrás y frotándose las caderas con las manos abiertas. No podía hacer que se notara que respiraba. Su boca abierta aspiraba continuamente el aire, con ruidos de succión. Jennings vio que el sudor le descendía por las mejillas y vio que la transpiración brillaba también sobre su espalda y sus hombros. "No" pensó. La palabra llegó automáticamente, era la expresión de algún temor extraño que aparecía en su interior, molestándolo. No. Vio que las manos de Lurice volvían a cerrarse sobre sus senos, mostrándoselos a Peter. No. La palabra estaba provocando cierto terror en su mente. Continuó mirando a Lurice, temiendo lo que iba a pasar, fascinado ante esa posibilidad. En sus oídos resonaban los tambores. Su corazón latía con fuerza.

-¡No!

Las manos de Lurice se habían formado como garras repentinamente y apartaban los bordes de la bata de Peter. El grito de Patricia fue ronco, sobresaltado. Jennings solamente sorprendió la expresión de su rostro distorsionado, antes de que su mirada fuera atraída nuevamente hacia Lurice. Drogado por el ruido frenético de los tambores, el fondo de voces que cantaban, las palmadas explosivas, sintió que su cabeza le fallaba y que la habitación comenzaba a dar vueltas. De una manera similar a la de los sueños, vio las manos de Lurice que comenzaban a frotarse contra la piel de Lang. Vio una expresión de pesadilla en el rostro del joven cuando el tormento se enseñoreaba nuevamente de él..., un tormento que era tanto dolor como deseo sensual. Lurice se acercó todavía más a él. Más cerca. Ahora, su cuerpo vibrante, empapado en sudor, oscilaba a pocos centímetros del de Lang y sus manos lo acariciaban incesantemente.

-Entra en mí -la voz de Lurice era bestial, glotona-. Entra en mí.

-Apártate de él.

La advertencia gutural de Patricia sacó a Jennings de su ensimismamiento. Volviéndose, vio que trataba de agarrar a Lurice, que en ese momento se aferraba al cuerpo de Peter.

Jennings sujetó a Pat, sin comprender por qué debía hacerlo, sintiendo solamente que debía evitar que se acercara. Su hija se retorció con salvajismo entre sus brazos, haciendo que el doctor sintiera su cálido aliento en las mejillas y moviendo su cuerpo con violencia.

-¡Apártate de él! -le gritó a Lurice-. ¡Quita tus manos de su cuerpo!

-¡Patricia!

-¡Suéltame!

El grito de angustia de Lurice los paralizó.

Asombrados, la vieron apartarse bruscamente de Peter y desplomarse de espaldas. Sus manos se recogieron y sus brazos cubrieron su rostro. Jennings sintió que el horror lo dominaba. Su mirada se dirigió al rostro de Lang. El gesto de dolor había desaparecido. Solamente quedaba una incomprensión absuta.

-¿Qué sucede? -gimió Patricia.

La voz de Jennings sonó vacía, terrible.

-Se lo ha quitado.

-¡Oh, Dios mío..!

Estupefacta, Patricia contempló a su amiga.

"El sentimiento de que debe usted hacer una bola con su cuerpo para tratar de aplastar a la serpiente que se retuerce en su vientre." Las palabras acudieron a la mente de Jennings. Vio que los músculos se contraían en el cuerpo de Lurice y el movimiento espasmódico de sus piernas. Al otro lado de la habitación, el disco dejó de sonar y, en el repentino silencio, el doctor alcanzó a oír un extraño gemido que salía de la garganta de la doctora Howell. "El sentimiento de que su sangre se ha convertido en ácido, que, si se mueve, se desplomará, debido a que sus huesos han sido vaciados." Con ojos desorbitados, Jennings la vio sufrir la misma agonía de Peter. "El sentimiento de que su cerebro está siendo devorado por una banda de ratas famélicas, que sus ojos están a punto de derretirse y correrle por las mejillas como si se tratara de jalea." Las piernas de Lurice se extendieron bruscamente. Se retorció sobre su espalda y comenzó a rodar sobre sus hombros. Sus piernas se recogieron, hasta que sus pies reposaron sobre la alfombra. Convulsivamente giró las caderas. Su vientre temblaba a causa de la respiración torturada, sus senos hinchados se mecían de un lado a otro.

-¡Peter!

El grito de Patricia hizo que la cabeza de Jennings se volviera hacia atrás. Los ojos de Peter brillaban, mientras contemplaba atentamente los movimientos espasmódicos del cuerpo de la joven negra. Había comenzado poniéndose de rodillas, con una mirada inhumana en su rostro. Ahora sus manos se alargaban hacia Lurice. Jennings lo agarró por los hombros, pero Lang no pareció darse cuenta de ello. Continuó tratando de aferrar a Lurice.

-¡Peter!

Lang trató de apartar a un lado al doctor, pero Jennings continuó aferrándolo con fuerza.

-¡Por el amor del cielo..., Peter!

El sonido que produjo Lang hizo que a Jennings se le pusiera la carne de gallina. Metió los dedos brutalmente en el cabello de Peter y le hizo darse la vuelta de tal modo que se encontraron los dos hombres frente a frente.

-¡Use su inteligencia, amigo! -ordenó Jennings-. ¡Su inteligencia!

Peter parpadeó. Miró a Jennings con los ojos de un hombre que acababa de despertarse. Jennings retiró las manos y se volvió rápidamente.

Lurice estaba tendida, inmóvil, sobre su espalda, con los ojos negros fijos en el techo. Con un gruñido, Jennings se inclinó hacia adelante y apoyó un dedo debajo de su seno izquierdo. Los latidos de su corazón eran casi imperceptibles. Volvió a mirarla nuevamente a los ojos. Tenían el aspecto vidrioso de un cadáver. Los miró incrédulo. Repentinamente se cerraron y un fuerte estremecimiento sacudió el cuerpo de Lurice. Jennings la observó, con la boca abierta, incapaz de moverse. "No", pensó. Era imposible. No podía estar...

-¡Lurice! -gritó.

La joven abrió los ojos y lo miró. Al cabo de un momento, sus labios se separaron débilmente cuando trató de sonreír.

-Todo ha pasado ya -susurró.

El automóvil recorría la Séptima Avenida y sus neumáticos producían el ruido característico que hacen al pasar sobre los charcos de agua. Junto a Jennings, la doctora Howell estaba desplomada sobre el asiento, inmóvil, agotada de cansancio. Pat, avergonzada y llena de remordimientos, la había bañado y vestido, después de lo cual Jennings la había ayudado a ir hasta su automóvil. Antes de que salieran del apartamento, Peter había tratado de darle las gracias y, no siendo capaz de expresar con palabras lo que sentía, le había besado la mano y se había retirado en silencio.

Jennings la miró.

-En realidad -dijo-, si no hubiera visto con mis propios ojos lo sucedido esta noche, no lo hubiera creído ni un momento. Todavía no estoy absolutamente seguro de si lo creo o no.

-No es fácil de aceptar -dijo ella.

Jennings condujo en silencio durante un kilómetro, antes de volver a hablar.

-¿Doctora Howell?

-¿Sí?

Vaciló un instante y, luego, preguntó:

-¿Por qué lo hizo?

-De no hacerlo -dijo Lurice-, su futuro yerno hubiera muerto en el curso de la noche. No imagina usted lo cerca que estuvo de morir.

-Dando eso por sentado, lo que quiero decir es, ¿por qué se sujetó usted de manera deliberada a una humillación como esa?

-No había otra alternativa -respondió la doctora-. El señor Lang no podía haber soportado lo que le estaba sucediendo. Yo podía hacerlo. Es así de sencillo. Todo el resto era una necesidad desafortunada.

-Y en parte, algo de la caja de Pandora -dijo el doctor.

-Lo sé. Lo temía, pero no podía hacer nada por evitarlo.

-¿Le dijo usted a Patricia lo que iba a suceder?

-No -dijo Lurice-. No podía decírselo todo. Traté de prevenirla contra el choque de lo que iba a suceder, pero, por supuesto, tenía que ocultarle algo. De lo contrario, era posible que hubiera rehusado mi ayuda... y su novio hubiera muerto.

-Había un afrodisiaco en la botella, ¿no es así?

-Sí -respondió-; tenía que soltarme yo misma. De no hacerlo así, las inhibiciones personales me hubieran impedido hacer lo que era necesario.

-¿Qué sucedió un instante antes de que todo terminara...? -comenzó a decir Jennings.

-¿El deseo claro del señor Lang por mí? -dijo Lurice-. Era solamente una predisposición momentánea. La extracción repentina del dolor lo dejó, durante un instante, sin voluntad propia y consciente. Era un animal que me deseaba, no un hombre. Ya vio que, cuando le ordenó que utilizara su inteligencia, dominó el deseo.

-Pero el animal estaba allí -dijo Jennings con seriedad.

-Siempre se encuentra presente -replicó ella-. Lo malo es que las personas lo olvidan.

Unos minutos más tarde, el doctor Jennings detuvo su automóvil frente al edificio de apartamentos en el que habitaba la doctora Howell y se volvió hacia ella.

-Creo que ambos sabemos hasta qué punto ha mostrado y curado usted hoy la enfermedad... -dijo.

-Eso espero -dijo Lurice-. No por mí misma, sino... -sonrió un poco-. *No es por mí que estoy orando* -recitó-. ¿Conoce usted eso?

-Me temo que no.

Escuchó tranquilamente mientras la doctora Howell volvía a recitárselo. Luego, cuando se disponía a apearse del vehículo, la doctora lo retuvo.

-Por favor, no es necesario -dijo-. Estoy muy bien ya.

Abrió la portezuela y bajó a la acera. Durante unos momentos se miraron el uno a la otra. Luego Jennings alargó el brazo y le apretó la mano.

-Buenas noches, querida -dijo.

Lurice Howell le devolvió la sonrisa.

-Buenas noches, doctor.

Cerró la portezuela y se alejó.

Jennings la observó caminar por la acera y entrar al edificio de apartamentos. Luego, volviendo a la calle otra vez con su automóvil, dio una vuelta en U y se dirigió nuevamente hacia la Séptima Avenida. Mientras conducía, comenzó a recordar el poema de Countee Cullen, que Lurice había comenzado a recitar.

*No es por mí que estoy orando,
sino por toda mi raza.
que viene de lugares sombríos.
Manos negras para el pan y para el vino...*

Los dedos de Jennings se apretaron en el volante.

-Utilice su inteligencia, amigo -dijo-. Su inteligencia.